Emerio Medina

LA SALIDA Y OTROS CUENTOS



LA SALIDA
Y OTROS CUENTOS

Emerio Medina

LA SALIDA
Y OTROS CUENTOS



Edición: Arístides Valdés Guillermo
Ilustración: *Fuego en el batey* (Detalle),
de Mario Carreño

www.edicioneslaflamula.blogspot.com

ÍNDICE

Plano secundario 6
El martillo y la hoz 10
Fantasma 17
Mariela 31
Era diciembre 42
El puente y el templo 49
Los días del juego 69
La salida 97
El muro 113
Los tikrits 120
La habitación 137
Los lobos 149
Welcome, Míster Kerry 168

PLANO SECUNDARIO

Era un buen cuadro. Había logrado unas palmas que parecían de verdad. Se despeinaban al viento con arrogancia contra el fondo amarillento de la colina abrasada por el sol. Hacia la izquierda había puesto un lago con árboles en la orilla, y en el agua pintó algo como deseos, todo en suave mezcla de gris y verde pálido. Todo, salvo el cielo. Para el cielo escogió un azul claro salpicado de inofensivas nubes blanquecinas. Al centro puso unas malezas semioscuras con algún violeta o carmelita escogido al azar que podían muy bien pasar por flores, por aves, por cualquier remota fantasía de un plano secundario.

Porque eso eran, en definitiva, las malezas. Un relleno acaso. Una idea de última hora. Un amasijo de formas y colores apretujados dentro del conjunto del cuadro. Las puso allí para llenar el espacio, y ahora quedó mirándolas, ayudándose a tomar la decisión de quitarlas o dejarlas. Pero estaba cansado. Los ojos le pedían un respiro. Y las manos... Las manos no decían nada. Apretaban nerviosas el pincel prontas a abalanzarse sobre la tela y borrar de un solo golpe los violetas y los pardos, los semioscuros y los carmelitas del centro.

Estuvo a punto de dar la orden a las manos, pero el cerebro se bloqueó por algún ruido exterior. Un gato negro que, por haber dormido demasiado, descubrió tarde a su presa. O fue un gallo que despertó antes de la hora. O quizá fue un tren que llegaba cansado a su estación y lo anunciaba al mundo con vergüenza. O fue el sueño, y no cualquier

otra cosa.

Durmió con la calma de quien guarda las dudas para más adelante. Y no tuvo visiones, ni tormentos, ni revelaciones de mezclas exquisitas y exactas. Durmió como el simple hombre que era pero, aun dormido, mantuvo las manos cerradas y prontas.

Despertó sereno y alegre. Terminó el desayuno y se encerró en el estudio. No le parecieron tan fuera de lugar las malezas del centro. Algo oscuras, quizá. Podía mejorar los contrastes sobre los tonos violeta, o aclarar las sombras de los bordes, pero en general le gustó así. El cuadro estaba terminado. Podía mostrarlo y oír las opiniones de los entendidos. Recordó los compromisos, los contratos, las deudas, las pequeñas cosas que preocupan a los hombres, y sonrió.

—Es un buen cuadro —dijo el primer crítico—. Las palmas te quedaron muy bien. Están vivas, hasta parece que ríen. Pero esos arbustos del centro...

El crítico debía hacer su trabajo. Lo oyó hablar durante una hora y convinieron ciertos arreglos. El segundo crítico se alejó para ver mejor. Entornó los ojos y se cruzó de brazos.

—El azul está muy bien. Poca gente puede pintar un cielo así, con esas nubes tan bien pensadas.

El crítico se acercó. Hizo un gesto negativo y cruzó los brazos otra vez.

—Los yerbajos del centro. No. Eso tienes que mirarlo bien. Están fuera de lugar. Revisa eso. Revísalo.

Era una opinión sólida. A una persona así había que oírla sin chistar. Se pusieron de acuerdo en aquel punto y el crítico se fue satisfecho.

El tercer crítico vino de noche. Haló una silla y se sentó frente al cuadro.

—Una belleza, con esos árboles y ese lago tan perfecto. Imagino la cara de los que no confiaron en ti —y le estrechó la mano.

Ya se iba, pero se detuvo en la puerta y volvió sobre sus pasos.

—Espera. Hay algo aquí. Esos bultos del centro. Eso no parece tu trabajo. Todo lo demás está muy bien, pero esos bultos oscuros, tan inmóviles y ajenos... Falta algo ahí.

Se pusieron de acuerdo también. Unos pequeños cambios. Un mejor arreglo de los colores. Eso se podía hacer. Había tiempo.

Quedó solo. Dio vueltas en la mano al pincel y caminó alrededor del caballete, como hacía siempre, con alguna idea girando en el pozo de la imaginación. Pero no se atrapa una idea tan fácilmente. No se da vueltas y vueltas y se encuentra una idea vagando por ahí. Las ideas son seres extraños. Viven en madrigueras profundas y no se llega a ellas por más vueltas que se dé.

Se detuvo delante del cuadro. El cielo, de un azul no tan intenso, difícil de lograr para los principiantes, parecía dormir con la caricia de las nubes. Los árboles mecían las copas cargadas de verde esperanza. Solo el centro aparecía sin vida, con aquella coloración extraña que recordaba el silencio y el dolor, como si el pincel hubiera reunido allí toda la vasta desnudez del mundo.

Estuvo dando vueltas toda la noche. Pudo muy bien irse a dormir, o borrar de un los malditos tonos violeta, los arbustos, los yerbajos, los bultos negros. Pero no hizo ni una cosa ni la otra. Se mantuvo a solas con el cuadro, con la parte de él que lo reclamaba, con su propia soledad. Esperaba una idea, una decisión final, un aullido, un temblor de las hojas, y olvidó los compromisos, los acuerdos, las

deudas con el mundo. No pudo olvidar las otras deudas, las que se contraen de por vida cuando se nace, cuando se es, o se ama, o se siente. Se vio a sí mismo en los tonos violeta, su propia vida, su propia muerte, y se fue despojando de todo, de las cadenas, de los arreglos, de las defensas, de los qué bien, de los me gusta, y de los otros, de los qué mal, de los no es tuyo. Se acercó al cuadro, palpó los bultos negros, los yerbajos, los no me gusta, los secundarios, y a su contacto se fundió con ellos. Se volvió violeta, rojo, negro, todos los colores, todas las formas, todos los caprichos, y fue palma, cielo, árbol, y fue la brisa que sopló en los arbustos secos y les dio color y vida.

Cuando los hombres llegaron solo encontraron la ropa. Ninguna nota. Ninguna explicación. Ninguna señal.

—Me gusta este cuadro —dijo el primer crítico—. Tiene unas palmas que nadie había logrado antes. Y esas formas del centro le han quedado muy bien.

—Sobre todo, eso. No sé cómo lo hizo, pero dan la impresión de estar vivos esos arbustos redondeados y soberbios —dijo el segundo.

—Estoy de acuerdo —dijo el tercero. Lo que no me explico es cómo pudo lograr esa combinación perfecta de violeta y rojo. Un color de piel y sangre, diría yo.

Pero eso no era importante. El cuadro estaba terminado. Y era un buen cuadro. En eso todos estuvieron de acuerdo. Y el gato durmió lo que debía, y el gallo despertó a la hora señalada. Y el tren llegó cansado a su estación, pero no sintió vergüenza de anunciarlo.

EL MARTILLO Y LA HOZ

Comunistón, le dijo Fello. Por lo del martillo y la hoz colgados en la pared de la sala, cruzados como en la bandera, en simetría perfecta sobre el fondo azul opaco. Y a él no le importó que le dijeran comunista. Que se rieran, si querían, pero no iba a renunciar al placer de contemplarlos, no le importaba que le dijeran ruso, o comemierda, que para Fello era lo mismo, y para los otros también, los amigos de siempre.

Fello preguntó de dónde había sacado esos hierros, y él dijo que compró el martillo en la calle, pero no habló de aquella mañana de domingo, cansado después de una noche sin sueño, con Sandra desnuda en la cabeza. Había dicho el vendedor que era un martillo con historia, de los que ya no vienen, dos libras de acero bien moldeado con su cabo de madera liso, dijo el vendedor que tan antiguo como el acero mismo, que mirara la buena condición y le cogiera el peso, buen martillo que era ese, y el precio no era malo. Y lo compró por eso, porque gustaba de las cosas antiguas, y no por otra cosa. Y de la hoz habló también porque a Fello le parecía cosa rara. Un martillo estaba bien, aunque antiguo, pero era familiar a Fello y a los otros. La hoz, en cambio, no era cosa conocida, salvo quizá por la bandera comunista, y él explicó que la compró también. En una tienda, dijo, un viejo que vendía cosas raras, antiguas decía, cencerros de cobre y utilería extraña, como ese mismo caso de la hoz, objeto poco útil, raro podía decirse, que a la vista ofreciera un brillo curvo, temible por el filo y por la forma

misma, peligroso quizá. Había dicho el viejo de la tienda que lo daba en buen precio si se atendía a su condición de reliquia usada hacía mil años por los druidas para cortar el muérdago, para las iniciaciones decía, y él preguntó riendo si no lo usaban acaso para cortar cabezas, por lo de la forma, y el viejo dijo que sí, que se podía cortar fácilmente un cuello ancho, de un solo tajazo se iban al suelo el cuello y la cabeza, y después la sangre. Pero dijo que sin sangre se podía, si se untaba la hoja con el zumo de una planta, azaleas decía, maceradas en vino. Eso dijo el vendedor pero él no pudo repetirlo. Dijo sólo que era una hoz antigua para cortar arroz, o trigo, o sémola. Y se quedó ahí la explicación porque Fello preguntó por Sandra. En el trabajo, dijo, y fingió no ver la sonrisa oculta en los ojos de Fello, una inflexión que pugnaba por abrirse paso, burla contenida y callada, risa que le oprimía el corazón y lo empujaba hacia abajo, pensaba él que hasta el suelo.

Porque Fello sabía. Fello y los otros. Los amigos. Y lo trataban con frialdad, atentos a sus respuestas torpes, a sus explicaciones de por qué y por cuánto. Y qué podía hacer él sino quedarse callado. Y pensar. Imaginar que Sandra era una historia ajena. Que eso no le estaba pasando a él. Mantenía los ojos fijos en la hoz y el martillo, la simetría perfecta en la pared, el brillo del acero sobre el fondo azul opaco. Y pensaba en Sandra.

Sólo le hablaba para pedir dinero. O para insultar. Para maldecir por la comida escasa. Y él sólo podía callar. Esperaba la noche como un refugio último. La hora de acostarse. Y se acostaban juntos. Sandra cerca. Cerca. Sólo estirar la mano. Pero con la mano ni atreverse. Tocar era prohibido. A veces, si ella lo quería. Pero pocas veces. Pocas. Pocas veces y la noche. La larga noche en que los ojos se cerraban

a la fuerza. Los ojos húmedos, que en la oscuridad veían dibujarse figuras de mujeres. Figuras. Rostros y cuerpos. Curvas y pelambres. Vientres calientes donde los dedos podían resbalar a gusto. Muslos delicados y entrepiernas semiabiertas. Oquedades tibias y pechos como astas. Pechos. Pero nada era Sandra. Allí, tan cerca, y no era Sandra. Imposible, diríase, porque no podía. No podía, y eso era un hecho. Una verdad asimilada con los años. Los duros años de impotencia. De esperanza. De súplica. De ayúdame y de entiéndeme. Y Sandra lo entendió un tiempo. Lo ayudó. Le buscó soluciones. A veces era Sandra la mujer cercana. Y a veces era simplemente Sandra. Un cuerpo ajeno.

Con el tiempo ella fue sólo una voz que decía no me toques. Una respiración que alargaba las horas. Las largas horas. Difíciles. Y empezaron las reuniones. Las salidas nocturnas y las llegadas con el olor de otro hombre. Y todo fue peor por lo de Fello y los otros. Porque ellos sabían. La veían pasar y hablaban. Estaba seguro de que hablaban. Sabía lo que hablaban. Lo adivinaba. Lo podía sentir en la piel de la cara. En el estómago. Una ira contenida que iba tomando otra forma. Una tristeza íntima que se fuera convirtiendo en otra cosa. Un sentimiento que cambiaba rápido desde el amor hasta el odio. Y los ojos se detenían una vez más sobre la simetría perfecta en la pared de la sala.

El martillo. Un arma ideal para aplastar cabezas. Para triturarlas quizá. Un placer que subía por la muñeca, nervio a nervio, como sangre. El golpe saboreado noche tras noche. Un único golpe calculado para romper el cráneo. Para desmenuzarlo. Un huracán de hierro que descendiera rápido y terminara todo. El golpe era eso. Pero podía ser más, o podía ser menos. El golpe podía fallar, y, en ese caso, un segundo martillazo era preciso. O un tercero.

Decidió probar. Los cocos del patio remedaron cabezas. Los cocos secos. Se rompían con un chasquido. Con uno solo. Pero inmóviles. Una cabeza puede moverse de repente, si los ojos avisan, o si un sexto sentido, como aquel caso de la mujer del carnicero, que la dio por muerta por el golpe en la cabeza y se ahorcó él mismo después, pensando en que iban juntos, y nada, viva que está, ahí, con otro, con el mismo, riéndose, y el infeliz carnicero allá, podrido, bajo tierra. Historias que oía en la casa de Fello. Cuentos que hacían para reírse. Como antes. Y ahora vivir el cuento propio, seguro le decían verraco en lo de Fello, se callaban cuando él llegaba, decían que no era el mismo. Ni Fello era el mismo, ni nadie. Tan amigos siempre, lo rehuían. Lo esquivaban como el coco al martillazo. Fello tú coño no me jodas amigo que eras amigos que fuimos martillazo coco seco cabeza partida en dos en tres como antes no me hablan resbalosos cocos estos la cabeza puede girar moverse gritar espera un poco el grito la gente oye gente que oye el grito corre corre corre corre llama y corre la mujer del carnicero la muy puta lo jodió con otro ella encima como antes ella encima de otro ajá ajá ajá quejidos espasmos puta de arribabajo el martillazo puta se resbala y el grito se resbala como antes conmigo los olores y la ropa como antes con otro te quería el coco se resbala el grito no es el mismo Fello ni los otros ella encima de mí ella encima de mí ella encima de mí coco seco martillazo la cabeza se resbala ella encima de otro ella encima de otro ella encima de otro.

Y probó otra vez. Llenó el patio de pedazos. Partió cráneos hasta lograr la puntería necesaria. Hasta saciar la sed de cabezas trituradas. La cabeza de Sandra, rota y sangrante, aplastada con un solo martillazo, un solo golpe, el único, un vendaval liberador propinado con fuerza, un aluvión de

acero que hundiera el cráneo y llegara hasta el centro del cerebro, materia gris materia blanca, sesos esparcidos en el suelo, las paredes salpicadas con la rojez sanguinolenta, qué bárbaro, Dios mío, este placer que ha subido por la mano, nervio a nervio, como sangre.

Sandra preguntó qué haces y quiso probar también. Porque el chasquido le gustó, seguro. Como cabeza rota dijo él, y ella rió la frase sin sospechar la muerte. El trancazo y la muerte. Él preguntó otra vez si le gustaba y ella dijo que sí, que estaba bueno.

Y la duda después. Por lo de la sospecha. La eterna duda. Miedo podía decirse. Si en el último momento la intención se descubre. O si el brazo fallara en el instante preciso. O si el grito. Un grito es cosa poco soportable. Un grito puede ser de mala suerte. Muerte con grito. No. Mejor la muerte limpia. La silenciosa muerte. Pero no con el martillo. Con ese no. Con otra cosa.

Y los ojos fueron a buscar la simetría de la pared. Allá, junto al martillo, en el lugar donde la hoz brillaba, de puro acero la hoja, que a los ojos pareciera de oro puro, de muérdago cortar según había dicho el viejo de la tienda, el mango liso incrustado en hueso de alce, hoces no faltarán en la vida de un hombre, y a qué mirar el brillo puro de la hoja, blanca curva inflexible que podía cortar de un solo tajo una garganta, según dijera el viejo.

La sopesó otra vez. Peso perfecto. Surcaba el aire a la derecha y a la izquierda. Golpe perfecto. Pero probar en qué. Los plátanos del patio. Los tallos fueron cuellos. Y los cuellos fueron cortados de un solo golpe. Y el placer era mayor. Subía también, pero nacía en el vientre, más abajo, nervio a nervio. Pero no como sangre. No. Como semen diríase. Como eyaculación a voluntad. Como dominio. Más

que el placer anterior. El del martillo. Porque con un solo golpe de la hoz podía terminar todo. Recto hasta el cuello, de un solo tajo. Y sin el riesgo de resbalarse. Sin un segundo golpe. Para que Fello no dijera. Que lo contaran después. Que se dijeran viste eso, un solo tajo. Para que eso dijeran. Uno solo. Cortó los tallos como cuellos. Y los cuellos podían ser tomados como tallos si era preciso no pensar en que de un cuello se trataba. Por si al final, en el último segundo, le fallaban las fuerzas.

Volvió a preguntar Sandra qué haces. Y él dijo nada, estos plátanos enfermos, cortarlos es preciso. Ella no quiso ver. No le gustó, seguro. Por lo del filo y el corte rápido. Algo que se interpone entre las mujeres y la sangre. Dijo que para plátanos estaba. Y se fue otra vez. De una reunión le dijo. De un comité de algo. Y Fello seguro se reía. La vería pasar vestida con el último sueldo del amigo. Ahí va la puta, diría, y el verraco está en la casa. Ah, Fello, un golpe. Un solo golpe. Pero después la sangre.

No pensada. A borbotones, dicen, si la cabeza cae. Así lo había visto en las películas. Sangre hasta el techo. Pero había dicho el viejo que sin sangre se podía. Puta la madre del viejo. Vendedor latoso. Cómo hacerlo sin la sangre. Sin mucha, sería, porque el torrente se libera cuando se cortan de cuajo las arterias. Noventa litros por minuto han dicho. Puede que noventa más si el cuerpo está cansado, como el de Sandra. Porque llegaba de una reunión, decía.

Pero podía ser sin sangre. Dijo el viejo que con el zumo de una planta. Puede que azaleas. O algo. Se lo encontró en la misma tienda vendiendo cosas antiquísimas, cencerros y cosas de tintines. Preguntó si recordaba. Y el viejo dijo que sí, lo de la hoz y el muérdago, con zumo de azaleas por si la sangre. Preguntó que si seguro, y el viejo lo miró con lásti-

ma. Seguro, dijo. Porque la sangre no puede ser peor que el grito. Si sale en chorro, acaso. El grito no, porque se esparce y queda en los oídos para siempre. Por eso prefirió la hoz, porque pensó que era mejor vivir sin el grito en la cabeza.

Y una noche la esperó acostado. Desgranó las horas hasta que oyó abrirse la puerta. Pero no desesperaba. No. Tenía los nervios en quietud perfecta. Relajados quizá. Seguros. Los sentidos atentos, pero en calma. La oyó entrar y caminar por la sala. La imaginó desvestirse y correr al baño. No pensó en el sudor de otro hombre impregnado en el cuerpo. Ya no. No le importaba el cuerpo ni le importaba el sudor. Se levantó cuando oyó correr el agua. Caminó hasta la sala, despacio, hacia la pared semioscura donde la hoz brillaba. Extendió la mano convencido del acto. Demasiadas penas le había deparado el mundo. Y el mundo era Sandra. Pero ya no. Los dedos casi se cerraron sobre el mango incrustado en hueso, pero quedaron inmóviles por el golpe en la cabeza. Un segundo golpe fue preciso para hacerlo caer. Y un tercero. Y los ojos, en esfuerzo último, descubrieron la simetría rota en la pared. Porque la hoz brillaba en su lugar, pero el martillo…, el martillo faltaba.

FANTASMA

I

La fiesta en la Facultad, el título nuevecito con mi nombre en letras doradas, José Ignacio Villafruela Villavicencio, licenciado en Derecho, todo el mundo sonriente, música, bailes, algo de alcohol, el mejor amigo del hombre en cualquiera de sus formas, aunque hay quién dice que es el perro, Eso es porque nunca se han emborrachado bien, doscientos pesos reunidos, las mujeres contentas, se aprietan sin prejuicios, se dejan manosear, las tetas moviéndose, nosotros sin pena ninguna, Que agarro aquí, aprieto allá, todos somos licenciados, abogados entiéndase, doctores en Leyes, las nalgas se mueven delante, los cuerpos sudados, sin ajustadores, el decano también se ha puesto a bailar, alguien pide rumba y le dan rumba, dicen hasta abajo, y hasta abajo todo el mundo, todos abogados, último día del curso, Último día, una rubia se me pega, yo borracho, es Ninette, la del Vedado, la verdadera rubia, toda sudada, Arnoldo la está halando y ella que no, se despega y viene hacia mí, Hasta abajo, dice, y yo hasta abajo, después no puedo subir, ella me hala, sin ajustadores, estamos en verano, pulóveres blancos, me besa en la boca, empiezo a ver claro, Mañana hay una fiesta en mi casa, Mañana entonces, Mañana, están llamando a los graduados, El decano va a decir unas palabras, todo el mundo borracho, Ninette borracha en el descansillo de la escalera, pero no tanto, No tanto. El decano terminó de hablar, llaman para la guagua, Los albergados

tienen que irse ya, se va la guagua, Ninette me da un beso, Mañana, me dice. La guagua coge por Línea, el albergue, mi cama está ahí mismo, el título lo pongo en cualquier parte, dormir, dormir, dormir.

Hubiera dormido toda la noche, toda la noche y el día siguiente, pero no puede ser, algo me despierta, una claridad al lado de la cama, los contornos del cubículo delineándose, los ronquidos de los orientales suenan lejos, y esa luz en el cuarto, miro al piso. No lo puedo creer, me pellizco tres veces, cierro los ojos y los abro despacio, está allí, un hombre, un muerto, porque se ve que está muerto, tirado en un charco de sangre, en esa claridad que deja ver cada detalle, las botas con hebillas brillantes, Nunca las he visto así, los pantalones con tirantes, la camisa blanca manchada de sangre, mangas largas con ribetes de encaje en los puños, un hombre joven, el pelo negro y lacio, el rostro vuelto hacia mí, los ojos cerrados. Tengo que asustarme, y me asusto, pero no tanto como yo mismo quisiera, me levanto de la cama, despacio, hacia el interruptor, el muerto está ahí, el clic tan fuerte, como un chasquido de carne abriéndose, de sangre brotando a chorros, las lámparas tardan en encenderse, parpadean y se hace la luz. El muerto ha desaparecido, ni gota de sangre en el piso, pero hay algo, un pergamino, letras doradas, algo conocido, Qué hace mi título aquí, qué broma es esta, mi título en el lugar del muerto, no recuerdo bien dónde lo puse, se me cayó tal vez cuando entré. El muerto era otra cosa, un fantasma, el alcohol se sube a la cabeza, Juro no tomar más.

Alguien despierta, Qué haces, Ignacio. Qué le voy a decir, vi un fantasma, Estás borracho, acuéstate, Lo vi de verdad, estaba aquí, Un muerto dices, Bien muerto, Por dónde se fue, No lo sé, encendí la luz y desapareció, Tenías que haber visto

por dónde, Qué tiene que ver, Ya es tarde, las cuatro, acuéstate que mañana vemos lo del muerto, tienes que recordar por dónde se fue, Te digo que lo vi, estaba aquí mismo, Apaga la luz y no jodas más, para eso tomas. Qué puedo hacer, apago la luz y me siento en la cama con el título apretado sobre el pecho, Un fantasma, quién lo hubiera creído, el primer fantasma de mi vida, dicen que el primero nunca es malo, quién sabe si este se traía algo entre manos.

Todo el mundo sabe del fantasma. Viene mucha gente a ver el cuarto, Un fantasma en el albergue cinco, empiezan a hacer cuentos de cuando la escuela al campo, Vieron un ahorcado en una mata de jobo, una vieja que salía vestida de blanco, una mujer con un gato negro, tantas cosas, toda la mañana en eso, Se ve que son de Holguín, aquí en La Habana no se ven esas cosas. Cómo explicar todo, Yo lo vi, estoy seguro, Estabas borracho, la resaca da eso, Por dónde se fue, Otra vez con lo mismo, qué sé yo por dónde, se fue y ya, me voy a almorzar.

El arroz está duro, y yo pensando en el fantasma, Mucha sal el picadillo, por dónde se iría, Ninette me dijo que la fiesta iba a ser por la tarde, Ir o no ir, si se entera de lo del muerto, Vamos, Ignacio, hay una fiesta en la casa de la rubia, para orientales también, ella no está en eso, Entonces invitó a más gente, no voy a quedarme solo en el cuarto, espérenme que me voy.

Una fiesta es una fiesta. Los padres de Ninette hicieron bien las cosas, comida abundante, gente sencilla, Este es Ignacio, el marqués de Aguas Claras, Por qué marqués, No ven que tiene un nombre de esos, don José Ignacio Villafruela y Villavicencio, Grande de Holguín, sangre directa de los reyes de España, Este muchacho va a ser alguien en Oriente, ya lo verán en los periódicos. Los padres de Ninette

son de Santiago, empiezan a preguntar, hace tiempo que no van a Oriente, gente buena de la tierra, han tenido suerte, Ninette nunca lo había dicho, Te lo tenías callado, Mejor dime tú cómo fue eso del fantasma, Qué fantasma, ya alguien te vino con el cuento, Anda chico, dime, No fue nada, estaba tirado allí, desapareció cuando encendí la luz, Por dónde se fue, No sé, todo el mundo pregunta lo mismo, Ay chico, olvídate de eso, vamos para el balcón. Ella me besó en la boca, dijo que era muestra de afecto, Tú siempre me has gustado, Ignacio, Lo dices ahora, ya mañana me voy, No importa, bésame.

En casos así la vida puede cambiar de pronto. No es que no quiera volver a Holguín, pero con una muestra de afecto como esa cualquiera puede tambalearse, Si quieres me quedo, Qué vas a hacer aquí, ni siquiera tienes casa. Ah, claro, la casa, las veinte razones del alquiler, los cuartos estrechísimos, Yo pudiera vivir en un solar de esos, hay unos cuarticos baratos, yo pudiera vivir ahí, Pero yo no, dice Ninette, y con eso queda todo claro.

Hay otras muestras de afecto esta noche, gente llorando y cosas así, Se nos van los orientales, cinco años juntos, regresan a la tierra, todos graduados, Perdóname por decirte guajiro, No importa, eso es lo mejor que tengo, Vuelvan un día por acá, Se van en tren o en avión, Holguín está tan lejos, Vuelvan por acá un día. Ninette está llorando, Te vas mañana, Ignacio, Me voy. Los padres nos despiden en la calle, Ninette triste, yo triste, Adiós, Ignacio, Adiós, Ninette, quién sabe, a lo mejor un día nos vemos.

II

El primer día de trabajo nunca se olvida. Es septiembre y

llovizna, el director del bufete dice unas palabras de bienvenida, Un nuevo profesional asume su responsabilidad ante la sociedad y se incorpora a trabajar con nosotros le deseamos éxitos en el trabajo futuro le garantizamos todo el apoyo necesario aquí se va a sentir como en su casa. Por primera vez me dicen Licenciado, me tratan bien, Esta va a ser tu mesa. La oficina no está mal, una ventana con vista al patio, Te gustó La Habana, Me gustó, pero Holguín es mejor, es más limpio, Más limpio, sí, y menos bulla, Más limpio, la bulla es la misma, Vamos a almorzar, Vamos. Dulce felicidad la del que empieza, suerte de principiante dicen cuando Mayelín me sonríe en el comedor, Ella que no se ríe con nadie, le has caído bien, Ignacio.

Mayelín se pasa todo el almuerzo mirándome, habla con alguien y me mira, Eso es tuyo, Ignacio, te lo digo yo, suerte que tienes, muchacho. Hay que ver cómo la gente se preocupa, todo el mundo sabe lo de Mayelín, Viste cómo miraba al nuevo. Ella no está nada mal, mulatica clara de Mayarí, yo con acento habanero, Ignacio, verdad, Ignacio, Te gusta esto, Me gusta, me gusta, me gustas tú. Mayelín sonríe, Todos los hombres son iguales, no pierden el tiempo, Todos los hombres sí, de Mayarí dijiste, De Mayarí, Todas las mujeres son lindas allá, Todas no.

Duermo temprano, demasiadas cosas para un solo día. Una claridad conocida me despierta como a las doce, Será posible, miro al piso y lo veo, mi fantasma conocido, la misma pose, la misma sangre, tan muerto como la primera vez, primero el susto, el corazón latiendo, No te vas a escapar. Valiente Ignacio, nombre de marqués, sangre directa de los reyes, no han visto a un hombre abalanzarse sobre algo, Te tengo, pero nada, el esfuerzo ha sido en vano, se esfumó en el aire. Me pregunto por dónde se fue, debe te-

ner un plan B, eso no falla. Mi madre se asoma, Qué pasa, Ignacio, Nada, vieja, Qué haces en el piso, si está oscuro, muchacho, Nada, vieja, un baile nuevo, Acuéstate, Sí, vieja, hasta mañana.

No se ve dos veces el mismo fantasma, este quiere algo. Mayelín también quiere algo, está esperándome en la entrada del bufete, Hola, Ignacio, Hola. Me besa en la boca y yo como un poste, así de fácil, En Mayarí todas las mujeres son así, Todas no.

No le digo nada del fantasma, va y se asusta y se echa todo a perder, no todas las mujeres te aguantan eso. Un mes saliendo, Esta es mi mamá, Hola cómo está, Esta es Mayelín, De dónde, De Mayarí, va a vivir aquí conmigo, Pero Ignacio, mijo, Ya lo decidí. Qué puede hacer una madre, qué puede hacer.

Un año exacto viviendo juntos, el amor es una bendición, Estoy embarazada, dice Mayelín cuando estamos sentados a la mesa. Yo contento, mi madre también contenta, Bien, niño o niña, Vamos a ver mañana, vamos a ver.

Esta noche ha vuelto el fantasma, Despierta, Mayelín, Déjame dormir, Que hay un muerto aquí, Déjame dormir que tengo turno en el policlínico, Un muerto te digo, No me fastidies. Tengo que enfrentar el problema solo, qué se hace en estos casos, sólo puedo mirar, Qué quieres, como si los muertos hablaran, una hora mirándolo, él allí, bien muerto, Debo hacer algo, enciendo la luz y desaparece.

Vienen noches iguales, Como si no tuviera nada que hacer, se ve que allá el tiempo sobra, las cosas con Mayelín se han puesto agrias, Te pasas la noche dando vueltas por el cuarto, en qué estás tú, yo sin poder explicar, Un fantasma, digo, El único fantasma eres tú, me voy. Mayelín se va de la casa y del bufete, A Mayarí, le dice a la gente, empiezan a

mirarme raro, yo sin poder defenderme, a quién le importa mi fantasma, Ella no es para ti, Ignacio, olvídala, Lleva un hijo mío adentro, coño.

Qué te pasa, te veo mal, me dice Jorge en El Níkel, Mi buen amigo Jorge, así que dejaste la universidad, Sí, chico, eso no da nada, En qué estás, Hago lo que puedo, qué tienes, te veo nervioso. Tengo que decirle todo a Jorge. No me jodas chico, así que te inventaste un fantasma para mortificar a tu mujer, Lo mismo dice mi mamá, pero te juro que es verdad. Conozco a una gente, dice Jorge, aquí mismo en Frexes, número tal, dile que vas de parte mía, Yo soy un abogado, coño, yo no puedo, Claro que puedes, o ve a la policía.

Jorge tiene razón, no pierdo nada, cinco pesos, un tabaco y una vela. De parte de quién, dice el hombre, De Jorge, Qué Jorge, El de Nuevo Llano, Ah, Jorge, sí, claro, pasa. Sobre la mesita gira un ventilador, una silla frente a la otra, la vela arde a cubierto del aire pesado y caliente, no es septiembre por gusto, Tú vienes por lo del muerto, Cómo lo supo, Yo lo sé todo, no debes tener miedo, no es un muerto malo, Ah, los hay malos y buenos, qué importa eso si están muertos, qué pueden hacer, Qué es lo que quiere de mí, Tu mujer se fue, Eso quería él, Eso, te necesita a ti solo, no a tu mujer, A mí entonces, para qué, Quiere que lo ayudes, Por qué no me lo dijo, Ellos no hablan mucho, no hablan nunca, Hubiera escrito en la pared, No seas bobo, eso sólo pasa en los cuentos, ellos sólo pueden aparecerse, el resto depende de ti, Qué debo hacer, Eso yo no lo sé, Dijiste que lo sabes todo, Eso no, hay cosas que nadie las sabe, ni siquiera alguien como yo, Estamos en las mismas, No digas eso, tienes que dejarte llevar, Eso qué quiere decir, Los muertos trabajan así, te ponen cosas delante, te ayudan a decidir,

deciden por ti a veces, sólo debes hacer lo que él te diga, Cómo me lo va a decir, Ya te lo dije, déjate llevar, las cosas van a ir pasando solas, como accidentes, o como casualidades más bien, tienes que seguir el ritmo, como en un baile, más o menos un baile con un muerto, observa bien los lugares, los escenarios que aparezcan, habrá siempre algún mensaje para ti, Dices que no es malo, No lo es, te lo aseguro, Por qué me escogió a mí, Eso yo no lo sé, lo descubrirás tú mismo.

La conversación me ha abierto la curiosidad. Si es cierto lo que el hombre dice, el fantasma no me dejará tranquilo. Estoy obligado a ayudar, cualquier cosa que sea lo que el muerto quiere de mí.

Hay que ver la forma que tienen los muertos de hacer las cosas, para algo están muertos, y eso de trabajar con las mentes de la gente es algo que merece estudiarse, Cualquier día abren un curso de muertología, cinco años en la universidad, diplomas diferenciados, Muertólogo brillante, pero yo aprendí mi lección en cinco minutos, no sé cómo he venido a dar a la estación de ferrocarriles, El último para La Habana, la lista de espera es de eso, de espera, un hombre me sacude por el brazo, dice que es el administrador, Usted es el pasajero número tal ha ganado un pasaje gratis cortesía de la empresa promociones que se hacen un nuevo estilo de trabajo interesar al público brindar un mejor servicio hacer más con menos todo por el cliente autoplanificación económica dirección por objetivos normas isonuevemil aplicadas al transporte ferroviario no hay que ir al extranjero para aprender aquí lo tiene destino Habana salida a las ocho pe eme totalmente gratis. La gente aplaude, Los cubanos aplauden por cualquier cosa, me pongo colorado, voy colorado por Aricochea, son las diez, no puedo

irme para La Habana así como así, Yo tengo un trabajo, eso significa responsabilidad, hay un jefe por el medio, El director al teléfono, Soy yo, Ignacio, Sí, dime, Ignacito, te oigo, Es que tengo que ir a La Habana, es urgente, No te preocupes, si te hace falta dinero, No, dinero no hace falta. Debe haber otro mundo bajo el nuestro, o al lado, Un submundo, diría alguien, líneas paralelas, un espejo invisible donde nuestras acciones encuentran otras acciones en respuesta, leyes metafísicas inimaginables, casas y tiendas iguales a las nuestras, Falta saber si los precios son los mismos, el amor, el dolor, la esperanza, todo tiene allí su lugar adecuado, basta pegar el rostro a los cristales y cerrar los ojos, no es el cristal lo que importa, sino ese cuerpo gaseiforme de que hablan los poetas, los locos y los curanderos, el resplandor y la llovizna puestos a prueba dentro del maletín que ha comprado mi madre, Para qué, vieja, Por si te hace falta viajar de pronto, tú eres un profesional, no vas a ir por ahí hecho un desastre. Entiendo, demasiadas coincidencias, el pasaje gratis, el director tan atento, el maletín, podría escribir un cuento sobre eso, Permiso, al hombre le toca el asiento de la ventanilla, media hora sin hablar, después se presenta, o me presento yo, hablamos, el sueño me vence, aquí cada uno encuentra su propio ritmo, su rostro y su cristal, a mí lo mío, mi fantasma vuelve, Hasta en el tren se me aparece, pero no viene solo, hay otra imagen, o la misma imagen en un close up abierto, el cuerpo es el mismo, y la sangre, pero al lado hay algo nuevo, un gran cuadro de dos por uno, un hombre viejo vestido a la moda de la colonia, un caballero español, barbilla prominente, bigote de Cervantes, peluca de Fernando de Aragón, todo en joyas, la espada guarnecida con diamantes, los ojos azules, la mirada terrible, asusta, despierto.

III

Ninette está en la estación, Cómo supiste que venía, Lo supe, no estás contento, Estoy, y este carro de quién es. El marido de Ninette es alguien, una firma extranjera, buen carro, apartamento en Miramar, Dónde está, Salió urgente para Shanghai, estaremos solos, tienes miedo, Qué te pasa, si llega de pronto, No te preocupes, Los vecinos..., Esto no es Holguín, aquí se conoce más fácil a los amantes que a los maridos. Primera noche juntos, A qué has venido, Ignacio, qué le puedo decir, Vine por un fantasma, Qué fantasma, El mismo de siempre, Tú y tus fantasmas, Vine a trabajar, No hay trabajo en Holguín, Claro que hay, pero necesitaba cambiar de ambiente, Te puedo conseguir algo en una firma, No quiero firmas, quiero trabajar en la construcción. Hasta para mí suena extraño, pero tengo que dejarme llevar, eso fue lo que dijo el hombre de Frexes, eso es lo que hago yo. No eres tan bobo, dice Ninette, Un abogado consigue casa rápido en la construcción, No quiero ir de abogado, Entonces de qué, De albañil, o de ayudante, Estás loco, pero qué les hacen a todos ustedes allá en Oriente. No voy a discutir eso. No hay por qué.

El jefe del contingente me trata bien, habla de la fuerza de trabajo fluctuante y de la necesidad de personal, de la rapidez en las contrataciones y la calidad de los trabajos. Demasiadas molestias por un ayudante de albañil, Esta es tu cuadrilla, todos gente muy seria, estás en buenas manos, muchacho. El jefe de la cuadrilla me pone con la gente de demoliciones, no será por mi físico, Por algo será. Me veo dando mandarriazos en las paredes de una iglesia vieja, No naciste para eso, dice un mulato grande, Te enseñaré cómo

es. Los demás miran, toda una semana en eso.

Nos hemos quedado solos el mulato y yo, Vamos a terminar temprano hoy, esta pared se va fácil, ya sabes cómo es. Unos cuantos golpes y..., Oh, milagro, una habitación oculta, Eso no está en el plano, aquí hay gato encerrado, Fantasma encerrado diría yo, Qué quieres decir, Nada, mejor vamos a buscar a los jefes, De jefes nada, esto es entre tú y yo. Lo dice con tanta fuerza que no se puede protestar, además del sólido argumento de la mandarria, Vamos a ver lo que hay aquí. No es gran cosa, sólo unos huesos organizados en forma de esqueleto, Este debe tener como doscientos años, Tú cómo lo sabes, Lo sé, dice el mulato, Quieres el anillo o el crucifijo, No quiero nada, Espera, aquí hay un paquetico. Son papeles envueltos en cuero, el mulato me pone el paquete en el bolsillo, Llévate eso, aunque sea de recuerdo, ahora vamos a buscar a los jefes.

Otro muerto, dice Ninette, A ti te persiguen los fantasmas, Este es de verdad, Dices que estaba en la iglesia, Sí, un cuarto secreto, Interesante eso. Ninette se mete en el asunto, tiene amistades entre los historiadores, El tipo que hallaste se llama Don Alejandro de Alvarado, se desconocía su paradero, murió en milochocientos veinte, pero no es el que se te aparece dondequiera, Ah, no, cómo lo sabes, Porque el muerto tuyo es joven, y este murió de setenta años, No veo que tengan relación, Ni yo, vamos a comer que ya es tarde.

En La Habana Vieja a Ninette se le ocurre entrar a un museo, Anda, chico, vamos, No estoy para museos hoy. Ella puede ser muy convincente cuando quiere algo, me arrastra hacia el edificio colonial, Ves cuántas cosas, A este yo lo conozco. Ninette se acerca al cuadro, Seguro es algún vecino tuyo, No, en serio, yo he visto antes esos ojos, Si es un

cuadro desconocido, dónde puedes haber visto a este hombre, Lo vi en el tren, Dices que este caballero español venía contigo en el tren, no fastidies, Ignacio, Te digo que lo vi en el tren, cuando venía me quedé dormido, vi al fantasma y vi este mismo cuadro. Ninette está perdiendo la paciencia, Voy a buscar ayuda. Al rato vuelve, Vaya, Ignacio, algo aquí está muy raro, Qué pasó, Este hombre del cuadro es don Alejandro de Alvarado, el mismo que encontraste en la iglesia, y otra cosa, Qué cosa, El cuadro lo hizo un primo tuyo, Rubén Villafruela Reyes, Qué dices, yo no tengo ningún primo pintor, ningún primo Rubén, No lo tienes, pero lo tuviste, Cómo es eso, El cuadro fue hecho hace doscientos años, pero no entiendo por qué lo viste en el tren, Yo sí, digo para mí mismo, y saco a Ninette del museo.

Ahora está clara la intención del fantasma, todo se relaciona. No es tan casual el hallazgo de los huesos de don Alejandro, hay algo en el pasado de ese hombre que lo vincula con la muerte del fantasma, Es el fantasma del pintor, y por tanto, de mi primo. Tengo que hallar la relación entre ellos, así sabré lo que se espera de mí, doy vueltas a las ideas en la cabeza, pero es Ninette la que da con la clave. Qué es esto, Ignacio. Me muestra el paquetico de cuero con los papeles, yo lo había puesto en la gaveta, Caramba, se me había olvidado eso, lo encontré en la tumba de don Alejandro, son papeles, No son papeles, Ignacio, son cartas, Cartas, Sí, cartas fechadas en Madrid y en La Habana, en milochocientos catorce, enero, abril, mayo, lo ves, toda una historia policial.

Todo bien sencillo, desde Madrid alguien avisaba a don Alejandro, ...se sospecha de usted por el robo de las joyas, ...cuidado con la policía en La Habana, y cosas así, el ilustre señor era un vulgar ladrón. Seguían las cartas del pintor,

...Atentamente Rubén Villafruela, sobre las pinturas encargadas, acuerdos sobre el precio y plazo de los trabajos, ...absoluta discreción garantizada, el pobre Rubén, sólo estaba haciendo su trabajo, los pintores viven de lo que pintan. Por último, un personaje macabro, Vicente Sartorio, asesino a sueldo, cartas en relación con la eliminación del pintor, ...Proceder o no proceder, espero confirmación, el precio acordado, todo está claro, Alejandro encargó las pinturas de las joyas que él mismo había robado, se supo descubierto, o bajo sospecha, y decidió eliminar al pintor, un posible testigo. Tienes una buena historia ahí, Ignacio, Qué voy a hacer yo con todo esto, Qué vas a hacer, pues proceder, claro, Estás loca, eso pasó hace doscientos años, no voy a revolver ninguna investigación, Tienes que hacerlo, Ignacio, era tu primo, y lo mataron, Lo mataron, sí, qué puedo hacer yo, No lo entiendes, Ignacio, tu pobre primo se te aparece después de doscientos años y te pide ayuda, Estás loca, qué crees que soy, Eres lo que eres, un abogado, el primer abogado de los Villafruela, tu primo esperó todo este tiempo porque no pudo acudir a nadie más, es..., un asunto familiar, eso.

He dicho que Ninette puede ser muy persuasiva, o quizá es realmente un asunto familiar, o tengo miedo de que Rubén no me deje en paz, ...Se abre la sesión del juicio, Nunca pensé tener un primo pintor, en La Habana todo es posible, hasta el proceso contra Don Alejandro de Alvarado, ...la causa número sesenta del año dos mil, sala de lo penal, Se lo merece, ...tribunal popular de Ciudad de La Habana, por el delito de homicidio premeditado, Asesinato entiéndase, ...en la persona de Rubén Villafruela Reyes, de profesión pintor, abogados acérquense...

IV

Te vas, Ignacio, Me voy, A Holguín, A Holguín, Volverás un día, Volveré. Pero no será tan pronto, encuentro a Mayelín en mi casa, me está esperando, Qué pasó, mi amor, me vas a perdonar, Perdonar, claro, todo se perdona, Y tu fantasma, Mi fantasma bien, qué bonita te ves con esa barriga, Qué dices, Ignacio, todas las mujeres se ven así, Todas no.

MARIELA

Hay un camión en la terminal, es de los grandes, transporta pasajeros entre Holguín y Mayarí, entre Mayarí y Holguín, a veces carga sal y mercancías, o hace algún tráfico ilegal. Si alguien lo paga bien, llevará alguna mudanza o puercos cebados, no importa que se pegue el mal olor, siempre habrá quien lo lave, el chofer pagará, nadie sabrá de dónde sale ese tufo, culparán al vecino de asiento, la gente lleva cada cosas en los bultos. Es un buen camión, está listo para seguir haciendo el viejo cuento bajo la lluvia, o al sol, en viajes de vira y bota en las carreteras interminables de Oriente. Un día llegará también hasta Moa, regresará con las ruedas y el chasis manchados de polvo rojo, el chofer no podrá negar que estuvo allá, vendrá lleno de pasajeros cargados con pesados bultos de aceite de coco y bolas de cacao, se detendrá por el camino, recogerá más gente y más bultos, alguien protestará, aquí no cabe más nadie, qué se piensa el chofer, él dirá que se aprieten, ahí caben cuatro o cinco más, el camión está hecho para eso, qué se creen ustedes, no voy a dejar a esta gente, ellos también tienen derecho. Llegarán al destino, guajiros de mierda, les haces el favor y ninguno viene a agradecer. Pero no se bajará del camión todavía, contará el dinero con calma, los billetes más grandes los pondrá por fuera, el menudo lo echará en la cajita, después tendrá tiempo de contarlo bien. Si el motor aguanta dará otro viaje en el día, si el petróleo aparece, si hay bastante gente en la terminal, si aún está dispuesto a meterse en el bolsillo otros cuatrocientos o quinientos pesos.

El chofer está llenando los papeles. Se desmonta y da una vuelta por la terminal con las manos en los bolsillos. Venden muchas cosas aquí, bocaditos de puerco asado y pan con salami, galletas en paqueticos de nailon y helados, pizzas hechas aquí mismo, el queso lo traen de más lejos, aquí en Holguín no hay vaquerías, maldita ciudad tan lejos del mar, no hay vaca que aguante el calor, no hay pasto que sobreviva en la brisa seca y caliente, no tendrá el gobierno los recursos, tantas cosas que hacen, no tendrán para hacer una vaquería. En el bolsillo aprieta el rollo de billetes, no saca las manos para nada, no sea que alguno se caiga, o que venga alguien y meta la mano, tantos carteristas que hay aquí, se te acercan y te piden candela, alguno viene y te saluda como a un conocido viejo, después se disculpará y dirá que te confundió con alguien, te dará unas palmadas suaves en el hombro, cuando logres deshacerte de él te habrá dejado sin nada. El chofer sabe eso, son muchos años en el negocio, no va a caer tan fácil en esa trampa, lo mejor es andar serio y no hablar con nadie, si se le acerca el flaco de bigotes le dirá que no joda, con esa cara de delincuente que tiene, y el otro, el viejito del sombrero, está hablando con la mujer que tiene al niño cargado, le hace cuchicuchi al nené con la mano derecha, y con la izquierda está agarrando la cartera de la pobre mujer, ella qué se va a imaginar, puso la cartera en el bolso y se puso a hablar con el viejo, buena gente que es el viejito este, y el nené se ríe con él, ya queda poca gente así, tan amable este viejo, hasta se ofreció para cuidarle el niño y el maletín, así ella puede ir al baño. El chofer lo ha visto todo, ya conoce a ese viejo de antes, podría coger al maldito por el cuello. Pero no es su problema, se aleja de allí y deja a la mujer con su drama. Se entretiene mirando a la gente sentada a la sombra de los

robles de jardín, y adentro, en los bancos de madera de la terminal. Hay bastante gente hoy, cada uno a la espera de un transporte que lo saque de aquí. No vinieron por gusto a la gran ciudad, son del campo, de los pueblos del interior, de Sagua y Gibara, de Cañadón y Arroyo Seco, vinieron a una consulta médica, o porque el marido está preso, o, simplemente, vinieron. Ahora regresan a sus casas con alguna solución, o con ninguna, depende de cómo los trató la suerte en el día. El chofer compra un vaso de agua, la venden a diez centavos en vasos de ocho onzas, tantas cosas que venden, tanto dinero en el bolsillo, y él compra sólo un vaso de agua.

Ya están al hacer el anuncio de la salida. La gente se va acercando al camión, son sesenta o setenta personas, van a ir apretados, la mitad tendrá que ir de pie, todo el viaje de ochenta y seis kilómetros de pie dentro de ese cajón de hierro, quien sabe si alguien se quede por el camino y alguno pueda ir sentado el resto del viaje. La empleada de la terminal manda a organizar la cola. Van a llamar por los turnos que se repartieron por la mañana, pero ella manda a organizar la cola, no se monta nadie hasta que la fila no esté bien alineada. El chofer se acerca, no hace la cola, porque para eso él es el chofer, se queda al lado del camión y mira el grupo que se estira como un gusano, examina los bultos, los cuerpos, los rostros. Busca algo, o a alguien. Él no sabe exactamente a quién, tiene que ser una mujer, que sea joven y bonita. Le gustan flacas, pero no tanto como la de la blusa roja, esa no, tampoco aquella de la saya, tiene la cara llena de granos, no le gustan así, ni la otra de los espejuelos, parece muy seria. Tiene que haber otra, siempre hay otra, la del pañuelo en la cabeza, esa sí, esa le cuadra, se le acercará y le propondrá ir con él en la cabina, el asiento

está libre porque anda sin ayudante, la muchacha dirá que sí, no va a meterse el viaje de ochenta y seis kilómetros dentro de ese cajón caliente apretada por sesenta o setenta personas, con la peste que sueltan las axilas y los pies de los pasajeros, puede que ni asiento alcance, y aquí este chofer viene y le propone ir con él en la cabina, seguro le dirá que sí. El chofer se le acerca, ya va a abrir la boca cuando alguien se interpone, es un hombre, le ha echado el brazo a la muchacha, y la besa. Todo claro, la muchacha no está sola, ese tipo debe ser el marido, o acaso el novio.

El chofer se retira, no le interesa nadie más, le da una patada a la rueda, qué culpa tendrá, tanto camino recorrido para recibir una patada, como si no bastara con las piedras y los baches de la carretera, recibir una patada también, y por qué a la rueda, por qué no al tipo que se metió por el medio, debe ser el marido o el novio, seguro se acuesta desnudo con esa flaca linda, ella desnuda también, el pubis abultado como una montaña, qué buena está, seguro se llama Mariela. De dónde saca eso el chofer, será una mujer que tuvo, una de tantas, y flaca también, con esos mismos ojos y la nariz más bien larga, que así le gustan a él. Y el tipo puede llamarse Daniel, o Yunier, o quién sabe cómo, pero él piensa que se llama Daniel porque se le parece a alguien con ese mismo nombre, al mecánico que le arregla el camión, aunque no se parecen tanto, es sólo que el mecánico le cae mal, y este le cae mal también. Seguro este Daniel y esta Mariela se están acostando hace tiempo, ella desnuda, con el pubis oliendo a jabón caro, y este Daniel se le sube arriba, tiene el mismo nombre del mecánico, debe ser maricón como él, un tipo así tiene que ser maricón, Daniel lo es, por eso no le gusta traerlo en el carro, no sea que se le tire, ya una vez se le tiró y casi-casi, por suerte no es-

taba tan borracho y todo terminó sin problemas, por eso le cae mal ese tipo que anda con Mariela, se debe llamar igual que el mecánico, y le cae mal también.

La gente ya está subiendo al camión, la empleada llama los turnos y un hombre vestido de azul cobra el pasaje, son cuatro cincuenta, señora, y no hay vuelto. La señora dice que no importa, qué son cincuenta quilos ahora que puede regresar a la casa, no va a perder nada, bastante ha perdido ya con el marido preso aquí en Holguín. Está lleno el carro, le dan al chofer lo que le toca. Él cuenta el dinero una sola vez, saca lo que trae en el bolsillo y hace un solo rollo, lo alisa bien y lo devuelve a su lugar. Ahora ya puede partir.

Es mejor viajar por la tarde porque el sol le entra de espaldas al carro, no es como por la mañana cuando viaja en esta misma dirección con el sol de frente y la carretera reverberando delante. Casi siempre lleva a alguien en la cabina, a veces es Daniel, que es maricón y le cae mal, pero lo lleva porque es buen mecánico, debe ser buen maricón también. O puede llevar a algún conocido que le pida el favor, y él le dice que sí, no vayan a pensar que es mala gente ahora que ha hecho dinero, la gente cree que esto es una mina, qué mina ni qué coño, con lo caro que está el petróleo, y las piezas ni hablar, nadie sabe lo que cuesta mantener este carro, pero llegan y lo piden de una forma que no se puede negar. Una vez montó a una viejita que se pasó todo el cabrón viaje de ochenta y seis kilómetros hablando de los parientes enfermos que tenía en el Lenin, que si a uno lo operaron del riñón, que si al otro le cortaron la pierna, juró no montar más viejitas por eso, porque terminó el viaje con el estómago revuelto, y juró no montar madres con niños pequeños, aunque le lloraran, porque una vez recogió a una y el niñito le hizo la gracia en el asiento, tuvo

que aguantar la peste a mierda todo el viaje y lavar el cojín, la mujer riéndose de la gracia, y él riéndose también, no fuera ella a pensar. Pero la mayoría de las veces lleva en la cabina a una mujer, una cualquiera que se encuentre en la terminal, o en la carretera, que son las más fáciles de seducir, una estudiante de enfermería que regresa a la casa de la beca, siempre con hambre, los padres le dan veinte pesos para la semana, qué puede hacer con eso, aquí en la carretera sí que venden unos bocaditos de puerco buenos, les echan más carne que en Holguín, ella se abre la blusa por el calor, se echa aire con el periódico que sacó de la jaba, dice ay disculpe, el chofer dice que no hay problema, mira de reojo primero, ve una teta que se quiere salir del ajustador, ella se tapa, pero sin prisa, se vira al otro lado, mira al chofer por el espejo, espera la reacción. Están llegando al merendero que ella decía, el chofer arrima, dice que los pasajeros le pidieron parar aquí, se baja sin mirar atrás, ella se entretiene mirando el periódico, se hace la sorprendida cuando él la llama, que si quiere bocadito de puerco, que se baje. Él pide que le echen más carne, más, dinero tiene bastante, evalúa con la mirada las nalgas de la estudiante que se mantiene apartada con pena, le dice que se acerque, ve en sus ojos la pena y el hambre juntos, y, al fondo, bien al fondo de los ojos, la avidez por una historia picante para contar a las muchachitas del albergue a la hora del baño, que es cuando todas esas tetas y esos culos se relajan. Alguna preguntará de qué tamaño la tenía el chofer, y ella dirá que grande, alguna querrá saber de qué tamaño exactamente, y ella mostrará los índices separados a treinta centímetros y dirá que así, todas dirán aaah, y suspirarán con envidia, querrán saber el nombre del dueño de eso, o, al menos, el color del camión, pero ella nunca lo dirá.

Hoy no tiene suerte. En la carretera sólo hay militares y mujeres viejas que hacen señas con un trapo. Siempre habrá alguien que muestre cinco pesos, no va a detenerse por esa basura, si fuera a parar cada vez que alguien le hace señas no llegaba nunca a Mayarí. No va a recoger a esos militares, esos nunca tienen dinero y son los primeros que protestan por todo, y si la Policía detiene el camión para revisar, o para lo que sea, siempre se ponen de parte de la Policía, por eso no los recoge, que se jodan, si tienen tantas ganas de ser militares que se vayan a pie, qué le hallarán a esa ropa verde, si hasta las mujeres huyen de ellos cuando se aparecen en los merenderos de la carretera, cómo es posible que haya mujeres vestidas de verde también, cada día son más, esas sí le gustan, usan el pantalón bien apretado y se les marca todo, nunca ha montado a ninguna en la cabina porque andan siempre en grupos, pero montará a alguna un día, a ver qué pasa.

El asiento sigue vacío, él piensa otra vez en esa flaca que va detrás, la que él llama Mariela, de verdad que se parece a esa mujer que tuvo, debe ir abrazada con el Daniel, ella con las nalgas pegadas ahí, con las piernas bien abiertas, él aprovechando el bamboleo del camión, la gente ni cuenta se dará, maldito sea el Daniel ese, suerte que tiene de llevar a Mariela sentada en las piernas, seguro llevan meses acostándose, esa flaca debe ser un fenómeno, cara de locona que tiene, y el muy maricón gozándola bien, hay hombres con suerte, seguro ni dinero tiene, estudiarán juntos o algo, de día estudian y de noche se acuestan, rica que está esa flaca, la hubiera montado en la cabina, pero qué hubiera hecho con el Daniel, quién sabe y se hubiera ido allá atrás, hay hombres comemierdas así, dejan a una mujer como esa en las manos de cualquiera, seguro le tiene con-

fianza, llevarán tiempo viviendo juntos.

El chofer va pensando todo eso en el viaje, pero no sabe que Daniel y Mariela se conocieron hoy, ahí mismo en la terminal, y que no fue él quien empezó, sino ella. Lo vio sentado allí leyendo un libro, pasó por su lado una vez y él ni la miró. Pasó otra vez y dejó caer el pañuelo, eso nunca falla. Y no falló hoy, por cierto, porque Daniel recogió el pañuelo y la llamó, ella tan agradecida, mi nombre es tal, se sentaron juntos, se asombraron de no haberse visto nunca en Mayarí, los dos nacieron allá, mira que venir a conocerse en esta terminal, así es la vida, nos vamos en ese camión, a ver si cogemos asiento. No se verán hoy, porque llegarán cansados del viaje, quedarán en verse mañana, y mañana se verán, como acordaron, irán al apartamento de una amiga de Mariela, se desnudarán y se meterán en la cama, ella con el pubis como una montaña, los pelos cortos olerán a jabón caro, él se le subirá arriba, para qué perder el tiempo, lo buena que está la flaca esta, pero ella dirá que todavía, que no tan rápido, él entenderá y empezará a besarla, pasará la lengua por el cuello, por los pezones, llegará con la lengua hasta el vientre, aun besará el pubis y más abajo, a ella le gustará eso, dirá que sí, que le gusta así, que quiere más, él meterá la lengua en la abertura, arriba, abajo, adentro, ella pedirá que la muerda, y él la morderá, pero ella dirá que no tan fuerte, que la muerda suave primero, más fuerte después, más fuerte, que le pase la lengua y la muerda duro, le aguantará la cabeza con las manos y lo retendrá allí, él pasará la lengua y morderá, qué bien olerá ella, qué bien, empezarán a sudar, eso es placer verdadero, esas manos que aprietan, esos dedos que se hunden en la carne, esa lengua que arrastra pedazos de piel con cada nueva lamida, esos dientes que muerden y arrancan los pelos cortos olorosos a

jabón, y a sudor, y a sangre, por qué no, a sangre, que eso también es un olor. Él pensará que ya está lista, se le subirá arriba, el cuerpo resbalará sobre el cuerpo, el pubis buscará el pubis, ella no dirá que no, ya estará bien mojada, él sentirá como se hunde en el pubis abultado, todo él hasta adentro, ella gemirá, él gemirá un poco también, sentirá cómo las manos de ella resbalan en su espalda sudada, los dedos irán más abajo, explorarán las nalgas indefensas de Daniel, pero él no dirá nada, los sentirá arañar la piel cerca de la zona peligrosa, eso no importará, y no importará que el dedo penetre, que se abra paso al camino oscuro, no sabrá cuál dedo es, y no protestará, lo habrá leído en alguna revista, un artículo sobre formas variadas de sexo, será por eso que no le importará lo del dedo, cuál dedo será, en la revista no dirá cuál, sólo dirá que es un dedo pero no será tan específica, tendrá que imaginarlo, no preguntará nada porque ella estará gimiendo, y él estará gimiendo también para no ser menos, es posible que le guste así, con el dedo adentro, cuál dedo será, es posible que le guste, eso nadie lo sabrá nunca, y el chofer no lo sabrá.

Pasará el tiempo, un día el chofer encontrará a Mariela, o como se llame, en alguna terminal, o en la carretera, mejor en la carretera, el camión dejará las huellas del frenazo, no importará que la gente proteste allá atrás, no va a dejar a esa flaca botada con el sol que hace, y si viene otro camión y se la lleva, hace tiempo que le está casando la pelea, no va a ser por la gente que no la recoja, el asiento de al lado irá vacío, y Mariela subirá. El chofer estará contento con su presa, esa flaca le gusta, no importa cómo se llame, él tuvo una mujer como ella, llegarán a Mayarí y ella aceptará la invitación, se verán por la noche en el motel, dame un beso ahora, para estar seguro, ella lo besará rápido, eso sí que es

un beso de verdad, habrá pasado el viaje mirando esos labios húmedos, le quedará un sabor a grasa de puerco en la boca, serán los bocaditos que le compró por el camino, la habrá visto masticar con fuerza el pan y la carne, todo bien masticado hacia adentro, la boca abriéndose y cerrándose y pidiendo más, cómo no le iba a dar un beso, a las ocho nos vemos, a las ocho, ella dirá adiós con la mano y se perderá en alguna esquina.

El chofer resolverá la habitación, es la que siempre resuelve, veinte pesos por arriba y estará resuelta la habitación, para eso él tiene dinero. Y, esa noche, Mariela, o como se llame, llegará puntual a la cita, tendrá hambre, no le habrá dado tiempo a comer en la casa, irán al restaurante y pedirán doble de todo, aquí sí que hacen el fricasé bueno. La cerveza estará fría, comerán y beberán, el chofer le echará el brazo por arriba, que lo vean y lo envidien, que dinero tiene y puede pagarse una mujer así, el bolsillo estará lleno, que traigan más cerveza. Irá bien borracho para la habitación, al fin va a ser suya esa flaca, no habrá gastado tanto por gusto, se desnudarán y se meterán en la cama, esa flaca siempre le ha gustado, ella con el pubis abultado como una montaña, los pelos olerán a jabón caro, los imaginaba más cortos, pero no importará eso, serán pelos igual, y olerán bien. Él la besará, lástima que esté tan borracho y no pueda disfrutarla mejor, ella pedirá que le haga esto y aquello, y él lo hará, seguro que lo hará, ya verá esa flaca rica lo que es verdadero sexo, es posible que le haga más cosas que a nadie, tantas mujeres que habrá tenido, y es posible que no sienta penetrar el dedo de Mariela, es posible, estará tan borracho y sintiéndose tan bien, no sabrá cuál dedo es, ni siquiera sabrá que es un dedo, no sentirá nada por la borrachera, y no protestará. Sentirá el dolor al otro día, la pe-

queña molestia, el levísimo ardor en esa parte del cuerpo, le echará la culpa al asiento, pondrá otro cojín, cogerá el camino de vuelta con el camión lleno de pasajeros, o de mercancías, o aun de puercos cebados, si alguien lo paga bien.

ERA DICIEMBRE

El muchacho y el viejo empujaron el bote hasta el agua. El muchacho saltó adentro y empuñó los remos. El viejo subió con dificultad. Remaron los dos hasta el centro de la laguna. El muchacho se desnudó completo y saltó al agua. Nadó un poco y regresó resoplando. No pudo subir porque el viejo lo empujó por la cabeza. Los gritos fueron silenciados por el ruido del agua que subía a borbotones. Hubo un momento de lucha, y el muchacho casi logró zafarse, pero el viejo lo había agarrado firme por el pelo. Un último esfuerzo sobrevino. Al forcejeo siguió un momento de calma. Después todo fue silencio.

El cuerpo del muchacho brilló al sol una última vez y se hundió en el agua turbulenta. El viejo lo vio descender hasta que desapareció en el fondo. Estuvo mirando el ir y venir de las ondas en la superficie, se enderezó en el tablón que le servía de asiento y remó con calma. El viento húmedo de la tarde hizo desaparecer las lágrimas que asomaban en los ojos. La sonrisa, en cambio, no desapareció con el viento. Los labios perdieron la curvatura macabra solo con el choque sordo de la proa contra la arena de la orilla.

Para entonces lloviznaba sobre las tierras del valle. El agua pegajosa de diciembre disolvía el barro de las cañadas, y el aire olía a miasmas y a fango herboso. La tierra se pegaba en los zapatos. El viejo subía agarrándose a las cañas. Cuando llegó al amparo de las guindas se volvió a mirar la laguna. Podía ver los juncos moviéndose al aire, y en algún momento le pareció que algo se agitaba en el agua. Sonrió

otra vez. Enderezó los ojos viejos y cansados al camino y echó a andar sobre la noche que nacía.

La vieja estaba esperando en el portón. Sobre la cabeza llevaba un pedazo de lona para evitar la lluvia, y miraba al camino con ansiedad. Era bien de noche cuando el viejo llegó.

—¿Lo hiciste? —preguntó la vieja.

—Lo hice. Claro que lo hice.

—Cuéntame.

—Después. Ahora dame la comida.

—¿Y la ropa?

—La ropa está aquí.

Entraron juntos en la casa. La mesa estaba servida. La vieja destapó los platos y puso los cubiertos. El viejo comió con avidez.

—Te vas a atragantar —dijo la vieja.

—Es que tenía hambre. Siempre me pongo así. ¿Me darás un poco de sopa?

—Sabes que no es para ti.

—No importa. Solo un poco. Hace tanto tiempo no la pruebo.

La vieja sirvió la sopa y el viejo paladeó con lentitud cada cucharada.

—No me quedó tan buena —dijo la vieja—. Aquí no es igual. Nunca ha sido igual.

—Pero te lo conseguí todo.

—Sí, pero no es igual.

El viejo terminó de comer. La vieja recogió la mesa y se puso a fregar.

—El sabor no es el mismo—dijo el viejo.

—¿El qué?

—El sabor de la sopa. No es igual.

—Ya te dije, aquí nada es igual.

Se sentaron juntos. El viejo le echó el brazo sobre los hombros.

—¿Me contarás ahora?

—No fue nada —dijo el viejo.

—¿Se resistió mucho?

—Se resistió, sí, —el viejo hizo un gesto de dolor con la mano sobre el pecho.

—¿Qué pasa? —preguntó la vieja.

—No es nada. Me siento extraño.

—Pero habías esperado mucho este momento...

—No te preocupes. Todo está bien. Y la sopa te quedó buena.

—Pero no es igual —dijo la vieja.

—No importa. Vámonos a dormir.

Ninguno de los dos durmió esa noche. El viejo daba vueltas en la cama. Se revolvía inquieto a uno y otro lado. Tuvo alucinaciones de juncos moviéndose al viento, de ondulaciones rápidas y desesperadas, de gritos ahogados y pulmones llenos de agua.

La vieja hizo como que dormía, pero no cerró los ojos en toda la noche. Sonreía con los labios entreabiertos en una mueca culpable. Culpable. La palabra revoloteó dentro del cerebro y fue a posarse mucho más abajo, allá, sobre la superficie lisa y húmeda del corazón.

Cuando el primer gallo cantó en el patio el viejo se levantó con un solo movimiento. La vieja parecía dormir, tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente. El viejo se vistió en silencio. Ya salía del cuarto cuando la oyó hablar a sus espaldas.

—Llévame contigo.

El viejo se volvió.

—Pensé que dormías.

—No he dormido nada. ¿Me llevarás contigo?

—¿Qué vas a hacer tú allá?

—Lo mismo que tú.

El viejo se rascó la cabeza.

—No puedes ir. Tu lugar es aquí. El camino está mojado y no podrías caminar rápido.

—Lo haré —dijo la vieja—. Caminaré tan rápido como tú, o más rápido aun.

—Está bien. Apúrate. Ya queda poco tiempo hasta la salida del sol.

—Ya voy, ya voy.

Se fueron juntos por el camino oscuro. La vieja chapoteaba en el fango, pero no se quedó atrás.

—¿Estás segura que hiciste la sopa como tiene que ser? —preguntó el viejo.

—Segura estoy. Mira, los hongos macerados en vinagre, las hojas de sauce llorón puestas a secar, la pimienta roja, la col y los nabos picantes, las uvas secas, el perejil tierno, las zanahorias, todo. Pero..., ya sabes. Aquí nada es igual.

—Tonterías —dijo el viejo—. Eran todos productos de primera. No sabes cuánto me costó conseguir esos hongos. Ni te imaginas cuánto.

—Pero lo hice todo bien. Así lo aprendí de mi madre, y así lo hice siempre.

—¿Será que olvidaste algo?

—Te digo que no olvidé nada. ¿Crees que iba a olvidar algo tan importante?

—Pero yo me preocupo, ¿sabes? Si falla algo no me lo perdonaría nunca.

Todavía estaba oscuro cuando llegaron a la laguna. El viejo subió al bote y soltó las amarras. La vieja se acomodó en el asiento sin hablar. El bote se sacudía a cada golpe de los remos. La brisa de la madrugada obligó a la vieja a buscar la protección de la borda, pero no se tapó con la frazada que llevaba doblada sobre las piernas.

—Tápate —dijo el viejo.

—No. Está bien lavada y no quiero que se ensucie.

—Allá tú.

El bote se detuvo en el centro de la laguna. El viejo subió los remos y se apoyó en la borda. Miró el agua oscura que la brisa hacía moverse en oleadas continuas. La vieja se inclinó sobre la borda y miró también.

—¿Aquí?

—Aquí —dijo el viejo—. Hay que esperar.

La media hora que pasó hasta la salida del sol les pareció un siglo. Cuando el horizonte empezó a iluminarse el viejo se frotó las manos, apretó los puños y contrajo los labios. La vieja cruzó los brazos sobre el pecho y suspiró hondo. No podía ver nada en la oscuridad, solo el pálido reflejo de los astros en el agua y una claridad naciente en el horizonte.

—Ya es la hora —dijo el viejo.

Era casi de día, y hacía frío. La vieja y el viejo se tomaron de las manos.

—¿Estás lista?

—Lista. Espera, quiero decirte algo.

—¿Qué?

—Todos estos años he sido muy feliz contigo.

—Ah, eso —dijo el viejo—. Yo también he sido feliz. ¿Estás lista ahora?

—Lista.

Se apretaron las manos y cerraron los ojos. El viejo empezó a decir palabras que salían en un murmullo ronco. Algo como una oración se fue esparciendo sobre la laguna y sobre el valle, sobre las cañadas y los riachos que bajaban crecidos de los montes.

El agua se agitó alrededor del bote. La vieja no abrió los ojos, pero oyó que mil caballos salvajes atronaron la tierra con los cascos, mil alondras volaron raudas, mil lobos jóvenes aullaron en el monte, en las laderas húmedas y en los pinares de las lomas.

Cuando el primer rayo de sol hirió la semioscuridad del lugar un remolino lento empezó a formarse en el agua. Pero eso no impidió que el viejo siguiera diciendo la oración. Y no lo impidió la brisa fuerte que sopló desde el este, ni la llovizna nueva que empezó a caer sobre el campo. El viejo solo se calló cuando el cuerpo del muchacho emergió desde el fondo.

—Ahora, vieja. Ahora. Ya está aquí. Ya está.

Remaron hasta el lugar. El viejo agarró al muchacho por el pelo y le sacó la cabeza del agua. El muchacho tosió fuerte y el agua salió de los pulmones. Respiró hondo y miró hacia el bote.

—¿Abuelo? ¿Abuela? ¿Qué ha pasado?

—Nada. No ha pasado nada.

Lo ayudaron a subir y la vieja lo envolvió con la frazada.

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Frío, no. Hambre, sí. Y sueño. Mucho sueño. Pero... ¿qué ha pasado?

El viejo empezó a remar. El bote se movía lento por el peso. El muchacho se durmió en los brazos de la vieja. El viejo detuvo el bote y se acercó. Acarició la cara del mucha-

cho y le dio un beso en la frente.

—Lo vas a despertar —dijo la vieja.

—Nadie lo va a despertar. No despertaría ni con un trueno. La primera vez siempre es así. Ya se acostumbrará.

La vieja le apretó la mano y besó la mejilla del muchacho.

—Pobrecito.

—Pobrecito nada —dijo el viejo—. Es mi nieto. Ahora solo le falta tomar la sopa. Por cierto, ya sé por qué le sentí ese gusto raro.

—¿Por qué?

—Porque ya estoy viejo. Por eso.

Cuando el muchacho bostezó, los dos viejos se inclinaron y lo besaron al mismo tiempo.

—Hoy cumple trece años —dijo la vieja.

—Sí, y ya es como nosotros —dijo el viejo y lo besó otra vez—. Como nosotros, ¿lo oyes?

Pero el muchacho no lo oyó. Soñaba que era un pez y bostezaba para que sus pulmones se llenaran de agua. Y porque era diciembre, y no tenía nada más que hacer.

EL PUENTE Y EL TEMPLO

Sobre las motivaciones: una lectura, una infancia y un sueño. La filosofía de lo real, lo vital, lo posible. Una semilla, bien. Y al hombrecillo lo conocí un día cualquiera. Si me preguntan, un miércoles. Extremo sur de Prado, junto al león, rascándose. Un hombre menudo que se rasca junto al león puede resultar interesante.

Lo hacía todo sin mirar a los lados. La entrepierna y el cuello, duro y sin pena. Los brazos después, y la barriga. Metía las manos bajo el overol y se tomaba su tiempo. No le importaba que lo viera la gente, y eso le añade un sabor de misterio a su historia. Los sabores posibles. Las cosas que se esconden y se muestran cuando el sol aprieta. El sol puede servir también como elixir de la verdad. Cosa sabida: bajo el sol nada se esconde. Aquí, en La Habana, no. Imposible esconderse cuando llega esta hora. La más difícil, con el cuerpo sudado y la cara grasienta. Con las ganas de sentarse bajo los álamos de Prado. De dormitar a la sombra, o de rascarse un poco, solo rascarse, aunque la gente mire y se pregunte.

En la cara lleva todavía las marcas de pintura. Me pregunto dónde guarda las brochas y las latas. Debe trabajar en el Sevilla. Si anda vestido de overol, debe trabajar en el hotel. Departamento de reparaciones o mantenimiento. Un pintor, bien. Un pintor de brocha gorda. Especialista en actividades de servicios. Cosa menuda. Ligero al peso y suave al tacto. Nada difícil de seguir por el overol carmelita.

Seguir a alguien puede convertirse en hábito. Un rito contagioso. Un juego de esconderse y hacerse el bobo, danzando entre la gente sin llamar la atención. Sin mostrarse ansioso ni desesperado, solo mirando, tomando los apuntes necesarios, las cosas que la víctima puede hacer, lo que diga en un momento de tensión. Un juego viejo con personajes variables. Siempre una víctima con cara interesante, y un cazador detrás, un ente raro de sangre fría y hábitos complejos. Interesante también. Cosa vital. Se aprenden estas suertes con un poco de práctica. Con seriedad. Se bebe como droga lo que a otra gente puede ser aburrido. Gente común. Números de un montón infinito. Pasan y miran sin poder explicarse lo que ven. Sin detenerse a pensar que el mundo puede ser diferente.

El hombrecillo ni siquiera sabe que yo existo. No me puede imaginar, y eso me divierte. Imagino lo que pensaría si supiera. Seguro me llamaría pervertido. Me llamaría loco. Lunático, por ejemplo. Sí, lunático estaría bien para mí. O quizá me llamaría algo peor. Depende. Pueden pasarle cosas por la cabeza. Pensamientos enrevesados. Manías extrañas. Formas de mirar y ver la vida. De sacar conclusiones, y decirlas, y esperar que las cosas que uno dice tengan sentido para alguien.

Ahora lo he visto. Me detuve a quince metros para estudiarlo bien y estoy pensando en buscarle un nombre. Soy escritor de ficciones y los nombres los invento. Pero no sabría cómo llamar a mi víctima de hoy. No se me ocurre nada. Hombrecillo está bien, y punto. Con las escaleras sobre los hombros, bien. Con el rostro manchado de pintura. Y lo mejor de todo es que no sospecha. No lo puede sospechar. Ni siquiera imagina que lo miro. Lo estoy mirando desde cerca. Aquí, sentado, escondido entre la gente. Estiro

el cuello para verlo mejor, para que no se me escape un detalle minúsculo. Un tic nervioso imperceptible, o simples contracciones involuntarias. Una risa sin motivo aparente, o la respiración entrecortada, contenida en espasmos, en accesos de tos, ira, livideces. Los temblores de la voz delatan la presión interior. Son señales externas de que algo no anda bien.

Difícil sustraerse. Ya he dicho que seguir a alguien puede convertirse en hábito. Espiar, si lo prefieren. Vigilar, no me importa. Yo lo llamo recoger información. Cacería urbana, dijérase, donde la presa sigue una ruta prefijada y el cazador se esconde entre la jungla de viandantes. No sé por qué me gusta la palabra jungla. Nada más lejos de La Habana. No una urbe de cemento y cristal, como quisiéramos. Solo Habana. Casas a punto de venirse abajo. Columnas dóricas resquebrajadas por el moho y la humedad. Arcos y capiteles deformados por el peso. La arquitectura de una época de gloria ha debido resistir un poco más de lo pactado.

Y la palabra jungla sigue ahí aunque *jungla* y *habana* no se parezcan tanto. Aunque no se parezcan, en realidad, en nada. En lo absoluto se parecen. Pero aquí también se puede ser el cazador o la presa. Aunque en este caso la presa sea minúscula. Inofensiva en apariencias. Figurita insignificante que se rasca junto al león. Cosita abigarrada, discernible por el overol carmelita. Tan fácil de seguir porque va con escaleras. La gente le dejará el paso libre. Se apartarán como una onda en la superficie de un lago.

Y en este juego el cazador soy yo aunque mis armas sean el lápiz y la libreta de apuntes. El trofeo final de este safari urbano será la información para escribir un cuento. Así de fácil. Ni más ni menos. Unos apuntes rápidos sobre

alguien específico y la historia se puede conformar. Se moldeará con calma. Será después, sentado frente a una página en blanco, masticando chicharrones. Puras bolas de grasa, pero me gustan. Con el pellejo duro para que los dientes se entretengan y el cerebro se concentre en la historia. Así nacen los finales sorprendentes y no puede uno explicarlos. No dirá que masticaba chicharrones cuando surgió la idea de un final. La profesión, en fin, con sus secretos. Son maquinaciones contenidas en un espacio reducido del cerebro. Unas células especiales guardan información que no interesa a nadie. Solo a uno mismo, y que el mundo siga solo, desgastándose y muriendo, no importa. Eso no importa nunca. Movilizaciones y corrientes sediciosas puestas como trampas, o como barreras, con el riesgo de caer y ser aplastado, no importa. Amigos seducidos por ofertas de dinero fácil, jugadores de un bando invisible, camuflados por la imagen del intelectual moderno, con trenzas y aretes de platería barata y pírsines escondidos bajo la camisa. Conocidos también, pero distantes, discernibles entre una masa heterogénea porque alguien habló bien de su trabajo, y a uno le gustó que lo hiciera de esa forma, y siguió la corriente para estar a tono con lo que se habla. No importan, en verdad, esas reacciones ajenas. Nada de eso importa, en realidad.

Y ustedes pueden llamarme lunático también. Es esa esquizofrenia contenida. Ustedes saben. Sí. Ustedes saben bien de qué se trata. Y conocen bien las calles de La Habana. Sí. Ustedes saben lo que pasa en esas calles. Les ha pasado que alguien se les quede mirando. Han sentido en el cuello el escozor de la mirada ajena, y ustedes vueltos locos, nerviosos, inseguros de hablar o hacer algo. O puede ser que los haya seguido por la calle algún sujeto oscuro, y

ustedes con el miedo. Sí, incertidumbre o desconfianza, pueden llamarlo así. Pueden también buscar la forma propia de llamarlo, y hacerlo para ustedes, en voz baja, donde nadie pueda oírlos. O pueden ir a una consulta espiritual y pedir que les cambien el signo. Los signos. Las denominaciones del karma. Aquí también se cree en esas cosas, aunque no lo parezca.

Pero ustedes no conocen al hombrecillo. Al pintor de overol carmelita. No saben bien, en realidad, de qué les hablo, ni por qué carga este hombre menudo las escaleras sobre los hombros. Ni a dónde va. Ni dónde vive. Son cosas que solo se pueden descubrir siguiendo a la persona. Observándola. Deteniéndose en el momento justo para que no sospeche.

Cosa trivial, no lo discuto. A quién le puede interesar.

Pero detrás de cada piedra se esconde un mundo nuevo. Y detrás de cada hombre hay una historia que contar. Un cuento, sí. Un cuento. Una historia escondida. Una parte de ella, al menos eso creo. Lo he comprobado en estas calles. He visto aparecer más de una luz en una simple acción sin importancia, en un pañuelo que voló con el viento, en una frase dicha sin querer, o en un quejido por el pisotón en la guagua. Alguien iba con apuro y lo demostró de esa forma, y el quejido quedó flotando, disolviéndose, haciéndole recordar a uno las palabras que ha olvidado.

A veces tiene el mediodía un vapor del infierno. Puede uno rascarse aquí, junto al león, sin que nadie se moleste en preguntar: *A usted, señor, le pasa algo*. Y el hombre allí, menudo, con bigotes y escalera. Interesante. Pura cuestión de gustos. Preferencias. Nada de cine experimental ni folklore para turistas. Hablo de preferencias. Cosa vital. Filosofía,

ya lo dije. Son cosas que leí en alguna parte. Se acuesta uno con dos almohadas para que repose en alto la cabeza. Se lee cómodo así. El libro cae sobre el pecho. *A usted, señor, le pasa algo.* Despiertas junto al león. Te rascas. Sientes la pesadez en el cerebro. La modorra se acumula y explota al mediodía. Por el vapor del aire, se duerme uno más rápido. Nada de chakras activados con simples ejercicios de los lamas. Ni sesiones de terapia colectiva. Ni círculo de abuelos en el parque. Simple calor. Temperatura sofocante y aire denso y húmedo. El trópico. Los trópicos. Deben ser todos iguales. El sueño al mediodía. Simple calor y humedad concentrada.

Un vapor del infierno en estos días. El hombre con escalera. Menuditos los dos, la escalera y el hombre. Así nace esta idea de seguirlo. Ahora, justo a las doce, cuando La Habana es una jungla pestilente y los lugares de sombra son escasos. Ahora, cuando no tengo nada más que hacer. Ahora, sí, malditas sean la profesión y la semilla. Por qué tiene que interesarme un tipo menudo que se rasca junto al león de Prado. Pero en los ojos está esa chispa que avisa. La intuición. Esa parte del cerebro no se puede quedar quieta. Las células intranquilas huelen el principio de una historia: una verdad se esconde detrás de algo tan ínfimo. El hombrecillo, digo.

Nos separan quince metros. Suficiente distancia. Puedo mirar sin perderlo de vista. Sin arriesgarme a que se vuelva y me descubra fisgoneando. Apuesto veinte pesos a que seguirá Prado arriba, hacia La Habana Vieja. Tiene cara de ser de La Habana Vieja. Cara de galleguito con bigotes de los que todavía hablan con la zeta. Maldita sea, cincuenta años en Cuba, doblando las espaldas en esta isla de mierda, y todavía con la zeta.

Pero me equivoqué. Perdí los veinte pesos. Torció hacia Neptuno: lo peor. El sol es más fuerte en Neptuno que en cualquier otra calle de La Habana. Calle sin espacios de sombra, con las aceras pegadas a las paredes de las casas. Ni un árbol. Ni uno solo. El hombrecillo va con escalera, y yo detrás, sudando. Pero no lo dejaré escapar. Hoy no. Hoy tengo la sangre fría del cazador. Delante, a quince metros, va mi presa.

Sobre la ciudad, la nube es una estela blancuzca hecha jirones por el viento. Una bandera que hubiera estado expuesta a las balas. Imagino la bandera, los tiros, los caballos, las casacas de los húsares. No sé por qué imagino la nieve. Debe ser, sí, un pasaje de invierno, de crudo invierno, y en la nieve está ese ejército que huye bajo los tiros de un enemigo invisible. Todo por esa nube hecha pedazos sobre La Habana y el calor del infierno en la calle Neptuno. Pero el pasaje invernal me llegó claro. Cañones y caballos enterrados en la nieve. Flancos batidos con tiros de mosquete. Muertos en fila, mirando al cielo, abandonados porque no hay tiempo de cargarlos. Un ejército se bate en retirada. Nada peor que eso.

Veo a Napoleón y a Ney montados a caballo. El orgullo de Francia, bien. La gloria hecha pedazos también, como las banderas de los galos, por *les russes de merde*. La larga fila de muchachos extenuados y hambrientos muere bajo los tiros con el olor de los croissants jugueteando en el aire, a pocos metros de la *cuisine impériale*, y exploran con los ojos la quieta línea de los abedules en la distancia. Los f*ranzuskie záitsi,* tan fáciles de abatir con un solo tiro de mosquete, y entre los abedules se mueven los papashi, ahora devenidos generales por la divina voluntad del *Velikii*

Piótr, envueltos en capas de armiño y cebellina de la tundra cazadas por los *streltsí* del Yeniséi en los días de fiesta del *Sviatói* Vladímir.

No sé lo que tienen en común los franceses, los rusos y un habitante del Caribe hispano. La nieve no. La guerra. Solo la guerra puede ser común. No veo que mi hombrecillo encaje en esta historia. No lo imagino montado en su caballo, blandiendo un sable, con la casaca salpicada por la sangre enemiga y la cara sucia del hollín y la pólvora. Pero de pintura, sí. La historia vuelve a su lugar de origen. Llaman a esto suspicacia. Sobre el Berezina construyeron puentes de madera. Los guerreros de Ney desmontaron un bosque de abedules: troncos largos y rectos, talados con la pericia de los ingenieros galos, y el ejército francés pudo escapar de la masacre.

Anoto esa palabra: ma-sa-cre. Otra vez no concuerda con mi héroe. Con mi hombrecillo de overol carmelita. No lo imagino masacrando a nadie. No es como Napoleón, pero es pequeño también. Segunda coincidencia. En este mediodía tedioso de Neptuno he descubierto el primer hilo de mi historia. Mi hombrecillo asesino, bien. Nadie lo hubiera dicho. No lo hubiera descubierto sin pensar en Napoleón y la masacre junto al Berezina. O más allá, desde las puertas de madera de Moscú hasta la orilla del río. De algo sirvió la nube que se desgarró sobre La Habana al empuje del viento.

Ahora solo queda el espacio vacío. Gris profundo sobre campo azul. Debe ser gris en todas partes. Sobre Moscú también, el Berezina y las planicies blandas del Atlántico. A veces llegan solas las palabras. Hago mi lista: Caribe hispano, Rusia, Francia, puente, masacre, Atlántico. Blandas planicies bajo el cielo gris. Y aquí en Neptuno las cosas son

las mismas. Los edificios son mi jungla. La historia me sobrecoge y me interesa. El hombrecillo se ha convertido en húsar. Así, sencillamente, ante mis ojos. Blande las escaleras como un sable gigante. Va destripando, como Jack en Londres, pero a una escala mayor. Mi héroe, bien. Quién me lo hubiera dicho.

Pero escribir historias de asesinos puede ser peligroso. Se corre el riesgo de que el héroe sea un villano. Uno de marca mayor. Escupo ahí, sobre la acera. El salivazo hierve ante mis ojos. Son las cosas de llegar o no llegar. Seguir o no seguir. Nunca me gustaron las historias policiales. Son cosas arregladas por el autor para que luzca bien el policía. Acertijos elaborados con astucia para engañar al lector, tenerlo en ascuas durante media hora y sorprenderlo con un final que nadie vio venir. Puro acertijo y pura trampa, y eso es todo. Salvo Holmes, quizá, que me divierte con la infantil inocencia del doctor. Pero, aun así, no quiero. No me interesa. Y el salivazo ya está seco. El hombrecillo sigue allá, casi en Infanta.

Debe vivir en Centrohabana. No tiene cara de vivir en Centrohabana. No tiene cara de destripador ni de húsar. No tiene cara de nada. De hombrecillo con bigotes y escalera. De eso sí. De pintor de brocha gorda, bien. De operario experimentado que pinta las paredes del Sevilla y se cuida bien de dejar las manchas en el piso. Un asesino debe tener otra cara. Otros ojos. Otras maneras. No como este, abigarrado y seco. Ni siquiera sospecha que lo sigo. Un asesino verdadero debe sospechar de todos.

Debe saber, por ejemplo, si la sábana que cuelga en el balcón fue lavada por mujer o por niña. O por las manos de un hombre viejo que vive solo en el apartamento reducido, con escasos muebles y comida poca. Padece una enferme-

dad incurable en los riñones y se orina cada noche mientras se muere poco a poco y cuenta las monedas antiguas de valor importante que guarda en el forro del colchón, olorosas a orine y a polvo, y de noche brillantes y pulidas, solo de noche, porque la noche es el tiempo mejor para contar monedas. Si las cuenta de verdad, cuántas serían. Digamos, un número cualquiera. Una cantidad determinada de redondeles brillantes de oro y plata, y eso lo convierte en una víctima en potencia.

Y aquí tenemos al asesino-ladrón, uno que mata no por el placer inigualable de quitar la vida, sino esta especie de salteador moderno que es capaz de robar y quitar la vida. Pero no me gusta ese giro de la historia. No veo a mi hombrecillo en plan de robo. Digamos que solo mata por placer. Por decir que mató, y contarlo, y mirar a los ojos del oyente para ver el efecto. O por el simple impulso de la adrenalina. El morbo hedonista lo obliga a salir cada noche buscando un cuerpo donde encajar el puñal. Y no le interesa el hombre viejo y solo que se orina cada noche y cuenta sus monedas en la escasa luz de una habitación necesitada de pintura, de barniz y de agua. A mi asesino, no.

Hay altruismo en cada profesión. Cierta clase, diríamos. Como la hubo en Napoleón cuando apuntó los cañones a la chusma enardecida en la Plazuela de San Roque. Otra vez Bonaparte. La fijación con los franceses y el cielo gris sobre las vastas planicies del Atlántico. A quién le puede interesar, digamos, el azul pálido, casi gris, sobre los campos de Rusia. Ahora también es verano allá. Florece la *romashka* y el aire carga un olor agradable de abedules. Aquí, en La Habana, no.

A nadie le interesa. Ni a mi hombrecillo, ni a mí. Él va delante. No imagina que lo sigo. Y yo ni siquiera sé cómo se

llama. Hombrecillo está muy bien. Después le busco un nombre. Uno que me suene a gallego con bigotes. Manuel quizá. Manuel Caneiro. Vino por embullo de los primos y se quedó en la isla. De profesión pintor. Con escaleras, sí. Casi lo pierdo en Infanta.

Calle con corredores techados y demasiada gente. Se me pierde casi mi pintor menudito. Mi asesino. El héroe de mi historia. Lo descubro otra vez frente al Astral. Una reparación, seguro. Paredes desconchadas. Cosa menor. Unas mezclas y unos toques y ya queda la pared como nueva. Lo veo conversando con un negro alto de pelo amarillo, casi blanco.

Ahora todos en La Habana se han pintado el pelo de amarillo. Las cortesanas de Roma se lo pintaron de amarillo también cuando el emperador leyó su poema sobre el ámbar. Y mi pintor desaparece en el teatro. Solo queda apostarme en la acera de Infanta escapando del sol y de la gente que pasa pidiendo permiso por favor. Tengo que esperar y busco espacio entre los constructores que descansan sentados a la sombra. Es el rito conocido después del almuerzo. Son los mismos que reparan el teatro.

La construcción, en general, me interesa. Ahora quedan pocos constructores en La Habana. La ciudad va creciendo sin constructores propios. Se expande la ciudad sin albañiles. Ahora los albañiles son escasos. Los albañiles buenos, digo, no esos nuevos maestros inventados que pululan en los barrios desde que el oficio se perdió y empezó a llegar a los puertos de la isla toda esa arribazón de panelería importada. Llegan barcos enteros cargados de perfilería ligera, de acero o aluminio, y planchas de tablarroca de espesor variable. Industrias de Monterrey. Importaciones de yeso y acero blando, altamente oxidable. Partidas de

tornillos autorroscantes para fijar las planchas. Tan fáciles de montar, en tiempo corto, sin albañiles de verdad que trabajen el cemento y la arena

Estos no son de aquí, por el acento. La inflexión es extraña. Orientales. Me pregunto dónde viven. No tienen nada que ver con el viejo alarife que llegó de ultramar buscando mejor vida. Estos buscan mejor vida también, pero no se parecen. Son de los pueblos del interior. De Holguín y Granma, o más allá, de las llanuras saladas de Guantánamo. Reclutados, diríase, sin experienciaprevia en el trabajo. Sin ofic io. Todo tiene su oficio. No el altruismo placentero de los que gozan con el arte propio. La obligación, digamos, de aprender a trabajar con las manos. Y a estos en las manos se les ve que no saben trabajar. En los ojos se les ve. Alguno habrá que se pueda desempeñar como los maestros de otro tiempo. Ahora nadie los llama maestros. No es esa la costumbre. Acaso mi pintor. Acaso. Pero estos que reposan el almuerzo no parecen constructores verdaderos. Algo de cierto hay en esa máxima: con el tiempo los oficios se pierden.

Oficios. La habilidad de las manos. El bucanero, por ejemplo, podía abatir un blanco móvil a cien pasos con un mosquetón de veinte libras apoyado en el hombro, aguantando el retroceso a puro golpe de clavículas, tragando gases de pólvora y escupiendo plomo sobre el pecho y la entrepierna. Lo mismo hacían los húsares de Ney antes de caer con la cara hundida en la nieve y una bala de cosaco del Don incrustada en la espalda. A ciento cincuenta pasos estaba el cosaco del blanco francés: *franzuski záichik* ultimado desde lejos por Iván Gorobújovski. El *russki vanya*, de mosquetón y sable, condecorado por abatir un enemigo desde lejos. Pura cuestión de oficio. Otra palabra en la lista.

Un asesino también debe tener habilidad con las manos. El golpe del puñal puede desviarse de su curso si el brazo no describe el arco necesario y el busto y la columna no retienen esa posición el tiempo que dura el esfuerzo mayor. El de la mano. De modo que hay oficio también en el arte de matar. Y eso me gusta. No contaré una historia que no tenga el sabor del oficio. De mano acostumbrada a dar el golpe aunque el dueño de la mano sea irrisorio. Figura ínfima, sí. Cosa menuda, despreciable. No el hacedor de maleficios que mira con un aire superior y escupe salivazos discretos, espaciados, donde nadie pueda verlo.

No. Hablo del húsar de morro elevado y chaquetón que se envuelve con un trapo el miembro destrozado y carga otra vez porque así lo lleva escrito por dentro, para gloria mayor del general que mira la batalla desde lejos mientras cierra su partida de ajedrez sobre el terciopelo oscuro de la mesa de campaña. Así cayeron todos en el camino de regreso, antes del Berezina y el puente de abedules, y así quedaron todos en la nieve, como estatuas de hielo ribeteadas en rojo y púrpura, erguidas en una franca posición de muerte con el níveo brillo del sol sobre los sables.

Y así murieron también los alarifes de ultramar, pobres y enfermos, esperando el futuro prometido por los padres fundadores, sin puente de abedul que los salvara, sin el pasaje de regreso, sin bolsa llena de redondeles brillantes, sin mirar otra vez los campos de trigo de Galicia ni los destellos del otoño ibérico en las cúpulas doradas de las torres moriscas. Y en su lugar llegaron estos aquí, los orientales, a salvar la ciudad que se cae en pedazos. Tomo ese apunte. Motivaciones. A ver si no es mejor mirar la luna que riela sobre el Cauto. O quizá fue por eso que vinieron. Se alejaron para extrañar sus predios. Ahora están reposando el

almuerzo en las sombras de la acera y hablan de todo eso. Y yo los entiendo aunque no quiera. Cuando hablan de eso los entiendo. Ese es su puente de madera sobre el Berezina, y ahí está su futuro prometido. Motivaciones: un puente.

Debe tener un puente mi asesino. Todo el mundo lo tiene. Los constructores orientales y los húsares de Ney. Los alarifes que llegaron de ultramar. Un puente. Y en la libreta tomo el apunte: un puente para alcanzar el futuro prometido. Aquí, en La Habana, en la hora más tórrida de agosto, un puente. Lo que motiva. Lo que obliga a la mano a cerrarse sobre el mango del puñal y descargar el golpe.

Un puente para matar. Para llegar al otro lado, de modo que se alejen esas sombras. Esas que amenazan con volvernos locos. Con matarnos lentamente, así de simple, aunque no sea una muerte con sangre, balas y sablazos como la muerte de los húsares, o como la muerte espiritual del alarife, que se quedó en las ganas de volver con los bolsillos llenos de pesetas. O como el oriental que vino sin oficio a reparar las paredes del teatro. Pura muerte también, aunque no lo parezca. Pura muerte, y es el puente lo que nos salva de ella. Motivaciones, sí, para escapar de la amenaza.

De manera que debo buscar motivaciones. Cómo puede alguien tan simple convertirse en asesino. Por qué, es la palabra. Por qué lo haría el hombrecito de bigotes. La situación puede ser reducida a un plano mucho más íntimo: aislar las emociones. Hurgar el interior y desechar los estímulos del medio. En La Habana del dos mil, demasiado agresivo. Las cosas que un negro con el pelo pintado de amarillo puede. Amenazas por teléfono, quizá, por cuestiones de trabajo. Es el administrador del teatro. Tiene poder. Puede exigir que le manden a un pintor. Y al que mandan es

a este, al hombrecillo de bigotes y escalera.

Pueden discutir sobre el color de la pintura. La cantidad. El rendimiento. En la calle se vende a diez dólares el galón. De eso también se vive en esta isla si se conocen las normas y los precios. Cosas de experiencia y puro oficio. Y la discusión puede generar inconformidades. A cómo venden el cemento, por ejemplo, los albañiles de Oriente. Pero eso no basta. Eso no los convierte en asesinos.

Miremos otra vez. Gente muy simple, sin experiencia previa en el trabajo. Si vinieron hasta aquí, pueden estar huyendo de algo. Sombras, o circunstancias. Nunca sabremos qué. Y aquí en La Habana una bolsa de cemento Pórtland Pusolánico Tresciencuenta puede costar cinco dólares en la calle. Suficiente para hacer el amor con una chica de Santiago. Yusimí, sí, que llegó hace un mes a la acera de Monte y ya tiene ahorrado suficiente para comprar un *dividí.* Pero no es el caso del pintor.

Si decide matar, no será por algo tan simple. Por una estúpida discusión de normas o de precios. Por bagatelas tan fáciles de resolver y ponerse de acuerdo. Sería por algo más íntimo. Algo que pueda convertirlo en una fiera acorralada. En húsar o en cosaco. Se trata, entonces, de escarbar hasta el fondo. De buscar, digamos, las razones. De penetrar sus predios. Su marco íntimo. Si duerme con mujer, o si trasnocha, masturbándose, apostado en las sombras. Tendría que descubrir dónde vive.

Por eso espero en la acera, sentado entre los nuevos albañiles orientales, y río sus chistes sin querer. Espero que el hombrecillo salga del teatro. Lo sigo. Otra vez, con el sol derritiendo el aire sobre la calle Neptuno, ahora en dirección contraria. No el sol. Nosotros. El cazador y la presa. Todo Neptuno abajo, sin voltearnos. Como el ejército fran-

cés, la *Grande Armée*, cuando emprendió la huida de Moscú.

Y yo soy el cosaco ahora. Camino entre la nieve. Tengo mi mosquetón de veinte libras, mis plomos, mi saquito de pólvora, mi baqueta y mi sable. Otra vez esa maldita asociación con Francia y Rusia. Aquí en Neptuno, sin pasaje de invierno ni quieta línea de abedules, voy asociando cosas que me llegan a la mente. Cosas que anoto mientras persigo la figura ínfima. La figurilla carmelita con escalera corta, blandiéndola como un gran sable de húsar a los lados.

Va destazando. Desmembrando. Destripando como Jack en las callejuelas de Londres, oculto entre la niebla. Pero esta vez no persigue prostitutas. Solo camina sin voltearse. Y yo voy detrás garrapateando apuntes sin detener el paso. Sin apurarlo. Porque no les hablé del paso. Rítmico, sí. Distancias calculadas de antemano. Velocidad constante, salvo al bajar y subir a las aceras. Pero, aun así, se mueve con la gracia de un adolescente. Y tiene cuántos ya. Cincuentiuno. Cincuentidós. Cincuentitrés, o poco menos.

No se detiene ni en Galiano. No le interesan los precios de las zapatillas importadas. No se detiene a ver los *Nike* ni los *Adidas* que exhiben las vidrieras. Debe ser duro y frío. Calculador, como debe ser un asesino, y eso me gusta. Me va gustando. Va penetrando, sin querer, mi subconsciente, las entretelas y la armazón de los nervios. Despierta mi interés. Se me insinúa. Me provoca con ese andar impasible y la frialdad con que mira a la gente. No es el húsar acorralado por los rusos, ni el alarife que sueña con volver a los campos de Galicia mientras llena La Habana de guardacantones y esquinas de fraile. Y no es el albañil de Oriente que ya vendió su bolsa de cemento Pórtland Pusolánico por cinco dólares y está pensando en vender más. Es un hom-

bre simple con su puente. Alguien que va a matar y se prepara con paciencia, como un Jack de verdad, vengativo y solitario buscando a sus muchachas, escogiéndolas, siguiéndolas y mirándolas desde lejos antes de decidirse por una o por la otra.

Y aquí me llega la palabra venganza. Buen motivo. Alguien que sufrió por mano de mujer. Perfecto. *Cincuentón abandonado por mulata joven*. Muy bien, pero… no. Un camino trillado. Melodrama de los cuarenta, o cursilería bobalicona en el principio de un siglo que promete un poco más. Mi hombrecillo tiene cara de otra cosa. De húsar acosado, ya lo dije. Otras motivaciones. La amenaza. Y amenaza de qué. Por qué. De quién. Del negro-rubio del Astral. Chantaje, sí. Un poco de homosexo. El negro-rubio-yegua. No está tan mal el tema, ni tan trillado. Se vende rápido ese tipo de historias. Pero mi cuento no se vería bien en el barrio. Somos cubanos, coño. Exportamos Yusimíes y Kirenias. No estaría bien lo del negro maricón, y no me gustaría, para mi héroe, una aventura homosexual. De manera que dejo a un lado al negro-rubio. Me concentro en mi presa.

Lo veo allá, casi llegando a Prado, saltando entre la gente como un húsar. Va caminando con el paso rítmico. No se detiene a conversar con nadie. Será que nadie le interesa. O quizá va dándole vueltas en el cerebro a la idea de matar. De sajar el vientre desde abajo, recto al pulmón, para que tarde más la agonía de la víctima. Para que lo recuerde, coño, mientras viaja al otro mundo. Y los bigotes se le retuercen hacia arriba. Del gusto seguro se le retuercen los bigotes, con las guías empinadas al cielo, como a Dalí cuando pintaba surrealismos.

Me pregunto si Dalí no mató a nadie. Si no tuvo, digamos, experiencias más fuertes. Algo que acelerara el pulso.

Un negro-yegua, por ejemplo, que lo quisiera chantajear. A mi pintor ya le quitamos esa parte. Lo conservamos íntegro en el sexo. Su historia será otra. Nada de manías enrevesadas. Ni sobornos. Ni chantajes. Ni lujuria. Y nada de aficiones al juego. Ni mulata de caderas poderosas que lo dejara convertido en trapo. Ni una deuda de gratitud. Ni excesivo amor por el dinero.

Frente al Inglaterra pasó sin detenerse ni mirar las piernas blanco-nieve de las turistas inglesas que toman su *bourbon* a las tres de la tarde. No sé de dónde saco lo de *bourbon*. Seguro están tomando cualquier otra cosa. Cerveza negra importada de grado bajo, o una sangría tropical. O piña colada con añejo, por el calor, servida en vasos largos por un mulato de cuarenta que se toca el cierre del pantalón mientras practica su inglés básico para trabajadores del turismo y sonríe para las damas aunque no sonría en el barrio. Y las turistas le miran los dientes y las manos y sacan cuentas de cuánto costaría en un mercado de Picadilly Circus, con trompetas al fondo, desnudo sobre la plataforma de roble, con la piel embadurnada en aceite de girasol y un taparrabos minúsculo de muselina o de cuero.

Lo del *bourbon* lo anoto por si se me ocurre escribir otro cuento, algo sobre un café al aire libre en París, bajo sombrillas junto al Sena, con el pálido sol del verano francés asomando entre la armazón de la torre. Podría tomar un curso en la Alianza y aprender unas cuantas palabras, las *paroles de Dieu* que hablaba Carpentier, y eso también lo anoto aunque no tenga nada que ver con mi futura historia.

Pero… cuidado. Mi presa ya va lejos. Mi asesino. Ya va dejando atrás el Capitolio. Y yo me apuro. Lo alcanzo. Me hago el bobo mirando la cúpula rematada en aguja, las indias de la fuente, los delfines de alabastro, la ceiba de la

fraternidad americana. El fuerte tráfico de la calle Monte me detiene. Lo veo allá, bajando por Cienfuegos. Cruza la calle sin detenerse, como el húsar a caballo. Y aquí lo pierdo, entre Corrales y Apodaca. Desaparece de mi vista y quedo solo, como el cosaco burlado por el ejército que huye, apuntando el mosquetón al aire, y al rato lo veo aparecer, ya sin camisa, sin overol, en el segundo piso, en el balcón del número cuarentisiete.

Ahora ya lo tengo. Tengo la ubicación que necesito. Lo demás será fácil. Espiar su vida. Sus costumbres. Saber si vive solo. Si se acuesta con mujer, aunque lo dudo. Si paga una chiquilla los fines de semana y se complace rápido en el cuarto semioscuro con ventana a Cienfuegos. Si trafica con algo y mantiene una apariencia respetable, cosa común entre los asesinos. Si entra y sale a deshora y parquea un camión en los bajos y descarga mercancía de procedencia dudosa. Café de Oriente puede ser. O cerveza enlatada oriental también. La lista sería larga. Siempre lo es, aunque no lo parezca. No dirán los vecinos que lo vieron entrar o salir con su paquete al hombro. Que se parqueaba un van corporativo allí todas las noches y desmontaban los sacos y las cajas. Nunca lo ven. No ven a nadie.

Pero ya lo tengo.

Manuel Caneiro. Solitario descendiente de alarifes gallegos, que vive solo y planea su venganza contra el mundo. Manuel Caneiro, sí. Ese será tu nombre. Matarás porque así es necesario para escribir mi historia. Ya lo dije, motivaciones. El puente sobre el Berezina. El escape a una presión insoportable. La mano se cerrará sobre el puñal porque no habrá otra salida.

Pero..., espera, Manolete. Hay algo aquí.

En el balcón el hombre no está solo. Tres mujeres lo

besan. Una mulata esbelta, de cuarenta quizá. Las otras dos, adolescentes. Llevan trazas de la sangre austera de Galicia, y algo también de Ochún, aunque muy poco. Le aplastan las mejillas con los labios. Puro templo de amor. Puro templo. Así, sin anotarlo en la libreta, sin verme allí, burlado, sobre la acera. Mi historia se ha ido al piso. Mi asesino se esfumó en el aire. Sus motivaciones se esfumaron. Debo comenzar otra vez. Escoger a otro. Alguien con cara de húsar verdadero.

Y sobre la acera escupo otra vez. Reviso mi lista de palabras sin sentido. Rusia. Francia. Caribe hispano. Gris. Motivaciones. Puente. Templo. Carpentier. *Bourbon.* Esperen. Hay algo aquí. *Paroles de Dieu*. Un café junto al Sena. Alguien bajo sombrillas, caminando en la tarde parisina. Alguien que puede leer a Pushkin y a Voltaire en sus idiomas respectivos. Sí. Alguien que puede hacerlo porque tiene sangre de francés y de cosaco. Un cosaco-húsar antillano.

Paroles de Dieu. Carpentier. Y anoto otra vez el apellido. El cubano más notable. El alminar de la literatura. Motivaciones, sí. Alguien con más de un puente. Un templo construido con palabras. Con qué palabras, sí. Lo tengo, bien. Lo tengo. Manuel Caneiro. Matarás porque tienes un templo de amor que defender. Matarás por tus hijas. Por las dos. Matarás por las dos. Matarás como único puente. En La Habana del dos mil matarás por las dos. Matarás en las calles, en las tiendas, en los apartamentos que amenazan con venirse abajo. En los parques matarás por las dos.

Y ahora escupo otra vez sobre la acera de Cienfuegos. Reviso mi lista sin mirar a la gente. Me alejo por Monte sonriendo porque ya tengo completo el hilo de mi historia.

Motivaciones, bien. Ya lo dije.

LOS DÍAS DEL JUEGO*

En realidad ella podía ser de cualquier país de América o Europa. Tenía los ojos de Sofía Loren y algo de La Gioconda en el rostro. Las suaves curvas del mentón y la nariz le daban un fino aire de duquesa flamenca. El pelo, en cambio, hacía recordar las actrices italianas que yo había visto en las comedias que ponía el cine Saravshán cuando dejaba solos a los muchachos en el Café Molochniy del Skvier de Tashkent y me iba con Dilya Karímova en las tardes de domingo a ver las películas de Adriano Chelentano.

Ella se presentó como empresaria de Milán radicada en Buenos Aires. Dijo que trabajaba en algún asunto de inversiones en la industria inmobiliaria que nunca quedó claro para mí.

—Francesca Risi —dijo, y extendió la mano.

Coincidíamos en el aeropuerto Sheremétievo en una de esas largas jornadas de espera mientras se miran los aviones desde el salón y se busca una forma de matar el tiempo después de haber leído y releído las revistas que el servicio internacional pone al alcance de los viajeros. Ella volaba desde Buenos Aires hacia Roma vía Moscú, y yo había llegado desde Tashkent el día anterior y esperaba mi vuelo a La Habana. Éramos viajeros atrapados en el salón enorme aclimatado con grandes rejillas de impulsión que dejaban caer sobre nosotros un aire templado y disperso, suficiente en el verano ruso que apenas comenzaba.

* Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar, 2009.

Yo la había visto salir por la puerta de llegadas y de alguna forma me quedé mirándola, sopesándola con los ojos, tratando de determinar edad y origen. Una parte del juego (y para mí siempre fue un juego desde que Dilya Karímova me confundió con un armenio en el lago Komsomólskoye. Ella tomaba sol en bañadores minúsculos esa tarde. Andaba con una amiga de Oremburgo que había llegado de visita al barrio estudiantil y se fueron las dos al lago. Se quedaron mirándome y hablando por lo bajo. Dilya era una tártara de veintidós años que estudiaba traducción del idioma inglés en la Universidad Estatal de Tashkent) consistía en examinar largamente a la persona y aventurar un juicio aproximado sobre el origen probable. Después se buscaría un tema de conversación y las cosas derivarían hacia un final controlado, hacia unos tragos o una comida gratis, o hacia un regalo que se esperaba con paciencia, dándole vueltas a la persona hasta lograr el fin que se buscaba. El juego sólo funcionaba si se tenía esa habilidad de observarlo todo. Mirando a la mujer enseguida supe que no era eslava. No era, por tanto, rusa ni polaca. Acaso búlgara porque se parecía a una muchacha de Sofía que anduvo conmigo en el otoño y tenía los mismos ojos y el pelo similar, ondeado con paciencia en la boutique del hotel Uzbekistán, pero aquella era de la parte de los Balcanes donde alguna vez se asentaron los gitanos, y no debía ser la segunda mujer de la misma región minúscula que me encontrara en el año. Ya había aprendido que esas cosas no pasaban nunca. Aun en una ciudad cosmopolita como Moscú era improbable encontrarse con dos personas de orígenes idénticos. No podía ser, salvo si esas dos personas andaban juntas, y no era el caso. Descarté, por supuesto, a las gitanas búlgaras, y me concentré en la mujer que arrastraba su maleta de viaje y tomaba un jugo de

manzanas mientras buscaba con los ojos un lugar para sentarse. Llevaba altos zapatos cerrados y un blusón de borlas ambarinas que la hacía parecer un tanto gruesa. Por las arrugas acentuadas en el cuello quedaba claro que pasaba de cincuenta años. Por la forma en que miraba alrededor se podía saber que estaba sola, por primera vez en territorio ruso, por primera vez expuesta a la contaminación soviética. Movía la cabeza en esa forma vaga de la gente que se disgusta con lo que ve, y lo que ella veía podía no ser totalmente de su agrado. La sobria instalación del aeropuerto estaba lejos del confort que los occidentales exigían en sus países, lejos de los servicios de primera clase y de cualquier asomo del consumismo norteamericano o europeo.

La observación (la comparación) me la hicieron dos periodistas colombianos radicados en España cuyos nombres no recuerdo. Me hablaron de cuanto debe saber un viajero en materia de aeropuertos cuando estábamos sentados en el Skvier de Tashkent, en mi primer verano en una ciudad extraña donde una simple conversación en español con un desconocido se agradecía infinitamente. Tomábamos un refresco a la sombra de las encinas en aquellas magníficas glorietas en forma de cúpulas brillantes que los viejos jardineros uzbecos se encargaban de alistar después de las nieves del invierno. El diálogo en el idioma familiar me había hecho volver la cara y enfrentar al grupo de turistas que bajaba la escalinata del hotel Uzbekistán.

—Todos los aeropuertos no son iguales —dijo uno de los periodistas cuando el tema salió.

Para mí estaba claro que no eran iguales, y lo dije. Hablé de las edificaciones funcionales (las pocas que había visto en alguna escala técnica en Shannon y Odesa, y otras, muy contadas, las del aeropuerto de Tashkent y el viejo

Vnúkovo de Moscú, sin hablar de la Terminal de Vuelos de La Habana, por supuesto) concebidas para usos, volúmenes y servicios diferentes. El otro colombiano se me quedó mirando, empujó hacia mí la caja de cigarros Parliament de filtro tubular (claro que nunca había visto cigarros como esos. Lo más común era fumar cigarrillos búlgaros Opal o Stewardess con filtro de esponja, o los Gallant indios que sabían a hierba y se vendían barato en cajetillas crush-proof de colores brillantes, o compraba un paquete de Dunhill International cuando tenía dinero suficiente, o acaso Ronhill, el invento yugoslavo que hacía recordar las finas cajas coloridas de Chesterfield o Pall Mall) y me hizo señas que cogiera uno.

—Tú eres cubano —dijo—. No tienes ni la más puta idea de lo que es un aeropuerto.

El hecho (y es bueno decir que la puta idea debe ser lo primero: todo lo demás puede venir después; la sorpresa, incluso, también forma parte de la idea, y no del hecho en sí, como pudiera pensarse. Tómese, por ejemplo, la nieve: cuando se haya tocado con la mano propia quedará por dentro una suerte de desilusión momentánea, aun cuando se haya esperado ese minuto muchos años y se haya visto miles de metros de película donde los personajes se revuelcan en el hielo como si no tuvieran frío) de ser cubano me excluía abiertamente. Dicho con pocas letras, la puta idea de un aeropuerto moderno de Occidente no podía caber en la cabeza de un habitante del Caribe comunista que veía limitadas sus posibilidades de vuelo a un viaje de estudiante becado en las universidades del Este o del país soviético. Asumí que ese estudiante era yo y me quedó claro que la puta idea no podía caber en mi cabeza. Pero me sirvió la conversación aunque en algún momento los colombianos

me parecieran petulantes.

—Ni se te ocurra comparar esa mole de hierro y vigas prefabricadas que es el aeropuerto de Tashkent con un aeropuerto de verdad —seguía diciendo el periodista—. Hay algo en el gusto estético occidental que responde a otras normas. El aeropuerto de París, por ejemplo, es una ciudad pequeña. Nada que ver con las terminales de vuelos que los rusos han levantado en este país enorme. Y el aeropuerto de San Francisco no tiene nada que envidiarle aunque sea más pequeño. Y el de Bogotá tiene la misma clase y el mismo estilo aunque no disponga de tantas comodidades.

Yo recordaba la conversación con los colombianos mirando a la mujer que volvía la cabeza para lanzar miradas de desprecio sobre los asientos y las instalaciones del salón. Yo la veía acercarse y temía que ella pasara de largo y se alejara hasta una distancia inalcanzable, pero quiso la suerte que el puesto libre más cercano estuviera junto a mí. La mujer hizo un giro gracioso sobre el granito del piso, enderezó la maleta y los pasos y vino a sentarse a mi lado. Durante diez minutos esperé que girara la cabeza en mi dirección, que se dignara mirarme y preguntar alguna cosa. En cualquier caso, yo tenía la ventaja del idioma. La gran ventaja. El hecho de hablar ruso con absoluta libertad. Esperaba, por tanto, que la mujer necesitara alguna ayuda en la traducción. Debía necesitarla. No era común que los funcionarios de la aduana pudieran comunicarse en un idioma diferente al inglés. En alemán, acaso, pero los alemanes del Este que viajaban a Moscú odiaban abiertamente al pueblo ruso. Lo culpaban del desarrollo alcanzado por sus vecinos del Oeste. No se mezclaban, por tanto, ni manifestaban nunca la más remota intención de parecer amistosos. Cumplían sus itinerarios con absoluta rigidez para no verse obligados a

preguntar nada. Los funcionarios de la aduana, sin embargo, los trataban bien.

—¿Habla español? —le pregunté cuando ya no me quedó más remedio, cuando la leve esperanza de entablar una conversación se diluía con los últimos rayos del sol que empezaban a morir detrás de los cristales del aeropuerto.

La mujer giró la cabeza y me lanzó una mirada gélida, nunca tan fría como las miradas de las matronas uzbecas que veían en cualquier extranjero una amenaza para sus jóvenes muchachas, pero terrible, en cualquier caso, distanciadora y abiertamente hostil. Las suaves curvas del rostro se endurecieron y ya entonces ella perdió el aire de La Gioconda y los ojos de Sofía Loren. Se convirtió rápidamente en una profesora de Mecánica Teórica que yo había tenido en el segundo año, una hebrea gorda de apellido Kleiman que me miraba igual cuando yo no podía resolver sus ecuaciones complejas y ridiculizaba con dos palabras al estudiante amedrentado por sus grandes ojos negros.

Lo que restaba era apartarme. Apartar los ojos y la cara y seguir el juego con otra gente que había entrado al salón, una pareja nórdica (después supe que eran especialistas finlandeses que viajaban hacia los campos de petróleo de Nízhniy Nóvgorod a cumplir con un contrato millonario de la compañía Sievernieftprom) de edad mediana que se sentó cerca y abrió un mapa de Rusia Central. El juego funcionó cuando los oí hablar en su idioma. Descarté a los polacos y a los húngaros y fue fácil abordarlos en inglés. Me alejé de La Gioconda que barría el salón con mirada de Sofía Loren y me fui a tomar café con los escandinavos en el salón del segundo piso. Ya era de noche y la conversación se tornó intensa. Una parte importante del juego (parte fundamental, por si alguien quiere hacer lo mismo) consistía en apar-

tarse de los temas folklóricos (nunca se debía preguntar si les gustaba el país. Esa era una pregunta que predisponía a los extranjeros. Si les gustaba la ciudad y la gente ellos mismos buscarían la oportunidad para decirlo) y concentrarse en aquellos temas de interés general. La profesión, por ejemplo, era el tema mejor.

Lo habíamos comprobado en el Skvier de Tashkent una tarde en que andábamos Landy, Reinaldo Méndez y yo sin un centavo en el bolsillo y mirábamos las piernas de las muchachas que bajaban por el bulevar a tomarse un helado en el Café Molochniy. Landy estudiaba Ingeniería Civil y dominaba muy bien los temas de la construcción. Un grupo de turistas españoles subía a pie desde el restorán Shajtiar. Landy entrevió la oportunidad de hacer el juego (lo había aprendido por su cuenta con alguna armenia del reparto Visokovóltniy que anduvo un tiempo con él en el invierno, una de esas mujeres que sólo era posible encontrar en una ciudad de razas mezcladas como Tashkent. Parecía moldeada de manera especial dentro de su cubierta muy poco común de piel canela y grandes ojos verdes, y cantaba las canciones de Alla Pugachova con verdadero sentimiento y con una entrega que la hacía llorar en los momentos más sublimes) era un juego diferente al mío, pero era el mismo juego. Abordamos a los españoles en la esquina de la tienda universal y ellos se mostraron contentos de encontrar hispanohablantes en el centro de Asia. El juego parecía ir bien y los españoles nos invitaron a tomar cerveza cara en la terraza del hotel. Hablábamos del tiempo y las mujeres, de la imposibilidad de comprar cigarros Ducados en ninguna tienda de la ciudad, de la mezcla rara de rusos y tártaros de la estepa, de las adivinadoras gitanas que arrastraban a sus hijos entre las mesas blancas de la terraza, y de tanta gente

y tantos rostros diferentes en la calle. Los españoles se mostraban interesados y dispuestos, pero entonces Landy preguntó si les gustaba el país, si habían mirado, por ejemplo, los minaretes de las Cúpulas Azules y las casas de barro del Stariy Gorod, o acaso la mole de concreto del Hotel Cosmos y la extraña maravilla que era el Alaiskiy Bazar, y los españoles nos miraron con recelo y dijeron que todo eso estaba bien. Pero se recogieron un poco y recordaron de pronto que tenían otra excursión planificada a la estación Usbekistánskaya y a la Dirección General del Metro, a donde nosotros, por supuesto, no podíamos ir por tratarse de un acto oficial y otras razones
comprensibles.

—España, uno; Cuba, cero —dijo Reinaldo Méndez parafraseando al fútbol. Esa tarde aprendí que uno debía jugar su propio juego y no dejarse llevar por las reglas de otro. Seguí andando con Landy y con Reinaldo, sin embargo, pero en algún momento los dejaba solos y me iba al barrio estudiantil a buscar a Dilya y pasábamos las tardes de domingo mirando las comedias de Adriano Chelentano en el cine Saravshán.

—Tienes que aprender de Chelentano —decía Dilya—. Ese es un pícaro con suerte. Tienes que aprender de él, y tienes que saber diferenciar los acentos y las inflexiones regionales.

Lo decía por esa extraña mezcla de razas y dialectos que existía en Tashkent. La vieja ciudad uzbeca se había poblado con personas de todas las repúblicas después del terremoto. El ruso funcionaba como idioma común. Los tártaros de Kazán se mezclaron con los kalmucos de Siberia. Los uigures de la frontera se casaron con muchachas de Armenia. Los hebreos de grandes ojos negros habían perdi-

do su castidad ancestral, habían sucumbido a los ofrecimientos de la vida y se habían mezclado con bashkires, con coreanos y con osetios. Los rusos puros ya no eran rusos puros y la ciudad exhibía una agradable visión de piel variada y ojos que miraban desde sus pupilas verdes, azules, negras y color café, todo en una fuerte procesión de lenguas diferentes y costumbres enraizadas que iban cambiando con el tiempo y mezclándose a su vez con la nueva oleada de estudiantes africanos, persas y latinos que llegaba a la ciudad.

—Pero tienes que aprender a diferenciar los acentos —decía Dilya—. Tienes que hablar el idioma tan perfecto y claro como el discurso impoluto de los habitantes de Yunus Abad, que son rusos puros porque llegaron hace poco y no se han mezclado todavía. Y tienes que imitar perfectamente el habla casi gutural de los trabajadores de la estación de descarga del ferrocarril central de Tashkent, que llegaron aquí en los tiempos de la reconstrucción después del terremoto y ya han tenido que variar sus costumbres y su forma de hablar.

La cuestión del idioma era una herramienta fundamental. Dilya Karímova, una tártara de veintidós años que estudiaba idiomas en la universidad, me enseñó eso. Ella hablaba uzbeco, ruso, inglés, tártaro, alemán, moldavo, algo de hebreo, bastante de francés, italiano suficiente, kazajo, persa y español en su variante insular americana. Ella podía discernir entre dos pieles y dos tonalidades de los ojos. Ella tenía ese don extraño que sólo abunda en las fronteras y en los lugares que por siglos han servido de puente entre las civilizaciones.

Siendo especialistas del petróleo, los finlandeses se abrieron ante la mención de los campos inexplorados del

Altai, los nuevos gasoductos presurizados que atravesaban toda la parte oriental de Siberia, las estaciones de bombeo equipadas con sistemas automáticos de descarga. Ya habíamos consumido bastante (los tres, en una forma abierta y fácil de ordenar cerveza y entremés de jamón sin cuidarse demasiado de quién pagaría por todo) cuando llegó su turno de volar. Me dejaron sus teléfonos y sus vías de contacto. Algo de dinero también, para el café y los cigarros. Era noche avanzada en las llanuras verdes de Podmoscovie. Cuando volví a mi puesto en el salón del primer piso ya el sol comenzaba a iluminar el mundo hacia el oriente. Busqué a La Gioconda entre los pasajeros que dormían en el salón, pero no la vi. Debía estar en el restorán del aeropuerto comiendo hongos con cebollas (plato raro e insípido que los extranjeros perseguían cuando estaban en Rusia). O quizá había decidido pasar la noche en el hotel de tránsito y tomar una ducha y dormir las pocas horas que quedaban hasta que su avión partiera.

Me entretuve tratando de hacer el juego con otros pasajeros. Unos turcos se sentaron cerca y no me hicieron caso. Una pareja de monjes ortodoxos discutían algo en un idioma incomprensible. Me hicieron recordar a un matrimonio que encontré alguna vez bajo las pérgolas del segundo piso del hotel Uzbekistán. Los confundí con rumanos y se pusieron bravos.

—Somos vascos, coño —dijo el hombre, y después dejó claro que estaba hasta los pelos de gente como yo, de jovencitos tártaros que asediaban a los turistas para cambiar rublos rusos por divisas de Occidente. Quizá yo parecía un tártaro (muchas veces la gente me hablaba en tártaro o en uzbeco y cambiaban al ruso cuando descubrían el error. Incluso Dilya me presentaba a sus amigos como un tártaro

de las colinas negras de Kazán que hablaba el ruso con el acento inconfundible de la estepa. Dilya decía que no había ninguna diferencia entre un tártaro y yo) o quizá yo parecía un osetio o un afgano. Para mucha gente yo era un afgano cuando andaba con Reinaldo porque hablábamos una lengua incomprensible y Reinaldo era trigueño y tenía la nariz afilada de los persas.

Hubo una noche de diciembre en que un grupo de uzbecos drogados con hatchís nos confundió con afganos en el trolebús. Reinaldo pudo huir por una ventanilla, pero yo pagué las culpas y los muertos de la guerra en aquel país vecino. La invasión soviética terminaba ya. Las tropas regresaban a sus bases del Círculo del Turquestán. Casi todos los soldados eran uzbecos por ser esa república el territorio más cercano a Afganistán. En el camino de regreso fueron hostigados por los talibs desde los campamentos de Kabul hasta la frontera. Muchos soldados murieron al detonar una mina. El deseo de desquitarse se hizo fuerte entre los jóvenes y comenzó en Tashkent una verdadera cacería de afganos. Me cazaron también esa noche de diciembre y me dejaron muerto (casi muerto, chorreando sangre por la nariz y por la boca, con una herida de destornillador o de kinzhal sobre la sien derecha y con suficientes golpes en la cabeza como para mandarme directo al cielo o al infierno) bajo las luces de neón del cine Iskra en el Stariy Górod, la zona vieja, peligrosa, donde vivían los uzbecos en sus casas ancestrales de adobe y tejas, la única parte de la ciudad que sobrevivió al terremoto de 1966. Me dejaron ahogándome en el charco de mi propia sangre mientras oía las risas y los gritos de hiena de mis ejecutores que anunciaban a los vecinos y a la gente la venganza consumada. Me salvé esa noche porque una rusa de cuarenta años pasaba cerca y se

detuvo a investigar de quién era el cuerpo que rezumaba sangre en la cuneta. Se llamaba Liubóv, y después supe que era cirujana de Andizhán y pasaba un curso en el Hospital Docente. Me salvó la vida en un lugar donde la gente hacía muy poco caso de un herido (era común encontrar algún alcohólico muerto en un parque de la calle General Usákov o flotando en el agua fría del Canal Anjor, y era común también que la gente se alejara de cualquier evento oscuro, un muerto o un herido de puñal por cuestiones de dinero, una muchacha rusa violada en plena calle por jovencitos tártaros o la simple víctima de una estafa que amaneciera con los hígados por fuera en los jardines delimitados por setos de arándanos de restorán Dom Kinó) y nadie quería meterse en los problemas de nadie.

Y es que el juego a veces se volvía en mi contra y lo que parecía una ventaja terminaba por convertirse en trampa. El juego podía reservar una sorpresa desagradable. El escenario variaba rápidamente y los protagonistas actuaban en consecuencia. Se tomaba una salida imprevista y entonces todo salía mal, con desenlaces imprevisibles y muchas razones para ocultarse un tiempo mientras las cosas se arreglaban. Dilya Karímova me había dicho que tomaba tiempo acostumbrarse y jugar bien.

—Jugar bien, eso es lo importante —decía Dilya cuando estábamos una tarde de primavera avanzada bajo los sauces llorones del parque Yuri Gagarin, cerca del Canal Anjor, cuando me explicaba las diferencias entre el nogal común y el nogal griego, y entre la encina mediterránea y la encina de Israel, y entre los abedules de la taigá, de hojas grandes como la mano de un hombre, y el pobre abedul de la estepa, tan descolorido y mustio en el mejor de los veranos—. Jugar bien significa conocer las cosas. Las posibilida-

des. Las variantes que pueden surgir en una u otra situación. Saber las diferencias, por ejemplo, entre las hojas caídas de los árboles en el otoño. Determinar si son de roble o de nogal. Apartar el amarillo y el ocre intenso de la encina y admirar el verde muerte del ciprés. Sólo así podrás jugar como se debe. Y lo harás. Estoy segura que lo harás. Uno está obligado a jugar hasta donde se pueda, y, lo más importante, uno tiene que saber en qué momento debe retirarse.

De modo que yo hacía lo mismo por mi cuenta y trataba de sacar mis ventajas de situaciones comunes cuando el hecho de saber jugar se convertía en herramienta para matar el tedio y resolver dinero o beber cerveza gratis en el Skvier de Tashkent. Salía a veces con Reinaldo y con Landy cuando estábamos aburridos en el albergue y el sol brillaba en las hojas de los robles del parque Zhimadar. Mirábamos las frondas del parque desde la ventana y teníamos deseos de ir a comer shashlik de carnero en sus varillas de aluminio, o el palov uzbeco que se cocinaba en grandes ollas de hierro bajo los robles, o quizá un plato de kaurmá-lagmán acompañado con tirillas de blinís y abundante pimienta roja. Desde la ventana veíamos subir el humo entre los robles. Toda la agradable variedad de la cocina uzbeca subía con el humo y nosotros sentíamos ese deseo intenso de ir allá y hacer el juego con los encargados. Pero el parque Zhimadar no era un buen lugar para nosotros por ser retiro habitual de uzbecos puros y de mujeres que vestían sus ropas nacionales y nunca enseñaban las rodillas. El parque Zhimadar no era sitio para extranjeros. Preferíamos el centro de Tashkent porque allá era posible conversar con las muchachas rusas y armenias, o tártaras y bashkiras de las estepas que habían llegado a la ciudad y nos miraban con

sus ojos entornados, ligeramente oblicuos, que las hacían parecer seres irreales de piel muy blanca y rasgos orientales tan marcados en el rostro.

—Pero tengo que conseguirme una uzbeca —decía Landy—. Quiero saber de qué están hechas. Necesito saber.

Buscarse una uzbeca no era aconsejable, sin embargo, por la cara que ponían los varones cuando nos descubrían hablando con alguna (hubo casos en que el transgresor se veía acorralado en una esquina, rodeado por un grupo de jovencitos envalentonados que mascullaban sus amenazas en el idioma natal y dejaban asomar las empuñaduras de sus kinzhales bajo la camisa) Era mejor y más seguro entretenerse con las armenias del Cáucaso, con las rusas de pelo largo y rubio, o las tártaras de ojos rasgados y piel blanca, o con las bashkiras de grandes ojos luminosos, ligeramente oblicuos, de mirada extraña y cuerpo absolutamente lampiño, o hacer el juego con los turistas que se hospedaban en el hotel Uzbekistán y salían por las tardes a dar sus vueltas por el bulevar y a tomar cerveza negra en las glorietas del Skvier.

En el Sheremétievo estaba haciendo lo mismo y me sentía bien. Me sentía tranquilo y cómodo mirando los aviones y haciendo ver que no me preocupaba demasiado lo que ocurría alrededor. Pero atendía con los ojos a cualquier movimiento en el salón, a cualquier extranjero que fuera fácil de abordar y que me pagara un trago de coñac o whisky en el bar del aeropuerto, o que se enterneciera con mi triste historia de estudiante cubano obligado a hablar en ruso, alejado de las playas del Caribe hasta una distancia considerable. El juego salía bien si el extranjero se metía la mano en el bolsillo y me daba veinte dólares. No me resultó esa noche con la mujer que tenía los ojos de Sofía Loren. La

olvidé por un momento y me concentré en otros pasajeros, pero después de los finlandeses no apareció más nadie. En el salón vacío sólo estaban los turcos y la pareja de monjes ortodoxos con sus altos gorros negros y sus anchas cruces plateadas sobre el pecho.

El sol ascendía lentamente sobre los campos verdes de Rusia. Los aduaneros de turno se retiraban ya. Un nuevo grupo debía estar entrando en la mañana. Mi vuelo hacia La Habana había avanzado en la tablilla luminosa del itinerario que anunciaba salidas y llegadas. En cinco horas diría adiós al Sheremétievo y tomaría la ruta de Irlanda del Norte en una línea recta sobre Europa sentado en el salón lleno de gente de un liner IL-72 de la compañía Aeroflot. Llegaría a La Habana quince horas después y durante cuatro meses olvidaría a los tártaros y a los bashkires de ojos oblicuos, a los uzbecos y a Dilya. Olvidaría el juego que aprendí con las muchachas bajo las pérgolas del segundo piso del hotel Uzbekistán. Me sentiría confiado y libre en mi barrio oscuro, lejos del confort occidental, lejos de las varillas de shashlik y de los extranjeros que miraban con desprecio la sobria instalación del aeropuerto. Olvidaría, sobre todo a la mujer con cara de Gioconda que me miró con desdén cuando quise entablar una conversación con ella. Por un momento me había hecho sentir insignificante y aplastado sobre el asiento cómodo del salón, y me había dejado fuera del juego.

Pero el juego no había terminado todavía. El juego recomenzó cuando un oficial de la aduana me tocó en el hombro.

—¿Tú eres cubano? —preguntó en ruso.

Me pidió acompañarlo a las oficinas de seguridad (me lo pidió en esa forma desenfadada de los rusos más simples,

como si hubiera estado conversando con un amigo viejo, con un vecino que pasaba cerca y se le pedía por favor que entrara a tomar el té) Me explicó en el camino que tenían una situación (la palabra situación es tan ambigua que puede ilustrar cualquier evento, sea desagradable o no, sea un hecho simple con ventajas evidentes o sea un suceso más formal, acaso con peligros y amenazas, o acaso con matices llanos y prometedores) y necesitaban un traductor de español. Con sorpresa (o quizá todo fue sin sorpresa, si se atiende a que el problema era común en los extranjeros que viajaban vía Moscú desde las grandes capitales de Occidente y América hacia el Japón o Asia Oriental, o hacia el Oriente Medio y África, o hacia Roma o Los Balcanes, como en este caso) descubrí que La Gioconda lloraba en uno de los asientos reclinables de la oficina del Oficial Jefe (lo llamaré Vládik, o Vitya, o quizá Seriozha) Los ojos de Sofía Loren aparecían llenos de lágrimas. Se los estrujaba con un pañuelo de seda y levantaba la cabeza para soltar sobre los oficiales largas miradas que variaban del desprecio a la angustia. Vitya (o Vládik, o Seriozha) lo explicó todo.

—Vino a reclamar ¿Te imaginas ese cuadro? A reclamar. Y nosotros aquí, ¿lo ves?, no somos bobos. No somos nada bobos —dijo Vitya en el acento cavernoso de los Urales.

La situación (¿El juego? ¿Acaso no era todo un juego? ¿Acaso no somos todos jugadores y nos toca perder o ganar en algún momento?) era sencilla. La Gioconda había declarado una cierta cantidad de dinero a su entrada al Sheremétievo de Moscú. Los agentes de la Aduana contaron los billetes y asentaron en la declaración el monto en dólares. Sólo el monto, sin especificar las denominaciones.

—Cosa de rutina —me explicaba Vitya (¿Vládik? ¿Se-

riozha? ¿Vanya fumándose un cigarro Prima o Bielomor sin filtro, escupiendo nervioso las virutas de tabaco, dejando ver los dientes amarillos?) —Se escribe la cantidad según el procedimiento, pero no se escriben los números de los billetes ni el desglose por unidades.

La Gioconda (seguía siendo La Gioconda para mí, seguía teniendo los ojos de Sofía Loren aunque estuviera llorando, aunque las lágrimas le rodaran por las mejillas y empañaran su limpia imagen de duquesa flamenca) se había sentado en el salón y había pensado una variante de estafa de aeropuertos (¿No es todo el mismo juego, acaso? ¿No es la misma situación que puede darse en el gabinete de un ministro en México DF, o en las pandillas de los barrios bajos del Bronx, o en la oficina del gerente de un banco suizo, o en un café de Tashkent? ¿No es la idea que antecede al hecho y obliga a actuar cuando uno menos se lo espera?). Esta vez el juego consistía en esconder una parte del dinero y hacer una reclamación formal con muchas lágrimas y mucho teatro aduciendo que los aduaneros le robaron en el conteo de los dólares y sólo después (sólo después, sentada en el salón, cuando había logrado reponerse de la impresión por el primer contacto con la maldita tierra rusa, cuando se había tomado un refresco de manzanas para alejar el malestar del viaje, cuando había mirado con los ojos propios un pedazo del territorio comunista y había oído por primera vez unas palabras en esa lengua extraña, tan alejada de los tonos graves de cualquier idioma americano o europeo) había contado el dinero con calma (con mucha calma, Dios mío, con mucho aplomo y una serenidad total) y había detectado el problema (¿La situación? ¿El juego? ¿Otra vez el juego haciéndose notar en un evento serio, tan demasiado serio, tan peligroso que podía empañar la ima-

gen de un aeropuerto importante y complicar la vida de las mujeres y los hombres que ejecutaban con rigurosidad marcial la acción tan necesaria?) y por eso recurría a la buena voluntad de los aduaneros que debían, Por favor, Please, Please, Prego, Prego, enmendar su error y devolverle (¿Cuatrocientos dólares americanos? ¿Quinientos quizá?) íntegramente el dinero sustraído antes que los denunciara ante una comisión internacional y publicara un artículo explosivo en cualquier periódico de Occidente (en cualquiera, ¿lo oyeron bien? ¿Tienen idea de lo que puede hacer la prensa en las democracias del mundo libre? ¿No han visto nunca un ministro destituido de su cargo y una empresa millonaria que cerró sus puertas por culpa de una simple nota en el periódico indicado?) de modo que pedía resolver con prontitud el caso al tiempo que agitaba los billetes ante la cara de los oficiales asustados.

Vitya (¿Vládik? ¿Seriozha? ¿Vanya fumándose otro cigarro Prima o Bielomor sin filtro, escupiendo nervioso las virutas de tabaco, dejando ver los dientes amarillos?) había actuado con la sangre fría de un profesional. Ordenó contar el dinero otra vez. Faltaban quinientos dólares en la cartera de La Gioconda. Vitya lanzó lejos el Prima (Bielomor) sin filtro. Dijo Tfú a la manera en que un oficial de la aduana podía decir Tfú cuando descubría que era víctima del juego.

—Pero yo mismo había contado el dinero —me diría después, cuando estábamos sentados en la oficina y tomábamos té verde con bizcochos de arándano que la funcionaria Mashka sirvió en tazas aplastadas—. ¿Lo puedes entender? Yo mismo le había contado los billetes. Me veía allí como un idiota cuando ella agitaba el dinero ante mis ojos y amenazaba con denunciar el maltrato ante la prensa occidental, y entonces, mirando las denominaciones, me di

cuenta del engaño.

Vitya lo había dicho todo en una sola expiración sonora y ronca. Parecía disfrutar del momento y hacía una pausa para sorber el té y partir un bizcocho con los dientes. Pero me miró de pronto y sonrió ampliamente.

—Veo que no lo entiendes —y Vitya rió otra vez—. Los cubanos sólo vienen a Moscú a partir culitos en los albergues mixtos de los politécnicos ¿No entiendes que los billetes no eran los mismos? Ella los había cambiado por otros que llevaba escondidos. Tenía que llevarlos escondidos. Seguramente se metió en el baño y preparó la operación. No tuvo en cuenta las denominaciones, y ahí mismo, cuando agitaba el dinero frente a mí y amenazaba con denunciarlo todo, se le acabó el maldito juego.

Y después Vitya (¿Vládik? ¿Seriozha? ¿Vanya fumándose un tercer cigarro Prima o Bielomor sin filtro, escupiendo nervioso las virutas de tabaco, dejando ver los dientes amarillos?) me contó que había ordenado a la funcionaria Mashka Grishkova (pómulos ribeteados en carmín, labios de cereza de Pomorie, veintiocho años bien vividos en la aldea Vtúshkino antes de entrar en el servicio aduanero) revisar a La Gioconda con el rigor que precisaba el caso, partes privadas incluidas. La operación (a pesar de las protestas en inglés y español y serias amenazas de denuncia ante organismos internacionales y un lloriqueo final que podía enternecer los ojos fríos de un metropolita) se realizó en un cuarto especial de las oficinas y reveló la existencia de un cinturón escondido bajo el blusón de borlas ambarinas con una suma superior (muy superior) al monto declarado.

—Ahí fue cuando nos hizo falta un traductor ¿Lo ves? Fue ella misma quien nos dijo que había un cubano en el

salón. Te describió muy bien. Pero ahora todo está claro. Todo el dinero ha sido confiscado y ella tendrá que buscarse cualquier funcionario de la embajada italiana que interceda. Cualquiera puede hacerlo, no me importa quién. Siempre aparece alguno cuando pasan estas cosas. Ella quedará retenida en el hotel de tránsito hasta que algún diplomático se haga cargo. Perderá su avión y su cita en Milán, pero así es el procedimiento.

Y entonces, por uno de esos azares del juego, (por una de esas situaciones sin solución probable que añaden interés al desenlace y obligan a seguir jugando aunque se sepa de antemano que ya el juego se perdió sin remedio) yo le pedí a Vitya que dejara libre a La Gioconda.

—¿Tú estás loco? —preguntó Vitya después de darle una chupada a cualquier cigarro Prima o Bielomor sin filtro, después que escupió las virutas de tabaco y enseñó los dientes largos y amarillos—. No, de verdad, tú tienes que estar loco. Todos los cubanos tienen que estar locos.

Pero el juego no era una simple suma de causa y consecuencia. Yo lo sabía, y sabía que una conversación inteligente podía derribar las puertas más sólidas. Le dije a Vitya que no perdería nada si se hacía el bobo y desviaba la atención de un caso tan insignificante. Porque (y en eso Vitya me daría la razón un poco después, cuando el juego se puso interesante y Mashka Grishkova repartía otra tanda de té y bizcochos de arándano) la mujer no había hecho nada. Lo había intentado, y eso no se podía negar. Había montado su teatro (¿Su juego? ¿Su mascarada perfectamente realizable, previamente ensayada quizá, perfeccionada hasta convertirse en arte, o quizá improvisada en un momento último y desesperado por razones oscuras, ajenas al razonamiento superficial de un estafador común?) ante las na-

rices de aduaneros experimentados, pero la operación había sido frustrada por el celo y la profesionalidad de los agentes (de Vitya, en primer lugar, que había mostrado el aplomo y la preparación de un oficial verdadero aunque fuera un simple campesino de los Urales sin ambiciones visibles, y lo vi levantar la cabeza y los ojos cuando dije eso), de modo que no había reclamación posible y estaban a mano La Gioconda y el poderoso aparato aduanero del gran país soviético.

—Tú estás loco —dijo Vitya—. Todos los cubanos están locos. Siempre están cargando mercadería barata hacia su isla y uno cree que lo hacen para ayudar al país, pero después te das cuenta que todo lo hacen por una mujer, una que les guiñó los ojos en el Metro y les dio pan con jamonada en el desayuno en cualquier mañana de invierno.

Tuve que aguantar el sermón y decir que sí a todo lo que Vitya mascullaba en su dialecto de los Urales, a veces tan perfecto y claro como el discurso limpio y elegante de los rusos puros del barrio de Yunus Abad, y a veces retorcido y siseante como el habla casi gutural de los trabajadores de la estación de descarga del ferrocarril central de Tashkent. Pero al final el cariz del juego cambió a mi favor (y a favor de la Gioconda, en consecuencia) y Vitya se dejó enternecer y decidió que no ganaba nada con obligar a la mujer a quedarse en tierra por una simple formalidad aduanera.

—Bien —dijo—. Dejaré que se vaya. A fin de cuentas es como tú dices. Aquí no ha pasado nada.

Claro que después (media hora después, cuando La Gioconda y yo conversábamos en el salón como amigos viejos que se hubieran encontrado por accidente y ella retocaba el maquillaje con una mota minúscula y se alistaba

para abordar) surgió la idea de regalarle veinte dólares a Vitya. Yo había pensado en esa posibilidad cuando estábamos sentados en la oficina de la aduana y tomábamos el té con bizcochos de arándano que Mashka Grishkova repartía para todos los presentes sin distinción de grados militares, ni edad, ni complexión. Pero no se lo dije a Vitya entonces. No lo quise mencionar porque yo no tenía el dinero. Faltaba conversar con La Gioconda y exponerle el caso. Se lo expuse luego, cuando ella fue puesta en libertad, cuando se le devolvió íntegramente el dinero y ella tomó los dólares escondiendo la mirada, cuando salió por el hueco de la puerta hacia el salón y me buscó entre los asientos con los ojos y arrastró la maleta de viaje hacia el lugar donde yo la esperaba.

—Francesca Risi —dijo, y extendió la mano.

Seguía teniendo los ojos de Sofía Loren y el aire superior de una duquesa flamenca, pero algo en las curvas de su rostro había cambiado. La línea dura de los labios (fuerte expresión que retomaría más tarde, cuando ya estaba a punto de alejarse para siempre de la inhóspita tierra soviética, de los estúpidos aduaneros rusos que no hablaban español y le habían echado a perder el juego) había cedido el paso a una sonrisa incipiente y coqueta. La luz del sol que entraba por los cristales le había devuelto algo del brillo que perdiera en la madrugada cuando lloraba en la oficina de Vitya, y en general ella misma parecía otra. Había cambiado el blusón de borlas ambarinas por una simple yacka de campesina tirolesa, y llevaba sandalias de cuero en lugar de zapatos, y llevaba el pelo anudado sobre la espalda con una cinta de terciopelo azul.

—Te quería dar las gracias —dijo en español con un fuerte acento rioplatense que sonaba muy bien en su voz de

tonos medios—. Por todo gracias. Por la traducción y por todo lo demás.

Siguiendo las reglas, yo debía omitir cualquier mención sobre el incidente con Vitya y los aduaneros (Dilya me había dicho siempre que las cosas desagradables debían ser olvidadas al momento y no debían jamás ser mencionadas en presencia de los afectados si se quería seguir adelante y ganar el juego) Pero otra vez, por alguna cláusula maldita que obligaba a cambiar las reglas y hacer lo menos aconsejable, le dije a La Gioconda (seguía siendo La Gioconda aunque su aspecto hubiera desmerecido tanto) que no debía darme las gracias por nada, que debía agradecer a la buena voluntad de los funcionarios de la Aduana, que se habían portado bien y merecían una compensación.

—¿Cuánto? —preguntó ella abriendo el monedero, una cartera minúscula hecha de piel y rematada con láminas doradas en el cierre y los bordes.

Me dio los veinte dólares y me pidió agradecer a los rusos en su nombre. Después pareció olvidar el incidente y empezó a preguntarme cosas personales, alguna información sobre mi vida y mi presencia extraña en un sitio tan remoto. Se asombró cuando le dije que estudiaba ingeniería mecánica en el instituto de automóviles de Tashkent.

—¿Tashkent? —preguntó —. No conozco ese nombre. En realidad, no conozco nada de Rusia. Tuve que explicar que la ciudad no estaba en Rusia. Pareció interesarse en la conversación cuando le hablé de Uzbekistán, de las vastas llanuras arenosas del desierto de Kizilkum donde el soleado Tashkent se asentaba por siglos, de la antigua ruta de la seda y la invasión de los tártaros mongoles, de los viajes de Marco Polo y del fuerte terremoto que destruyó la ciudad. Aun así el sitio no le resultaba familiar. No conocía los

campos de algodón de Namangán, extensos como praderas nevadas, ni los minaretes de Samarcanda que brillaban bajo el tórrido sol del Asia Central, ni las suaves lipioshkas saladas que se cocían en hornos de piedra en las aldeas del valle de Ferganá, ni los perros-lobo de orejas recortadas que pastoreaban miles de ovejas en las laderas de los montes Chimgán. La antigua casta del doctor Avicena y el poeta Ulugbiék se revelaba ante La Gioconda como una noticia sin importancia y una información sin utilidad adicional.

—Pero conozco Bakú, sin embargo —dijo retocando el maquillaje—. Tuve un amigo que vivió unos años allá. Un ingeniero del petróleo. Me regaló un libro de Yesiénin ¿Se dice así? Nunca podré pronunciar esos nombres. Un gran poeta ruso, según creo, y nació en Bakú. Debió ser uno más entre tantos poetas, pero se casó con Isadora, y eso ya es algo. Eso lo hace interesante aunque sea ruso.

Yesiénin, claro. Siempre Yesiénin y el hombre que curaba con alcohol la sífilis que recibiera en las estepas de Kirguizia. Dilya me había leído sus versos una tarde bajo los nogales griegos del parque Yuri Gagarin, junto al Anjor. Yo miraba a Dilya desde el suelo y la veía recortarse contra el cielo de Tashkent, contra las luces de la tarde que iba muriendo en el verano, sólo unas semanas atrás, cuando le dije que viajaría pronto y ella me respondió que ya había andado conmigo un tiempo suficiente y no le parecía bien que me fuera cuatro meses y la dejara sola.

—¿Haces vida social allá? —preguntó La Gioconda, y enseguida se lo respondió ella misma—. Lo veo difícil. Será difícil vivir entre todos esos musulmanes mojigatos. Tú tienes cara de cualquier otra cosa. A ver si te casas con la hija de un sultán y le haces diez hijos.

Ella parecía haber olvidado completamente que sólo

una hora atrás estuvo involucrada en un asunto de contrabando de dólares. Un feo asunto para una mujer como ella. O quizá era un asunto común y ella estaba acostumbrada a montar su teatro en los aeropuertos del mundo, en las terminales aéreas de América y Europa donde seguramente todos los viajeros hacían lo mismo y no había que ruborizarse demasiado por que un agente de la aduana descubriera el engaño.

—Trabajo en el negocio inmobiliario —dijo—. Tengo inversiones en Milán y Buenos Aires. Pero tú eres demasiado joven para entender esas cosas, y yo tengo que irme ya. Quizá nos encontremos otra vez.

Yo también dije que quizá. Un quizá que sólo pretendía condescender y seguir el juego, el fino vuelo de las palabras, los tonos y los visos de una conversación que nunca debió tener lugar por ser nosotros tan diferentes y a la vez tan similares. La acompañé hasta la puerta de abordaje y le arrastré la maleta mientras ella volvía los ojos al salón para lanzar miradas de desprecio sobre los asientos y las instalaciones. Ya en la puerta se detuvo y me miró sonriendo con un aire de duquesa. Abrió otra vez el monedero minúsculo, sacó un billete de a cien dólares y lo extendió hacia mí en un acto breve y simple, tan inesperado que abrí la boca y me tardé bastante en levantar el brazo y recoger el dinero.

—Te lo ganaste —dijo —. Te portaste bien. No esperaba encontrar un joven tan bien dispuesto en este lugar remoto.

Pero yo tenía una pregunta que hacerle todavía. Yo le había dado vueltas al asunto y no entendía una parte del juego. Ella volvió a sonreír cuando le pregunté cómo había sabido que yo era cubano.

—Eres muy joven todavía —dijo cuando se alejaba—.

Eres tan joven que no podrías darte cuenta de nada.

No entendí a qué se refería, sin embargo, y me quedé mirándola, largamente mirándola, tratando de buscar alguna clave en las palabras mientras ella se alejaba por el pasillo y la amplificación del aeropuerto anunciaba en cuatro idiomas la salida hacia Roma del vuelo de Aeroflot correspondiente a las ocho de la mañana. Estaba seguro que nunca volvería a verla pero de alguna forma sabía también que me llevaría mucho tiempo olvidar lo que pasó. Levanté la mano y miré el billete al trasluz. La cara del Presidente Franklin parecía sonreír desde el papel, o de verdad reía, o simplemente le brillaban los ojos con una complicidad silenciosa y calmada que yo lograba descubrir y me obligaba a levantar la cabeza y a mirar otra vez al pasillo por donde había visto desaparecer a La Gioconda.

Cuatro meses después regresé a Tashkent. Landy había conseguido en el verano a dos uzbecas, dos gemelas idénticas muy jóvenes que se llamaban Shora y Fátima y tenían un apartamento propio en el Visokovóltniy.

—La que quieras es tuya —dijo Landy después que nos presentó en el Café Molóchniy del Skvier de Tashkent, después que las gemelas se pararon a bailar y nos quedamos mirándolas mientras hacían sus giros lentos con una melodía que Alla Pugachova vomitaba en la amplificación—. La que quieras. La que te guste más.

Con eso me quería decir que su juego estaba avanzado, que se había acostado con las dos y no se molestaba en diferenciarlas, y eso era mejor que toda mi historia de La Gioconda y el billete de a cien dólares. Pero yo supe que no lo decía en serio. De alguna manera lo supe. Le habían brillado los ojos con demasiada intensidad cuando le mostré el billete, y se le habían humedecido los labios de una forma

que sólo podía significar envidia sana. Insistió en que una de las gemelas era mía. Podíamos irnos a beber cerveza al Dom Kinó y gastar un poco de los dólares.

—Nos comemos un kilómetro de varillas de shashlik y después nos vamos al Visokovóltniy a pasar la noche —dijo Landy, y la cara se le alumbró otra vez en esa forma vaga en que la cara se alumbra cuando se ha logrado imponer las condiciones del juego propio.

Pero yo pensaba en Dilya. Yo tenía en la cabeza el prado verde del parque Yuri Gagarin y los sauces llorones del Anjor donde había visto brillar sus ojos ligeramente oblicuos bajo las frondas densas de los nogales griegos. Comenzaba el otoño y el agua estaría fría. El cuerpo de la tártara se sentiría muy bien después de cuatro meses. Besaría sus labios sin pintura y nos meteríamos en el agua del canal a esperar la noche. Le dije a Landy que las gemelas quedarían para después, y antes que dijera cualquier cosa bajé las escaleras y salí a la calle. Desde el balconcillo me gritó que yo era un mal amigo y un traidor. Lo dejé que se desgañitara hasta quedar ronco y tomé un taxi en la esquina más lejana del Skvier de Tashkent.

Soplaba el viento de octubre desde las estepas arenosas. Yo quise besar a Dilya cuando estábamos sentados bajo los sauces. Lo intenté muchas veces y ella apartaba el rostro y seguía peleándome por no haberle escrito en cuatro meses. Amenazaba con marcharse a Oremburgo o a Kazán y buscarse nuevos amigos y nuevas relaciones.

—¿No sabes que puedo hacerlo? —preguntó—.¿No sabes que puedo irme lejos y dejarte solo con esos amigos tuyos que andan sin rumbo por la ciudad? Claro que lo sabes. Lo sabes bien, y aun así te vas por cuatro meses y te apareces contándome una estúpida historia de aeropuertos.

No tuve más remedio que regalarle los cien dólares a Dilya bajo las encinas y los nogales griegos del Parque Yuri Gagarin. Ella tomó el billete con sus dedos pálidos y lo miró al trasluz contra el cielo gris de Tashkent, y luego sonrió y se dejó besar. Yo besé largamente sus ojos y sus labios junto a los sauces del Anjor mientras el otoño avanzaba indetenible sobre el desierto de Kizilkum y los nogales griegos y las encinas de Israel y los cipreses abigarrados de la estepa perdían definitivamente las hojas y el prado verde se cubría de una alfombra rojo grana, ocre intenso y amarilla.

LA SALIDA

Entonces había mucha gente tratando de irse. Mucha gente haciendo sus planes y sus cálculos. Se inclinaban de noche sobre los mapas y trazaban rutas en el agua. Gastaban el dinero en cualquier embarcación. Vendían las reliquias y las joyas para comprar un bote que pudiera sacarlos de la isla. Todos los ahorros se entregaban por un bote que aguantara bien el mar. Por una lancha vieja, o por cualquier cosa con motor. Por cualquier cascarón sin pintura y sin nombre que pudiera flotar sobre las olas y se dejara empujar por el viento.

De noche se quedaba la gente mirando el mar. Hasta muy tarde se quedaban en la costa. Miraban las olas que se rompían contra el muro con espuma abundante. Con el brillo de las fosforescencias marinas. Se rompían las olas con un bramido de agua que decía de otra vida en ciudades lejanas. De otra vida y otra gente. De otras cosas y de otras maneras, y la gente lo creía. Lo comentaban entre sí. Decían que pronto cambiaría todo. Que todo sería mejor en el futuro.

La gente miraba las olas y el horizonte. Más allá del horizonte y de las olas estaba la otra vida. La gente hacía sus planes de irse. Las familias enteras. Los padres con los hijos. Las novias con los novios. Encendían velas a los santos y prometían portarse bien. Prometían estudiar y prepararse para la vida nueva que los esperaba detrás de las olas, sobre el horizonte, en algún sitio lejano, en algún lugar desconocido.

Las familias enteras miraban el mar. Los jóvenes y los viejos miraban. Los que aún crecían miraban también. Lo aprendieron de los padres y de los abuelos. Lo aprendieron en la calle y en el patio de la casa. Lo aprendieron en los parques de la ciudad.

Y mirar el mar se les hizo costumbre.

La ciudad se quedaba vacía por las noches. La ciudad entera se mudaba a la costa.

La gente no podía hablar de otra cosa que no fuera el mar. Conocían los caminos en el agua como las calles de la ciudad. Cocinaban en fogones improvisados en la costa. Comían hablando del mar. Hacían el amor y esperaban su momento.

Y hubo mares tranquilos y mares revueltos. Hubo mares tan profundos como el gran océano, y mares con el fondo claro y cercano. Y hubo mares perfectos para irse.

Pero el momento nunca llegó.

Esperaron mucho tiempo, y se cansaron de esperar. Regresaron a sus casas y siguieron viviendo como antes. Con sus problemas grandes y sus problemas pequeños. Con sus alegrías y sus escaseces. Con sus cosas de a diario y sus cosas de siempre. Con sus nostalgias por la otra vida y sus planes guardados en secreto. Con sus ilusiones quebradas y sus esperanzas muertas.

Entonces alguien habló de La Nada.

Lo supieron por un mensaje cifrado.

Alguien que tenía sus primos del otro lado del mar.

Alguien dijo que las lanchas llegarían a La Nada.

Y La Nada estaba lejos de la ciudad.

Estaba lejos La Nada, y no estaba en los mapas.

Sólo los santos sabían dónde estaba.

Y los santos hablaron.

En algún punto de la costa estaba La Nada. Detrás de los montes secos y de los charrascos. Detrás de los peligros y las plantas de guao. Pero el guao y los peligros no pudieron aguantar a la gente. Fueron pocos los que lo supieron porque todo se mantuvo en secreto. Del otro lado del mar recomendaban discreción. Sólo se podía correr la voz entre los más cercanos. Se podía hablar de los planes sin revelar el lugar. Sin decir la ruta precisa. Sin mencionar los nombres de los guías y de los contactos.

Se les podía decir a los hermanos porque eran hermanos. A los primos buenos si lo merecían. A los padres y a los hijos. A las novias y a las esposas se les podía decir.

Las familias enteras tomaron el camino de La Nada.

Las familias se fueron con sus niños y sus viejos. Pero pocas familias, porque alguien aconsejó discreción. Se marchaban de noche para no revelar el secreto. Anunciaban que se iban a pasar unos días en el campo y desaparecían de la ciudad. Amanecían las casas vacías. Las casas sin los ruidos de siempre. Sin la risa de los niños ni la discusión de los mayores. Sin el quejido de los viejos ni el ladrido de los perros. Con el tiempo quedaron las casas silenciosas y vacías. Con el tiempo quedó vacía la ciudad.

Las familias enteras tomaron el camino de La Nada. Las familias se fueron con sus niños y sus viejos. Pero pocas familias, porque alguien aconsejó discreción. Se marchaban de noche para no revelar el secreto. Anunciaban que se iban a pasar unos días en el campo y desaparecían de la ciudad. Amanecían las casas vacías. Las casas sin los ruidos de siempre. Sin la risa de los niños ni la discusión de los mayores. Sin el quejido de los viejos ni el ladrido de los perros. Con el tiempo quedaron las casas silenciosas y vacías.

Con el tiempo quedó vacía la ciudad.

Algo en él no encajaba con la idea general que teníamos de un guía. De momento no pudimos adivinar lo que era, y nos sentimos incómodos. Estuvimos un poco nerviosos. Un poco con miedo. Estábamos lejos de la ciudad. Cualquier cosa podía parecernos extraña. Cualquier cosa podía ser un peligro. Conocíamos un montón de historias de gente que se iba y las pasó muy mal. Y en el monte podía pasar cualquier cosa. No estábamos acostumbrados a las sorpresas que podía guardarnos el monte.

Cuando el hombre se acercó, descubrimos que tenía los ojos demasiado grandes.

Era un hombre no demasiado viejo con los ojos demasiado grandes.

Tenía unos ojos como almendras, o como pelotas brillantes. Unos ojos como los ojos de un ciervo. Unos ojos redondos y brillantes como debían ser los ojos de un ciervo. No habíamos visto nunca un ciervo de cerca, pero había en los ojos demasiado grandes del hombre algo de animal salvaje. Algo como enormes ventanas abiertas, como sólo podían ser los grandes ojos de un ciervo.

El hombre nos miró de cerca con sus ojos enormes. Nos miró las mochilas y la ropa. Nos miró los zapatos y las manos. Nos miró la piel. Nos olió de cerca. Nos tocó la cara.

Debía ser el hombre que buscábamos. Tenía que ser él. Nos habían alertado sobre el tamaño de sus ojos. Nos habían dado sus señas y su nombre. Pero no esperábamos encontrar un hombre con los ojos tan grandes, como almendras, o como pelotas brillantes.

Le extendimos el papel.

El hombre hizo un gesto para darnos a entender que el papel no hacía falta.

—Los estaba esperando —dijo, y se metió en el monte.

Se movía con agilidad entre la vegetación. Esquivaba las zarzas y la sombra de los guaos. Nos pedía hacer lo mismo. Indicaba la forma de saltar las zanjas profundas, los declives y los barrancos. Saltaba sobre las zanjas con la soltura de un ciervo. Con la ligereza de los animales salvajes. Pero todo el tiempo nos daba la espalda. Sólo se volvía cuando nos quedábamos muy atrás. Cuando nos quedábamos enganchados en las espinas de las zarzas.

Se detenía y esperaba por nosotros cuando las zanjas eran demasiado profundas y nos tardábamos mucho tiempo saltándolas. Decidiéndonos. Escogiendo el momento del salto. Aguantando la respiración en el segundo final. El hombre se detenía y nos miraba. Sólo nos miraba. Se volvía y nos mostraba sus ojos. Sus ojos demasiado grandes. Sus enormes ojos de ciervo. Brillaban bajo el sol como linternas opacas. Como ventanales, o como trampas de luz que se abrían o cerraban cuando el hombre parpadeaba.

Y lo seguimos aunque nos resultara difícil. Aunque nos diera trabajo avanzar entre las zarzas. Aunque temiéramos partirnos un pie cuando saltábamos sobre las zanjas. Aunque nos asustara la sombra tenebrosa de los guaos y sintiéramos en la piel un roce inexistente.

Conocíamos todas esas historias terribles. Sabíamos de gente que se llenó de quemaduras porque no se cuidó de la sombra. Porque no sabían del peligro anidado en las plantas. Era gente que no sabía esos secretos. Gente fina de ciudad que había quedado con las marcas para siempre. Habían tenido que desistir del viaje por la hinchazón en la cara y los brazos. Por una pierna que se les partió en una zanja camuflada en el suelo. Entre las hierbas secas se escondían las zanjas. A veces eran zanjas profundas. Y a veces se dete-

nía la gente a descansar a la sombra de un guao sin saber que la sombra quemaba.

Pero eso no pasó con nosotros.

Caminábamos con cuidado porque el hombre indicó la forma de hacerlo. Indicó la forma de apartarse del guao y las sombras. Tal vez el hombre lo hizo porque nos veía demasiado jóvenes. Tal vez lo hizo así por eso. Porque éramos gente de ciudad. Porque éramos demasiado jóvenes y no conocíamos los peligros del monte.

Éramos Lizandra y yo. Éramos muy jóvenes entonces. Demasiado jóvenes. Vivíamos con las prisas y las presiones del momento. Vivíamos en la ciudad y no nos conocíamos. Yo no podía imaginar que Lizandra existiera, y Lizandra no podía imaginar que existiera yo.

Nos habíamos conocido por casualidad. Fue una de esas tardes en que llovía bastante en la calle. La gente escapaba de la lluvia en cualquier sitio con techo. Yo creo que ese día llovió para que nos conociéramos. Ahora creo que esa tarde llovió para eso. Ahora puedo creer cualquier cosa. Ahora ya estamos aquí y no nos preocupan las cosas de antes. No nos interesan las cosas de aquel tiempo. Las cosas de cuando andábamos solos por los parques y las calles y vivíamos en la ciudad sin conocernos.

Bajo el rincón techado estaba Lizandra esa tarde. Se rió de mí porque llegué con la ropa mojada. Me chorreaba la lluvia desde la cabeza, y eso le gustó a Lizandra. Me corría el agua por la cara, y Lizandra se rió de eso. Se rió con esa risa que la hacía parecer tan especial. Poca gente podía reír de esa forma, pero así se rió Lizandra de mí. Y yo me reí un poco también. Me reí de mí mismo, y a Lizandra le gustó que lo hiciera.

Nos hicimos amigos.

Empezamos a salir juntos a la ciudad. A los muchos lugares que la ciudad ofrecía. A los parques llenos de gente y a las discotecas donde los jóvenes bailaban. A las fiestas y a la costa íbamos también. A los desfiles y a los velorios. A las plazas y a las tiendas. A donde hubiera gente íbamos nosotros.

Nos gustaba oír las discusiones en los parques. El canturreo de los pregoneros que anunciaban sus escobas y su agua. Los gritos de los maridos celosos en los solares. Las noticias de un robo. El número de víctimas de un accidente. Los partes del tiempo anunciando ciclones y lluvia. La agonía de las guaguas y las colas y las fajazones en las bodegas.

Nos gustaba mirar a la gente. Los oíamos hablar de fugas y de planes. Oíamos a los padres que reclamaban a los hijos por los zapatos rotos antes de tiempo. Por el dinero gastado en peces de colores y abalorios de santos que alguien vendía en las escuelas. Por las virginidades perdidas sin aviso previo. Por los tatuajes que se habían hecho en la piel sin estar autorizados. Por la novia que se fue con otro. Por la música tan alta en las horas altas de la noche. Por las palabras extrañas que habían aprendido en un concierto.

Cuando se fue la tarde, el hombre preguntó si estábamos cansados. Nos ayudó a descargar las mochilas y a disponer las cosas. Nos sugirió cortar el pan y la carne en pedazos pequeños. Recomendó tomar poca agua para que el cuerpo se acostumbrara a la abstinencia. Pero no quiso comer con nosotros.

Se apartó hacia una poza del monte y se quedó lejos. Nos miraba con su forma extraña. Nos encandilaba con sus

ojos de ciervo. Los veíamos brillar en la oscuridad y pensábamos cosas terribles. Unos ojos tan grandes brillando en la noche nos hacían pensar en lo malo. Unos ojos tan grandes sólo podían presagiar el desastre. Conocíamos las historias que se contaban en la ciudad. Sabíamos de cuerpos mutilados por los guías en el monte. Y esa noche no pudimos dormir pensando en los ojos del guía. Pensábamos en el mal que los ojos ocultaban. En lo que podía pasar con Lizandra y conmigo. En lo que podía pasar con los dos en el monte desierto.

Pero pasó la noche y no pasó nada malo. Sólo el sueño velado en los ojos y el cansancio en las piernas y en la espalda. El hombre aconsejó masajear los muslos y los hombros. Aconsejó desayunar bien y bañarnos en la poza para eliminar el cansancio. Dijo que sería bueno bañarnos a esa hora aunque nos pareciera extraño. Aunque nos pareciera el agua demasiado fría y nos asustara el fondo oscuro de la poza. Nos dijo que teníamos tiempo. Que teníamos todo el tiempo. Podíamos nadar y relajarnos. Podíamos dejar que el agua nos penetrara bien para que la piel se mantuviera fresca.

—Claro que no es la piscina de un hotel —dijo—. Cuando lleguen allá estarán mucho mejor.

—Falta mucho —pregunté.

—Son tres días de camino hasta el punto. Tres días con tres noches —dijo cuando se alejaba.

Fue Lizandra quien habló primero del punto.

Cuando estábamos en la calle habló del punto.

Cuando regresábamos de una fiesta que no se dio por falta de gente.

Cuando nos sentíamos cansados de caminar por la ciu-

dad.

Cuando buscábamos desesperadamente un lugar a donde ir.

Cuando ya no tuvimos con quién hablar porque la ciudad se había quedado vacía.

Cuando sólo hablábamos de la gente que se fue y de los amigos que no vimos más.

Cuando nos hastiamos de recorrer las calles y las tiendas y las plazas desiertas y nos parecía escuchar alguna risa de niño. O algún quejido de viejo. O el grito de un marido celoso en algún solar donde ya no vivía nadie. O la simple voz de un pregonero anunciando sus dulces y sus escobas y su agua. O los padres reclamando por los zapatos rotos.

Cuando nos desesperamos por no oír las noticias de un robo. Ni el número de víctimas de un accidente. Ni el parte del tiempo anunciando un ciclón. Ni la agonía del transporte urbano.

Cuando no pudimos vivir más porque nos faltaba el aire en los parques vacíos.

Cuando los perros sin dueño se nos acercaron y nos lamieron las manos y las piernas.

Cuando se nos rompió algo por dentro porque oímos una música y corrimos al lugar con la esperanza de que alguien más nos estuviera buscando y nos sorprendimos y nos frustramos porque la música salía de un equipo electrónico que alguien hubiera programado para alguna fecha especial.

Cuando sólo encontramos en la ciudad a los mutilados y a los viejos muy viejos que no pudieron irse en su momento porque les faltó la decisión o el dinero.

Fue entonces cuando Lizandra se atrevió a hablarme del punto.

El punto era la única esperanza.

El punto era un lugar en la costa donde se podía esperar por las lanchas. A tres días de camino estaba el punto. A tres días de camino a pie entre los charrascales peligrosos y los guaos y los montes resecos que llegaban hasta la costa.

—Es la vía más segura —dijo Lizandra.

Y llegar hasta el punto no sería tan fácil. Se precisaba conocer el lugar y el camino. Hubo gente que salió por su cuenta. Nunca llegaron sus cartas ni se supo de ellos. Y hubo gente que regresó porque no pudo encontrar la ruta precisa. Volvieron con las piernas rotas. Con los hombros dislocados. Con las quemaduras del guao en la piel. Con los ojos comidos por los mosquitos y el sol. Se repusieron un poco y volvieron a intentarlo. Se murieron un poco y trataron otra vez. Decían que el punto era la vía más segura. La más barata también.

Lo discutimos mucho antes de decidirnos. Lo averiguamos todo. Lo preguntamos bien. Nos informamos con los viejos y con los mutilados que sabían de esas cosas. Recomendaron hacer provisiones de pan y de carne. Dijeron que el punto era la vía más segura. Y la más barata también.

El hombre se abría paso entre lo guaos con facilidad. Esquivaba las hojas y la sombra de las plantas. Nos pedía tener cuidado también. Nos hablaba de cuerpos hinchados y de lesiones graves en la piel. De alergias como quemaduras profundas que dejaban las marcas para siempre. Lo explicaba todo sin voltearse. Nos daba siempre la espalda. Avanzaba seguro sobre las zanjas del suelo. Se detenía cuando nos quedábamos muy atrás. Nos miraba con sus ojos de ciervo y esperaba por nosotros.

Para entonces ya no sentíamos miedo. Nos habíamos

acostumbrado a los ojos de ciervo del hombre. Nos había ganado con su voz serena y reposada. Con la mirada profunda y distante.

Empezamos a sentir seguridad y confianza. Las sentíamos a pesar del sol y de los mosquitos. A pesar de las zanjas peligrosas y los declives del suelo. A pesar de las historias que conocíamos con finales trágicos y cuerpos hinchados que aparecían en el monte. Cuerpos de hombres o de niños. Cuerpos de gente que se murió en el intento, de muchachos desesperados que no encontraron la vía más segura, o muchachas arrastradas por alguien que las abandonó a su suerte porque no pudieron caminar entre las zarzas.

En la segunda noche dormimos mejor. En la oscuridad veíamos brillar los grandes ojos de ciervo, pero ya su brillo no nos molestaba. Era una luminiscencia agradable que indicaba la presencia de alguien necesario. Un inofensivo parpadeo de ventanas que se mantuvo toda la noche.

—Por qué no duermen juntos —preguntó el hombre.

Lizandra estaba todavía en la poza de turno. Yo había salido del agua y busqué al hombre para conversar.

—Es que no somos pareja —dije—. Ni siquiera somos novios.

—Pues mejor lo son —dijo el hombre, y se apartó.

Entonces no entendí lo que quiso decir. No lo entendí ni entonces ni después. Lo entiendo un poco ahora, pero no me preocupa demasiado. No lo entendí entonces, y no me preocupó. Entonces no podía pensar en eso. Pensaba sólo en el tiempo que Lizandra y yo habíamos pasado juntos en la ciudad.

Una vez estuvimos el día entero en la costa. Había mucha

gente mirando el mar. Hablaban de unos planes y de unas salidas. Hablaban un poco de todas las cosas que podían hablar. Y nosotros hablamos también. Conversamos de unos planes que teníamos. Hablamos de los planes y de mucho más. Pero no hablamos nunca de nosotros. Allí, entre la gente que miraba el mar, no hablamos de nosotros. No teníamos esa necesidad. Creo que no la tuvimos nunca. No la tuvimos ni antes ni después.

Lizandra nunca me dio a entender que yo le interesaba. Como amigos nos sentíamos bien. Podíamos andar dondequiera sin complicar la relación. Sin preocuparnos por las cosas que preocupaban a la gente. Y yo nunca me atreví a proponer otra cosa. Estaba bien así para mí. Para los dos estaba bien, aunque a la gente le pareciera extraño. Podía parecer extraño que no fuéramos novios. A la gente podía parecerle extraño. A nosotros, no.

En la tercera noche conversamos un poco con el hombre. Nos sentíamos seguros y confiados. Nos sentíamos bien. Junto al arroyo nos sentamos los tres y conversamos un poco. De las cosas de la vida conversamos. De las cosas de la gente y la ciudad. De nosotros conversamos también. De por qué nos íbamos. De lo que buscábamos y lo que esperábamos encontrar.

—Estamos cansados de lo mismo —dije yo.

El hombre me miró con sus grandes ojos de ciervo. Había en ellos algo de la nobleza del animal. Algo de la ternura que habitaba en los montes. Algo de la ternura humana también. Había un poco de esa mezcla, y eso me gustó. Ahora creo que hay ternura humana también, aunque no lo parezca. Ahora puedo creer lo que antes nunca creí.

—Sí —dijo el hombre—. Lo mismo cansa. Tiende a can-

sar. Es inevitable.

—Y usted estará cansado también de lo mismo —dijo Lizandra.

—Un poco cansado, sí —dijo el hombre—. Un poco cansado, pero sólo un poco.

—Por qué no se va con nosotros —pregunté yo.

—No —dijo el hombre—. Lo mío es aquí, aunque sea lo mismo.

Pero el parpadeo de sus ojos de ciervo quería decir otra cosa. Podía ser verdad lo que decía, o podía ser mentira. Quizá sólo estaba inseguro y le costaba trabajo decidirse. Quizá era sólo eso.

—Tenemos familia allá —dijo Lizandra—. Puede irse con nosotros. Lo ayudaremos. Hablaremos por usted.

—No —dijo el hombre—. Hay mucha gente que se va y después se arrepiente. Todo lo mío está aquí, aunque sea siempre lo mismo.

Habíamos prometido no arrepentirnos nunca de nada. No arrepentirnos nunca, fuera lo que fuera. Lo habíamos prometido mirando a la gente en el parque. Mirando las discusiones y las cosas de a diario. Gente que hacía las cosas y después le pesaban. Gente de lo más común que se equivocó en la vida y después no encontró solución. Gente sencilla que pasaba sus años perdonándose. Disculpándose. Cargando siempre los errores como cadenas pesadas. Arrastraban las cadenas toda la vida. Sufrían con ellas. Se arrepentían de las cosas que hicieron en algún momento. Gente que no encontraba la forma exacta de proceder, y seguían adelante, y se equivocaban otra vez.

—Tienes que prometer algo. Prométeme que no te arrepentirás nunca de nada —dijo Lizandra ese día.

—Lo prometo —dije.

—Prométeme que nunca te arrepentirás de haberme conocido — dijo ella.

—Sólo si tú lo prometes también.

—Lo prometo —dijo ella.

Así lo hicimos. Lo juramos los dos. Lo prometimos mirando a la gente en el parque. Mirando a los niños y a los viejos. Mirando las cosas que la gente hacía para arrepentirse después.

Al cuarto día llegamos al punto. El hombre se detuvo y esperó por nosotros. Esperó sin voltearse. Sin parecer alegre o entusiasmado. Sin apartar los ojos de la playa que se extendía adelante. Sin molestarse por el viento que soplaba fuerte desde el mar. Sin motivarse con el sabor salino del aire.

Era una playa solitaria que no guardaba ninguna huella de hombre. Un estero abandonado a su suerte detrás del monte y los charrascos. Detrás del guao y los peligros. Detrás de los ecos de la ciudad y los cuerpos hinchados al sol. Un pedazo de mar que lamía la arena con olas mansas y aceitadas. Un sol mortecino que parecía colgar del cielo blando.

A la vista del punto, Lizandra y yo nos tomamos de la mano.

Nos sacudimos el cansancio.

Nos sentimos libres de las sombras y las zanjas.

—Ya están aquí —dijo el hombre—. Ahora sólo tienen que esperar. Deben mirar siempre al horizonte. Allá, sobre las olas. Deben mirar de noche y de día. Bajo la lluvia, o al sol. Las lanchas aparecerán por allá. Agiten un trapo al aire cuando las vean. Agítenlo bien, sin miedo, y las lanchas vendrán hasta aquí.

El hombre nos miró por última vez con sus grandes ojos de ciervo. Se despidió de nosotros y desapareció en el monte. Desapareció tras los charrascos peligrosos y las sombras tenebrosas de los guaos. No parecía un hombre demasiado viejo. No se movía con la lentitud que un hombre demasiado viejo se debe mover.

Lizandra y yo nos quedamos solos. Durante días miramos el mar. Se veía limpio el horizonte. La línea tensa se rompía sólo con las olas altas de la tarde. Con alguna gaviota que volara bajo. Con algún pez volador que saltara de pronto en el azul.

Lizandra y yo estuvimos mucho tiempo mirando el mar.

Nos enamoramos.

Hicimos el amor.

Nos crecieron los ojos mirando el mar.

Y cuando ya teníamos los ojos tan grandes como sólo podían ser los grandes ojos de un ciervo, Lizandra y yo vimos a la gente.

Estaban allí, junto a nosotros, sin mirarnos.

Tenían los ojos grandes y brillantes como los ojos de un ciervo.

Era gente fina de ciudad. Gente que discutía sobre los temas de siempre.

Oímos otra vez la risa de los niños. Oímos el quejido de los viejos. Oímos el pregón de las escobas, de los dulces y del agua. Nos alegramos con los gritos de los maridos celosos. Con la bulla de los muchachos. Con los planes de la gente. Con los perros sin dueño.

Entonces Lizandra se rió otra vez. Se rió con aquella risa que la hacía parecer tan especial. Poca gente puede reír así. Y yo me reí también. Me reí de una forma que a Lizan-

dra le gustó. Me reí como hacía tiempo no reía, y a Lizandra le gustó que lo hiciera.

Cuando las lanchas aparecieron en el horizonte, ya había pasado demasiado tiempo.

EL MURO

Todavía lo hacemos. Es un buen trabajo, y se nos paga bien. Ahora, cuando ya nos hemos puesto viejos, ni siquiera preguntamos. Nos levantamos de noche, mis ayudantes y yo, y montamos en el camión. Antes de salir el sol recorremos el muro. Recogemos los cuerpos y los llevamos lejos, hasta los confines de la ciudad, donde está la fosa común. Son las noches de fiesta, de calles llenas y gente alegre. De mesas largas en las plazas, y fiambres abundantes, y comida gratuita. En las celebraciones el muro crece un poco. Unas piedras nuevas en el borde, y los boquetes sellados, y el informe después, bien hecho, con los números exactos y las cuentas claras. Pero nunca hablamos del Proceso. Ya somos viejos, y quisiéramos, a veces, contar lo que hemos visto. Mis ayudantes insisten en hablar. Y yo les digo que cuidado. Este es un buen trabajo. No podemos perderlo.

A veces, junto al muro, se amontonaban los cuerpos. De madrugada, cuando había fiestas en la ciudad. Las fiestas grandes del Día de los Santos Protectores. Las fiestas buenas que duraban hasta el amanecer, con músicos de los barrios bajos que tocaban toda la noche y sudaban sobre sus tarimas de tablas y cartones pintados. Eran fiestas con comida gratis y cerveza en pipas, cerveza dulce y negra que chorreaba de las mangueras y formaba montañas de espuma en las tinas de metal. Eran celebraciones financiadas por alguien poderoso, preparadas con tiempo, organizadas para que todos asistieran. Las calles y las plazas se llenaban de vagabundos y buscadores de suerte, rebuscadores les

llamaba la gente. Durante el año se les veía deambular y alimentarse de las sobras. Dormían en los portales, siempre solitarios y asustados, siempre buscando en los latones, bajo las planchas de zinc de los rastros, desatando envoltijos y arrastrando los pies por las aceras.

Cuando había fiestas la ciudad se veía renovada. Las casas se engalanaban con cintas y colgajos de colores. Desde los postes colgaban hasta el suelo los símbolos de la nación, las grandes banderas alargadas como faldones amplios. Se mecían al viento rozando las fachadas, deshaciéndose al paso de la gente, flotando sobre las cabezas con un zumbido de ribetes y festones. Las paredes se cubrían con impresos dorados que hablaban de glorias pasadas o presentes, de mártires lejanos y adalides nuevos, y en las esquinas colgaban, sobre sus soportes de madera, las grandes fotografías de los Padres Fundadores, vivos o muertos, que miraban con un aire de severidad en los ojos, contentos con la veneración de la gente, felices con el respeto bien ganado en los últimos siglos, en alguna guerra que dejara sus huellas en la ciudad y los cubriera de gloria para siempre, eterna gloria, se decía, hasta el final de los tiempos.

Así se dejaba ver en los carteles, junto a los rostros venerados, escrito en letras grandes para el bien común. Para que todos lo supieran. Para que hablaran entre sí y lo contaran a los hijos.

Cuando había fiestas en la ciudad, los rebuscadores abandonaban sus cubiles y se reunían sin miedo junto a las mesas largas improvisadas con tablones de pino recién cortado, bien provistas con pan y provisiones, que se situaban en las plazas, en los lugares abiertos, lejos de las zonas de exclusión donde los poderosos organizaban sus orgías. Comían hasta llenarse bien, durante toda la noche, sirviéndo-

se de la comida gratis y de la cerveza que espumeaba en las tinas, y antes de salir el sol se les veía desfilar hasta el muro, atiborrados y felices, dispuestos a escalar la pared alta, y en el intento se morían todos y quedaban amontonados en un túmulo grande, apilados como sacos de arena, desmembrados en montones de carne y huesos que a veces sobrepasaba los dos metros.

Era mi turno, entonces. Era mi trabajo.

Era la hora de salir en el camión y retirar los cuerpos. Mis ayudantes me esperaban en el sitio de siempre. Nos íbamos de madrugada por las calles oscuras, nosotros semidormidos todavía, frotándonos las manos agarrotadas por el frío, soplándonos los dedos y las palmas. En la última hora de la noche recorríamos el muro. Lo revisábamos bien. Tanteábamos los rincones con los ojos. Descubríamos cuerpos aislados que yacían mirando hacia la pared de piedras, con los ojos muertos hurgando el borde superior, con las uñas partidas y las manos llenas de sangre y rajaduras, y la cara y las rodillas hinchadas. Los recogíamos a veces en gran número, cuando las fiestas se daban buenas, cuando la comida era abundante y los rebuscadores se llenaban la barriga y se sentían bien, atiborrados y felices, lo suficiente como para ser atraídos por el muro. Caminaban por las calles camufladas con imágenes a color en una procesión difícil de explicar, y la gente les abría paso. Los señalaban con el dedo. Decían a los menores que se fijaran bien, que de individuos como ellos dependía la felicidad de todos. Y para la gente funcionaba bien el Proceso. Para mis ayudantes, y para mí. Lo veíamos como algo natural y necesario. Nos quedábamos mirando la procesión callada después de una noche de comida gratis. Los veíamos caminar hasta el muro y nos alegrábamos por dentro. Eran cosas que hacían

sentirse bien a la gente, y a nosotros también. De eso hablábamos a veces, sentados en el camión, haciendo cábalas de cuántos cuerpos deberíamos cargar en el turno, y sacábamos las cuentas del salario y los estímulos.

Los cuerpos formaban montones de hasta dos metros. A veces como mesetas alargadas, y a veces más, como pirámides empinadas al cielo. Las encontrábamos en algún punto específico, y descubríamos, a veces, que el muro había crecido. Nos alegrábamos de ver la piedra nueva que sellaba un boquete en el borde superior de la pared. Así lo escribía yo en el informe de la noche. Un crecimiento en la sección oeste, por ejemplo. Usaba las palabras escogidas para impresionar a los jefes, y ellos seguro se alegraban y me tenían en cuenta. Seguro lo comentaban entre sí en sus reuniones largas, o lo hablarían quizá después de los discursos, cuando se daba a conocer al público el crecimiento del muro y se declaraban otros días de fiesta, otras celebraciones y otros planes.

El muro rodeaba la ciudad. La apretaba en un abrazo rígido. La protegía de la vasta intemperie del mundo. De los peligros de allá afuera, como decía la gente.

Lo construyeron nuestros primeros padres en un tiempo que se perdía en el pasado, y era como un anillo de piedras apiladas, bien unidas en un bloque compacto que sobrepasaba la altura de las casas más altas. Desde abajo se veía su borde irregular, con boquetes visibles desde lejos, y justo allí nacían las piedras en las noches de fiesta, piedras nuevas y brillantes, piedras pulidas y compactas a los ojos más simples, y el muro crecía en los amaneceres, cuando la comida era abundante y los rebuscadores se morían en buen número, cuando los cuerpos eran suficientes para formar montones de hasta dos metros, a veces más, como pirámi-

des elevadas, cuando las fiestas se daban buenas y los Santos Protectores se sentían alegres y honrados.

Crecí poco a poco, y la gente se alegraba.

Unas cuantas piedras en el año, y boquetes rellenos, y nosotros haciendo los informes. Pero muchas veces ninguna piedra nueva, muchas veces, cuando la comida gratuita no era suficiente. Se consideraba un año malo entonces. Un año de escaseces y planes frustrados, y la gente protestaba y los jefes prometían fiestas nuevas. Con suerte, el muro crecía un poco el año próximo, y las celebraciones eran abundantes, y la gente se sentía bien en la ciudad.

Y con suerte me tocó a mí el trabajo de retirar los cuerpos. Un trabajo bien pagado, sin estudios necesarios, ni demasiados compromisos. Un trabajo simple y bueno, con la posibilidad de ser de los primeros en ver las piedras nuevas, mis ayudantes y yo, cuando descubríamos los boquetes rellenos. Y lo escribía así en todos mis informes, con las palabras bonitas, para que los jefes se alegraran y la ciudad viviera feliz, con una vida próspera, como se nos había prometido siempre.

Así lo predijeron en su tiempo los Padres Fundadores. Los que alertaron sobre los peligros del mundo exterior. Los que dijeron de qué forma debíamos vivir, seguros y confiados dentro del espacio protegido por el muro, sin excepción de más pobres o más ricos. Sin detenernos a examinar categorías intermedias, ni personas de baja condición, como los rebuscadores que buscaban sus sobras en el patio de los mercados.

Y aun para ellos hablaron también los Padres. Por nosotros y por ellos murieron algún día. Quedaron sus imágenes en impresos grandes. Sus recuerdos en los símbolos. Sus memorias en la callada procesión de las madrugadas.

Sus semblantes severos en los rebuscadores que se llenaban la barriga con la comida gratis y se morían junto al muro. Se quedaban allí apilados y contentos. Callados y contentos. Muertos y contentos.

Eso decían mis ayudantes. Bueno era morir así, con una muerte dulce, sabiendo que para algo había de servir la muerte. Y servía para quién. Para nosotros servía, y para los habitantes de la ciudad. Los veíamos contentos en las fiestas, seguros de que alguien moriría antes del amanecer, preguntándose cuántos serían, cuántas piedras nuevas nacerían en la pared.

Y nunca nadie se cuestionó el Proceso. Ni la gente de la ciudad, ni nosotros. Nunca nos preguntamos el porqué. Nunca pensamos si todo debía ser así, si en realidad todo valía la pena. Sólo recogíamos los cuerpos. Los contábamos bien. Lo hacíamos sin anotar los nombres. Lo hacíamos seguros, cumpliendo con el trabajo. Esa fue la parte que nos tocó en la vida. Todavía nos toca. Sin preguntarnos nada recogemos los cuerpos. Los apilamos en el camión. Los llevamos hasta la fosa.

Todavía hacemos eso. Ya somos viejos y lo hacemos. Y el muro crece un poco cada año. Muy pocas son las piedras nuevas, en verdad, pero seguras. La gente nos pregunta del Proceso, y nosotros callamos. No tenemos por qué decirlo a nadie. No tenemos que contar las cosas que hemos visto. Eso se nos prohíbe como parte del Contrato. Y nos sentimos bien porque ese es el trabajo. Lo hacemos todo sin hablar porque así se nos exige.

Mis ayudantes me preguntan si deberíamos contarlo todo alguna vez. Para que la gente lo supiera, han dicho a veces. Y yo les digo que cuidado. Les digo, a ver, qué cosa ganaríamos con eso. Qué cosas cambiarían, a ver. Y, dicho

así, mis ayudantes se quedan más tranquilos. Cargan los cuerpos al camión sin anotar los nombres. Sin mencionar los apellidos. Sólo contándolos bien porque así es como debe ser. Para que figuren bien los números en los informes, junto a los cuños oficiales y las palabras bonitas que los jefes me enseñaron, las mismas que utilizan para hablar a la gente mientras los rebuscadores esperan el comienzo de las fiestas.

Y nosotros esperamos también, mis ayudantes y yo, y dormimos menos que antes. Dormimos poco, en realidad. Dormimos casi nada. Porque ya somos viejos, y hemos visto demasiadas cosas. No podemos decir que ahora, con los años, ya sabemos la forma en que funciona todo.

Hemos visto caminar a los rebuscadores y apilarse junto al muro. Los hemos visto pelear y morirse tratando de llegar al borde. Los hemos visto amontonarse, a veces, en pirámides de hasta dos metros.

Pero no todos se mueren. Todos no. Alguno logra escalar hasta lo alto, sólo alguno, y pocas veces, cuando las fiestas se dan buenas. Nosotros lo hemos visto todo desde abajo, sentados en el camión, mientras conversamos por la falta de sueño. Desde abajo hemos visto fulgurar sus ojos cuando han logrado mirar al exterior, y hemos visto, desde abajo, el final del Proceso, cuando el cuerpo se convierte en piedra y se sella un boquete sobre el muro.

LOS TIKRITS

Sídorov, bestia. Le está poniendo mucha carga a la bomba. Tarda bastante porque las manos le tiemblan. Con el frío de la llanura helada las manos se ponen duras y los dedos duelen y la sangre queda inmóvil en sus lugares de las venas. Sídorov está haciendo las conexiones y tarda demasiado. Debe ser porque los dedos se le han puesto duros. Me hace una seña y sonríe, pero yo sé que las manos le duelen. Deben dolerle las cicatrices del cuello y el muñón de la pierna. Tiene desgarrones en la piel de la garganta, y marcas en la mandíbula también. Las fisuras alargadas no cicatrizaron mal en su momento y le dan a Sídorov ese aspecto terrible, esa figura de cazador despiadado dentro del amplio capuchón de cebellina que el viento frío de la llanura hace moverse sobre la frente, bajo el mentón y en los costados de la cara.

Sídorov camina con dificultad con la única pierna. Se apoya en las muletas de aluminio. Son muletas livianas que se hizo fabricar en Francia. Las hicieron en una clínica especial para gente de dinero. Sídorov tiene millones en un banco de París.

Yo tendré millones también cuando salgamos de aquí. Compraré un Mercedes y saldré por las noches a mirar los edificios y las muchachas junto a las tiendas encristaladas de la avenida Kalinin. No me iré nunca de Rusia ni seré como Sídorov. Tampoco seré como los muchachos del callejón Dniéperski. Esos volvieron enfermos y tullidos de la llanura helada y han quedado inútiles para siempre. Yo

tendré la suerte que no tuvieron ellos. Compraré un Mercedes para mirar los edificios de la avenida, y una casa de ladrillos junto al Moskova. Pasaré las tardes tomando coñac en copas de cristal y comiendo bocadillos de caviar negro junto a la ventana, y por las noches buscaré una muchacha en el Arbat y nos quedaremos mirando subir los catamaranes por el río hasta las luces amarillas del puerto.

A Sídorov le hicieron unas prótesis primero. Fue en las primeras semanas después del accidente, cuando llegó a Francia y puso los millones en el banco. Nadie ha sabido nunca cómo logró sobrevivir. Sídorov nunca ha hablado de eso, ni ha dicho la forma en que atravesó Siberia y llegó a Moscú con el cuerpo mutilado, con los desgarrones en el cuello y muchos litros de sangre de tikrit en los termos especiales que llevó consigo en esa expedición.

No me dijo nada de ese viaje a Siberia cuando tocó a mi puerta y se sentó a tomar un té caliente en la sala de mi casa. No me quiso decir cómo supo mi nombre ni quién le habló de mi intención de irme a cazar tikrits al campo helado de Yakutsk. Solo dijo que me podía ayudar.

—Te puedo servir de guía en la llanura —dijo, y yo me quedé mirando al hombre de una sola pierna y cabello abundante y liso, un poco canoso ya, que vestía ropas de millonario y se apoyaba en dos muletas de lujo.

Tomaba el té con una sonrisa eterna mientras se apartaba el pelo de la cara y hablaba de las rutas más seguras, de los contactos que tenía en los alrededores del río Lena y toda la maniobra necesaria para burlar los puntos de control en la frontera de Polonia. Hablaba con una seguridad total, y yo empecé a creer que el viaje a Siberia era posible. Cuando le pregunté sobre su vida en Francia dijo que no le gustaban las prótesis.

—Una prótesis es un miembro falso. Una prótesis, por muy buena que sea, solo sirve para que la gente te mire con lástima en la calle y quiera saberlo todo sobre ti y te pregunte cómo pasaron las cosas —dijo cuando preparábamos el viaje.

Ya habíamos hecho confianza y yo veía cercana la posibilidad de irme a cazar tikrits con éxito a las llanuras de Yakutsk. Estábamos en Moscú y Sídorov me explicaba los peligros de la expedición. De las dificultades y el frío hablaba con serenidad, como si hubiera estado hablando de tomarse un helado en el parque. Yo pensé que eran exageraciones de millonario.

Ahora he visto que no exageraba. Todo lo que Sídorov dijo en Moscú era verdad. Ya son veinte días caminando en el hielo. Arrastro la mochila entre la nieve recién caída y me fijo bien dónde pongo los pies. Son veinte días de frío y carne seca. Veinte noches durmiendo en una capatienda incómoda. Trato de acomodar el cuerpo sobre la estera dura, alejo de los oídos el aullido del viento y cierro los ojos a la fuerza.

En la llanura helada la noche es tan oscura que solo se pueden ver los dientes de la persona. Las muletas de Sídorov brillan con la coloración opaca del aluminio. Devuelven la tonalidad rojiza de un cigarro encendido. Devuelven cualquier otra cosa. Un fulgor de libélula muerta, una fosforescencia en la nieve.

Sídorov vive hace tiempo en Francia. Se fue cuando tuvo dinero. Hizo su fortuna aquí, en las llanuras de Siberia, en un tiempo cuando era fácil cazar los tikrits blancos y vender la sangre en la frontera. Sídorov es viejo ya, pero da pasos largos en la tierra firme. La tierra es blanda en los jardines del castillo donde Sídorov vive. Es tierra firme y

blanda donde crecen tulipanes y magnolias. Sídorov acostumbra dar sus vueltas en los jardines. Pero aquí la nieve cubre todo. Es la nieve espesa junto a las colinas de los montes Verjoyansk, el único lugar del mundo donde es posible cazar un tikrit blanco.

Sídorov da pasos cortos en la nieve. Levanta las muletas, las deja caer delante y va dejando un rastro extraño. Y yo voy detrás aunque sea más joven. Mi rastro es una estela de huecos profundos en la nieve blanda de Siberia. Llevo la mochila grande con la capatienda y la comida. La mochila pesa y yo me hundo. Hago fuerza con los brazos y las piernas y sigo a Sídorov.

El viento frío atraviesa el paño que llevo sobre la boca. El aire congelado me corta la respiración. No es el mismo aire de Moscú, ni la misma presión en los pulmones y los ojos, ni el mismo cosquilleo en la nariz. En Moscú el frío se siente menos y la mirada descansa sobre los edificios y la gente. En la llanura de Siberia no hay un sitio donde la mirada pueda descansar. Todo alrededor es luz viscosa. Un cielo pesado y gris empuja los ojos hacia adentro.

Sídorov me explica todo. La mejor forma de cazar un tikrit es usando dinamita. La explosión los vuelve locos. Los tikrits blancos salen de sus laberintos en el hielo cuando oyen la explosión. Se acuestan en la nieve y quedan mirando arriba con sus grandes ojos amarillos. Durante un rato quedan indefensos. Se dejan atrapar y es fácil desangrarlos. Se les da un corte bajo el cuello y la sangre cae en el colector.

La explosión es la mejor forma. Dice Sídorov que es la única. Otra gente se pondría a excavar los laberintos en la nieve sin resultado. Pasarían días y semanas abriendo huecos en el hielo sin encontrar un solo pelo de tikrit. Pasarían

meses y solo se cansarían por gusto. Los muchachos del callejón Dniéperski estuvieron todo un invierno buscando y no encontraron nada. Volvieron a Moscú con la piel colgando de los huesos y los ojos hundidos en la cara.

—No hay dios que saque a un tikrit de su cueva helada —dice Sídorov de pronto.

Y me cuenta que nadie lo ha podido hacer hasta ahora. Solo los campesinos pudieron cazar tikrits en los primeros tiempos, cuando era fácil poner trampas efectivas en los senderos del hielo. Después los tikrits aprendieron a eludir las trampas y ya nadie pudo cazarlos de esa forma.

Pero un hombre descubrió el secreto de las explosiones. Fue en la aldea Knyazhévskaya. Todo estaba empezando y nadie sabía mucho de los tikrits. El hombre murió en un campo de hielo cuando una bomba le estalló bajo los pies. Sídorov habla mucho de ese hombre. Todo el viaje en tren desde Moscú se lo pasó haciéndome el cuento. En el cochecama encendía sus cigarros y hablaba de ese hombre como si el tema hubiera sido inevitable. Bajamos del tren en Yakutsk y Sídorov seguía diciendo lo mismo.

Otro hombre tuvo mejor suerte y se hizo rico en poco tiempo. Sobrevivió en la llanura bajo los montes Verjoyansk y logró vender muchos litros de sangre en la frontera. Nadie sabe mucho de ese hombre, sin embargo. En Moscú muy poca gente lo conoce. Se cuenta que atravesó Siberia casi muerto. Los muchachos del callejón Dniéperski oyeron esa historia después de haber pasado meses en el hielo, cuando se reponían en las isbas de los pescadores de truchas del río Lena. Todavía hablan de eso, pero no saben que ese hombre fue Sídorov. Perdió la pierna y le quedaron las cicatrices en la cara, pero ganó millones con la sangre de los tikrits y se fue a Occidente como tantos otros. Sídorov

me hace el cuento cuando estamos buscando los senderos que llevan a las cuevas subterráneas.

—Llegué a Francia, vi un castillo y lo compré. ¿Has visto los castillos en la revista *Západ?* ¿Te has fijado en los precios? Se puede comprar cualquier cosa si tienes el dinero. Y yo tengo millones en mi cuenta. Tuve suerte, y ahora vivo en mi castillo y subo todas las tardes a la torre. Me quedo mirando en dirección al Oriente, hacia las colinas del monte Verjoyansk, que fue donde hice mi fortuna.

Yo miro al Verjoyansk también. Las cimas de las colinas aparecen como cúpulas blancas sobre el campo. Aquí hay muy poco que mirar. La nieve alrededor. Las cimas blanquecinas de los montes. Alguna mancha oscura en la llanura lisa. Más al norte empiezan los bosques de la tundra. Un poco más al norte, sobre Garójogorsk y los bosques de Projórniye. En el invierno avanzado se ven las filas de trineos que van hacia las colinas. Son cazadores de tikrits, como nosotros. Dice Sídorov que en otro tiempo se les veía subir por las laderas. Llegaban en el tren desde Moscú y alquilaban un trineo en los servicios de la base Chorni Medvezhónok. Recorrían todo ese tramo hasta los montes y subían a las colinas. De noche encendían sus hogueras bajo el cielo y se morían de hambre y frío durante cinco meses hasta volver con la piel colgando de los huesos y los ojos asustados y perdidos.

En realidad no hay que irse tan lejos para cazar un tikrit, pero eso nadie lo sabe. Sídorov es el único en todo el mundo que conoce el secreto. Basta pasar una noche en la llanura helada y detonar una carga de dinamita al atardecer. Los tikrits se van a sus retiros a esa hora y la explosión los sorprende en el camino bajo el hielo. Quedan atontados y salen a la superficie a mirar las nubes y la noche. Solo

entonces se puede agarrar un tikrit sin peligro. Pero nadie sabe que todo eso puede ser tan fácil. Ya no quedarían tikrits en Siberia si la gente supiera. Llegaría una avalancha de buscadores de suerte con su carga de explosivos y en medio invierno se extinguirían los tikrits para siempre.

A Sídorov no le gustó la idea de alquilar un trineo. Insistió en seguir a pie. Todo ese camino a pie. Toda esa ruta entre la nieve fresca, bordeando las colinas y bajando hasta los bosques de abetos que sombrean una amplia zona junto al Lena. Dice que lo mejor de todo esto es ir a pie y dejar que los pulmones y las piernas se sientan libres. Con la única pierna da pasos cortos, pero firmes. Me obliga a caminar, a seguirlo, a no detenerme nunca más tiempo del necesario.

Sídorov sabe bien todo la historia de los tikrits. Fue de los primeros en subir a las colinas del Verjoyansk cuando se descubrió que había tikrits en las cimas heladas. Empezó a llegar desde Moscú una oleada de cazadores y Sídorov vino con ellos. Era muy joven todavía. Había terminado el instituto y alguien le dijo que la sangre de un tikrit se pagaba bien en Occidente. Dejó el puesto que le ofrecieron en Sújorovka y se tomó el tren rumbo a los montes.

—Ahí fue donde conocí a Vadim Maksímovich.

Le pregunto quién es Vadim Maksímovich. Sídorov empieza a contarme las cosas como si yo conociera los lugares y la gente. Conoció a Vadim Maksímovich en el tren de los cazadores. Iban Sasha Mijlin, de Krivói Rog, y Artiom Petujov, de Smolensk, y un uzbeco de Samarcanda que se llamaba Ildar Tursumbiékov, o Iligdar Tursumbiékov, o algo parecido. Sídorov no se acuerda bien.

—También iban mujeres con nosotros —sonríe y le da una chupada larga al cigarro—. Valiuja Shíshina, y Faya

Makárova, y una bashkira jovencita que se llamaba Altina y estuvo con Artiomka Petujov en los primeros días, cuando bajamos del tren en Yakutsk y empezamos a caminar por la tierra helada. Éramos jóvenes y todo estaba bien. Quisimos alquilar los trineos que los servicios de la base Chorni Medvezhónok ofrecían a los excursionistas, pero Vadim Maksímovich dijo que no. El viejo diablo era un poco mayor. Nos obligó a caminar todo ese tramo entre la nieve, toda esa larga ruta hacia el norte con nevadas continuas. El viento golpeaba la nariz y los ojos y obligaba a respirar dentro del cuenco de la mano para que el aire frío no nos reventara los pulmones. Vadim Maksímovich decía que camináramos y no hiciéramos caso del frío. Lo exigía el viejo diablo. Casi puedo decir que Vadim Maksímovich nos obligó a caminar.

Sídorov cierra los ojos. Levanta la cabeza al cielo y se le ven las cicatrices en el cuello. Respira profundo con la cabeza en alto. Mueve la mandíbula y hace castañetear los dientes mientras el aire tibio se le escapa de la boca. Baja la cabeza, tira el cigarro con rabia y se queda mirando los últimos vestigios del humo que ascienden en una columna caprichosa. Se entretiene mirando la columna zigzagueante hasta que el humo se extingue.

—Pero no todo fue malo en ese viaje —dice de pronto—. Altina estuvo conmigo también. Es la única bashkira joven que ha estado conmigo.

Pero todavía no me dice claro quién fue Vadim Maksímovich y por qué lo menciona tanto. Parece recordar que me debe esa explicación. Deja que los ojos caminen sobre las colinas mientras busca la mejor forma de hacerme entender las cosas.

—En otro momento no te hubiera dicho nada. ¿Crees que te lo hubiera dicho? ¿Sabes cuánta gente ha estado

preguntando todo este tiempo? Han pasado años desde que estuve cazando tikrits con ese grupo y nunca he revelado el secreto de las explosiones. Nunca he dicho una sola palabra de cómo pasaron las cosas. Pero el tiempo no pasa por gusto. El tiempo hace que uno se ablande —y Sídorov baja la cabeza y sonríe con amargura.

Escupe y vuelve a mirar las cimas de los montes. Vuelve a tener ese aspecto terrible de cazador despiadado. Los labios le tiemblan dentro del capuchón de cebellina.

—Vadim Maksímovich fue el jefe de aquella expedición. Era más viejo que nosotros. Mucho más viejo, en realidad. Era un hombre muy viejo y llevaba dinamita en el morral. En aquel tiempo era difícil conseguir la dinamita. Decía Vadim Maksímovich que nos podíamos hacer ricos si lográbamos una buena explosión. Era la mejor forma de cazar los tikrits. Conocía los senderos y la hora en que debían hacerse las operaciones. Hablaba como si de verdad supiera, y nosotros nos dejamos llevar.

Sídorov enciende otro cigarro. Se detiene y endereza el cuerpo sobre la única pierna. Señala un espacio bajo las colinas.

—Sí. Nos dejamos llevar por Vadim Maksímovich. Lo seguimos hasta la aldea Knyazhévskaya por el camino congelado que bordea el lago Siévernoye y sube junto a las colinas de Garójogorsk. Lejos, más allá de Zielínskaya, y más lejos aun, más allá de los bosques de abetos de Projórniye.

Empieza a relatar el viaje y se pone serio. Se ve triste cuando me cuenta lo que pasó, y yo lo dejo hablar solo. Gesticula y aprieta los puños en los momentos más fuertes. Maldice al viejo Vadim. Escupe sobre la nieve y la saliva caliente se hunde en un momento. Escupe de seguido y avienta las maldiciones al aire, pero se calma. Seguimos

avanzando y Sídorov va callado. Va mirando lejos, siempre adelante, apurándose y maldiciendo a Vadim Maksímovich en cada paso.

Caminamos todo el día entre la nieve hasta que las colinas empiezan a acercarse. Las cúpulas nevadas de los montes parecen llegar al cielo. Sídorov levanta la muleta y señala un espacio blanquecino y liso en la distancia.

—Una laguna congelada. El mejor lugar para cazar un tikrit. La gente cree que es más fácil cazarlos en las colinas. No saben que las lagunas congeladas son el lugar preferido de los bichos. Siguen subiendo por las laderas en cada invierno y regresan con las manos vacías. Pero eso no pasará con nosotros porque sabemos qué hacer. ¿No es así? Vadim Maksímovich me enseñó sus secretos. El viejo diablo me dejó aprender algo del oficio. Lo de los explosivos y las mechas lo aprendí con él. Me dejaba hacer las cosas, sí. El viejo Vadim confiaba en mí. El diablo se lo lleve lejos. Hasta el final confió en mí.

Sídorov termina de hacer las conexiones y maldice otra vez. Se quita los guantes y se frota las manos. Con el frío que hace debe tener los dedos duros. Yo tengo los dedos duros también, pero no me quito los guantes. No me quitaría los guantes aunque Sídorov me lo pidiera. Solo si tuviera que cortar el cuello de un tikrit blanco. Sídorov me ha dicho que los guantes molestan. Se corre el riesgo de hacer el corte muy grande y la sangre del tikrit se perdería sin remedio. Sídorov me ha explicado la manera de situar el colector metálico y almacenar la sangre en los termos especiales que trajimos de Moscú, cómo burlar las revisiones en los puntos de control y reconocer a los policías encubiertos en los pueblos de la frontera, en los hoteles y en las plazas donde se vende la sangre. Y me ha dicho cómo escoger al com-

prador y lograr un precio bueno.

Arrastramos la bomba hasta la laguna. Sídorov hace un hueco en el hielo y entierra el artefacto. Lo cubre todo con nieve espesa y deja afuera una mecha larga. Es una mecha casera torcida a mano con hilos de paracaídas.

—La hice yo mismo —dice Sídorov—. En mi castillo me entretengo haciendo estas cosas. El hilo de los paracaídas viejos es el mejor material. Vadim Maksímovich me enseñó.

Solo tenemos que esperar el atardecer y prender la mecha. Estamos tumbados en la entrada de la capatienda y la nieve cae alrededor. La nieve va cubriendo el montículo de la bomba. Es nieve pesada. Si está cayendo ahora la noche será fría. Ya son tantas noches frías en el desierto blanco. Hemos bordeado los pinares de Yakutsk y estamos en medio de la nada. Hemos andado a pie todo ese tramo desde la estación de trenes, apartándonos siempre de cualquier vestigio humano, buscando en la distancia el humo de las postas avanzadas del gobierno.

Pregunto cuántos tikrits se podrá cazar con la explosión. Cuánto darán en la frontera por la sangre. Cuántos días pasarán hasta salir de la llanura maldita y sentarnos a tomar un té caliente con bizcochos en la cafetería de la estación de Yakutsk. Pero Sídorov no puede responder tantas cosas.

La posta militar de Blizhniye Gori escuchará el estampido y se echará sobre nosotros. Tendremos que andar en la nieve un tiempo largo, borrar las huellas del camino y bordear los pinares en dirección contraria, bajando siempre hasta el río, y hacernos invisibles para los pescadores de truchas hasta llegar a las primeras casas. Allá podremos comer algo caliente y cambiarnos de ropa en la casa de

huéspedes que Vasia Romanov hizo construir en la periferia, el único sitio seguro para la gente como nosotros.

Sídorov conoce la ruta y habla con seguridad. Me obliga a repetir el nombre de Vasia Romanov. Me explica lo que uno debe decir cuando toque a la puerta de la casa y el viejo Vasia asome la cabeza. Señala la dirección de los pinares y dice que en una semana estaremos cómodos y calientes junto a la estufa de la estación, y después dormiremos en el cochecama del tren a Moscú.

—¿Lo recuerdas bien todo? ¿Recuerdas las palabras y las señas? El viejo Vasia es desconfiado. No te abrirá la puerta si no le dices las palabras necesarias.

Sobre la venta de la sangre y el dinero que nos darán por ella Sídorov no tiene mucho que decir. Ahora los precios ya son otros y los clientes están cansados de la sangre falsa que venden los estafadores. Sídorov me explica a quién ofrecer los termos especiales en la frontera de Polonia sin peligro de ser detectado por la policía y sin el riesgo de caer en las manos de traficantes inescrupulosos.

—Un tikrit solo da medio vaso de sangre. Pero medio vaso es suficiente. Con los precios de hoy se puede comprar un Mercedes. Llegas a la frontera por la tarde y esa misma noche tienes el dinero. Tienes que hacerlo todo como te lo he dicho.

Es cierto que se puede comprar un Mercedes con medio vaso. En la frontera de Polonia los clientes están esperando la sangre con el dinero en la mano. Los muchachos del callejón Dniéperski me lo explicaron todo. Habrían hecho las cosas como Sídorov las ha dicho, pero no pudieron cazar un solo tikrit. Hubo gente de Yakutsk y Omsk que hizo dinero y se fue del país. Se marcharon a América y a Francia con sus millones ganados en un mes de cacería.

Muchos campesinos pobres pusieron sus trampas en la nieve y se hicieron ricos, pero eso fue en otro tiempo, antes que el gobierno sus postas avanzadas en los lindes de la tundra. Llegan camiones con reclutas armados y se hacen operativos cerca de Yakutsk, junto a las colinas, donde los cazadores como nosotros plantan sus campamentos de invierno.

Sídorov conoce las rutas más seguras. Se queda mirando el horizonte y descubre a tiempo el sonido y el humo de un camión con reclutas. En los días que pasamos en el hielo no tuvimos problemas. Pero se pone a recordar el pasado y maldice al viejo Vadim Maksímovich. Se ablanda y habla de Artiom y Sasha Mijlin con una inflexión especial en la voz. El tono triste y bajo de hablador cansado lo hace parecer más viejo, como si los años le cayeran de pronto y lo aplastaran contra el fondo blanco de la llanura.

—Habíamos calculado bien las ganancias. Sasha Mijlin quería comprar una tienda en el Arbat. Un edificio antiguo. Una mansión con columnas y jardín que se vendía en buen precio y funcionaba muy bien como centro de arte. A Sasha le gustaba el tema de los cuadros y la pintura. Tenía encima las fotografías del lugar y pasaba la noche hablando de los planes y del futuro. El pobre Artiom, en cambio, solo quería el dinero para viajar. Quería conocer el mundo y tener mujeres en todas las ciudades conocidas. El uzbeco Iligdar también quería mujeres. Tantas mujeres como pudiera. Quería comprarse un Mercedes, como tú, y recorrer el Turquestán robando jovencitas de las aldeas. Sí. Estoy seguro que se llamaba Iligdar Tursumbiékov, y vivía en Samarcanda. Ahora me acuerdo bien.

Sídorov da un golpe con las muletas en el suelo y mira la mecha. La cuerda negra serpentea sobre el hielo. Hace

un giro junto a la única pierna de Sídorov y continúa recta un poco más allá. Sídorov la recorre con los ojos, suspira y parece recordar.

—¿Me entenderías si te digo lo que me pasó esa última noche? Creo que no. Eres muy joven todavía —escupe y levanta la cabeza—. No entenderías nada. Aunque te lo diga una y mil veces, no lo entenderías. Nunca podrías entenderlo.

Hago un movimiento con los hombros y Sídorov comprende que no está hablando claro. Masculla unas palabras, se agacha junto a la cuerda, recoge el extremo suelto y lo sostiene entre los dedos. Comprueba la consistencia y el empaque de la pólvora.

—Las mujeres no aguantaron el viaje. Valiuja y Faya, putas —y Sídorov sonríe otra vez—. Solo Altina siguió con nosotros. Estuvo con Artiomka Petujov primero, y después de Zielínskaya estaba conmigo. Todo el viaje conmigo. Todo ese camino helado y esas noches del diablo en la nieve, tomando sorbos de té y masticando carne seca para no morirnos. Altina era la única mujer, ¿te figuras? ¿Puedes entender lo que significa una mujer sola junto a cinco hombres en un lugar donde solo había una capatienda agujereada por el viento? Pero Altina estuvo conmigo hasta el final, hasta que la bomba estuvo en su lugar y esperábamos el momento de la explosión.

Sídorov sigue revisando la mecha con los ojos y las manos. El horizonte empieza a ponerse oscuro. Allá, sobre las colinas de los montes Verjoyansk, el sol hace brillar la nieve. La llanura, en cambio, oscurece con rapidez. Los tikrits empiezan a moverse en sus laberintos. Sídorov mira el campo blanco y dice que ya los tikrits se están moviendo bajo tierra.

—Todos teníamos un plan —Sídorov vuelve a sonreír—. El viejo Vadim también quería algo costoso. Habíamos estado casi un mes en la nieve y no habíamos podido cazar nada. Ni un solo tikrit apareció en todo un mes para sacarle la sangre. Ni un maldito tikrit blanco.

Sídorov me hace una seña de recoger la capatienda. Me ve zafar los cabos y enrollarlo todo. Se queda quieto mirando el bulto oscuro y habla un poco bajo.

—Pero tú nunca has estado en esa situación. Nunca has mirado a los ojos de los hombres y has descubierto que te matarían por un sueño. En un segundo te dejarían seco en el hielo, y tú lo sabes, y te quedas pensando en ese sueño propio, en ese castillo con su torre empinada que salió en la revista. Cierras los ojos y ves los jardines de magnolias y la tierra verde y cálida que rodea el castillo. Te ves caminando por allá, andando por las tardes, acariciando la espalda de una jovencita como Altina, sintiendo que está cerca y segura porque tienes dinero suficiente.

Vuelve a sonreír y se pasa la mano por el cuello. Respira fuerte y la cara se le cubre con el vapor que sale de la boca.

—No. No has estado nunca en esa situación. ¿Has pasado una noche con una bashkira de veinte años en un campo de hielo? Estoy seguro que no. No te imaginas lo que vale una mujer joven en un lugar donde el viento sopla fuerte y los huesos se parten con el frío y la sangre se queda quieta en su lugar porque no tiene más remedio. No sabes cómo es eso. No lo entenderías.

Sídorov saca el cuchillo. Prueba el filo y acaricia la mecha. Se detiene y mira la masa de la bomba. La nieve cubre todo, pero con la noche todo se torna negro. Sídorov parece negro también. Cuando habla le brillan los dientes.

—Yo me hice el bobo, claro. No di a entender que lo quería todo. No dije nada cuando estábamos agachados sobre el hueco y Vadim Maksímovich colocaba el fulminante y las cargas de explosivo. Vi mi oportunidad, y la aproveché. ¿Tú no hubieras hecho lo mismo? ¿No hubieras mandado al diablo a todos y te hubieras quedado con muchos litros de sangre para ti solo? Pues yo lo hice y ya no hay vuelta atrás. Ahora tengo mi castillo en Francia. Camino por los jardines y no me falta una mujer. Pero subo a la torre todas las tardes y me quedo mirando hacia el Oriente aunque no quiera, aunque me obligue a buscar otro punto en el horizonte, como si no hubiera en el mundo otro maldito lugar a donde voltear los ojos.

Ya oscurece en la llanura. Las cimas de los montes brillan con el último sol del día. Pronto será noche cerrada y no se verá otra cosa que los dientes de Sídorov y el fulgor pálido de sus cigarros encendidos sobre las muletas de aluminio. Esta puede ser la última noche en el campo de hielo. Dentro de unas semanas tendré mi dinero en el bolsillo. La explosión alertará a las postas avanzadas de Blizhniye Gori, pero cuando los camiones aparezcan ya estaremos lejos.

Sídorov silba por lo bajo. Se quita el capuchón de cebellina y deja que el viento frío le revuelva el cabello. Respira, suelta al cielo un chorro de aire caliente y mira desvanecerse el vapor sobre nosotros. Baja la cabeza y corta la mitad de la mecha. Carraspea y silba otra vez cuando le hago ver que la cuerda ha quedado muy corta.

—Alcanzará —dice—. Ahora aléjate. Entiérrate en el hielo hasta que todo pase. Yo voy después, cuando la mecha esté prendida.

Me alejo y me acuesto en la nieve. Siento el ruido de los

tikrits en sus laberintos complicados bajo tierra. Con medio vaso de su sangre bastará para comprarme un Mercedes. No seré nunca como los muchachos del callejón Dniépers-ki. No tendré esa mala suerte que tuvieron ellos, ni pasaré el resto de la vida pensando que las cosas pudieron ser de otra forma. Pienso en eso y levanto la cabeza. Me asomo sobre el parapeto tratando de ver a Sídorov. Pero no logro verlo. Solo alcanzo a ver el brillo de las muletas de aluminio, el cigarro encendido y el breve chisporroteo de la mecha.

LA HABITACIÓN

La pareja caminó por las calles del centro buscando un sitio donde pasar la noche. Los avisos en las puertas de cristal de los hoteles cerrados daban cuenta de una reparación eterna, de un cambio en las formas de pago que excluía la posibilidad de hospedaje o, a lo sumo, de habitaciones ocupadas por los participantes de un evento cualquiera. Podía ser una jornada nacional de apicultores, o algo llamado noches de teatro joven. La pareja veía esfumarse la última ilusión de un cuarto higiénico amoblado con camas sólidas, televisor, aire acondicionado regulable y un baño con agua fría y caliente que devolviera las fuerzas después de un par de horas de sexo profundo y sangrante.

La mujer era muy joven. Se lanzaba adelante con sacudidas poderosas y arrastraba al hombre hacia el próximo destino. Hablaba de una prima que trabajaba en la carpeta de una posada lejana, y no era una posada cualquiera, sino un sitio decente y cómodo destinado a prestar servicios a altos oficiales del ejército y personeros de rango mayor.

—Mi prima está de guardia esta noche. Le damos algo por arriba y se resuelve todo.

El hombre daba señas de un entusiasmo contenido. Era un hombre maduro. Se dejaba arrastrar por la muchacha y calculaba en silencio los gastos en transporte y comida, el sobrepago de la habitación, la bebida necesaria para avivar los sentidos cuando, vencida la emoción del primer acto, se requiriera estimular la sangre. Ya le había pasado. Alguna mujer muy joven lo hizo rumiar su desesperación bajo la

ducha de un hotel conseguido a duras penas solo para enfrentar su mirada desdeñosa.

—Pero quizá no haya que irse tan lejos —dijo el hombre—. Quizá tengan algo libre aquí mismo, en el hotelito de los sindicatos.

La muchacha pareció disgustarse cuando el hombre dijo *hotelito de los sindicatos.* En sitios como ese el servicio era pésimo. Empezó a añorar el chorro de agua caliente y el televisor, y sintió en la piel el escozor de miles de ácaros ocultos entre las sábanas manchadas.

Pero la noche avanzaba, y la muchacha se dejó llevar. Caminaron una última cuadra entre paseantes solitarios de la medianoche o parejas gastadas. Todos iban o venían desde la cálida instalación de un hotel en penumbras o desde un agujero incómodo entre las jardineras de un parque en penumbras. El hombre había sugerido un sitio similar, un hueco oscuro bajo los árboles donde podían pasar un rato sin demasiados compromisos, solo el tiempo necesario para una eyaculación discreta bajo el cielo sin estrellas de la noche. Así lo dijo el hombre, cielo sin estrellas de la noche, y ella dejó claro que no le bastaba un rato ni un cielo sin estrellas. Todo debía hacerse en una cama de verdad, bajo un techo de verdad, y después debía disponer de agua de verdad y comodidades mínimas. Un televisor, acaso, o un aparato de aire acondicionado que permitiera dormir un par de horas después de una noche con sexo de verdad.

El hombre sintió en el brazo el agarre firme de sus manos y entendió que no se iba librar de la compañía tan joven. Chocaba de seguido con sus caderas amplias, sus ojos y sus dientes, su anatomía total de hembra dispuesta a entregarse de manera inmediata. Prefería no pensar en la aventura próxima. La erección creciente le dificultaba ca-

minar y lo obligaba a bajar los ojos en los sitios donde el alumbrado público permitía a los paseantes indiscretos percibir cada detalle, pero la muchacha insistía en manosear su entrepierna y se aferraba con obstinación a su sexo erguido, y el hombre apartaba su mano y le pedía moderación.

—Eres anticuado —dijo la muchacha—. ¿Crees que alguien perdería el tiempo en fijarse en eso?

El hombre no quiso reconocer que era anticuado. No creía serlo, ni compartía la forma de ser de la muchacha en cuanto al comportamiento en público. Le molestaba que la gente lo mirara en la calle cuando andaban juntos porque ella se empecinaba en mostrar al público detalles íntimos de la relación. Y ahora ella estaba haciendo lo de siempre. Apretaba el brazo del hombre y alargaba la mano para rozar su entrepierna y su sexo, y el hombre desesperaba por llegar al sitio adecuado y dejarla hacer cuanto quisiera.

—Aquí —el hombre se detuvo y señaló con la cabeza un inmueble de dos plantas.

Era un edificio descolorido en el centro de la ciudad. En algún tiempo debió ser una escuela, y después debió servir como policlínico, y quizá funcionó también como estación de policía. La muchacha recordó haber estado allí durante los días de una evacuación por algún huracán, pero eso ocurrió mucho tiempo atrás y ella desechó la idea por considerarla improbable.

Un custodio soñoliento acudió al llamado y abrió las rejas del pasillo. Se presentó como custodio y agente general del orden y guía de turismo si el caso llegaba. Ofreció su explicación a la pareja sobre el funcionamiento de la institución y el buen trabajo de los encargados. Señaló una puerta cuando la pareja dio señas de aburrirse.

—Toquen ahí. Digan que me pidieron el favor. O mejor no digan eso. Mejor digan que yo los atendí. Sí. Digan que yo los atendí.

La pareja se adentró en el pasillo. Al fondo, disimulada tras un cartel que promovía candidatos a cualquier elección, se hallaba la puerta. Una mujer respondió a los toques. Tenía una expresión general de aburrimiento junto a los ojos y la boca. Lo entendió todo muy bien cuando el hombre expuso la necesidad de una habitación. Se quedó mirando a la muchacha, y ella escondió los ojos tras la espalda del hombre.

—¿Y dicen que el custodio los atendió? Si es así, no hay problemas. Aquí tratamos de ayudar a la gente. El custodio subirá con ustedes y les entregará la habitación. Yo estoy muy cansada para subir la escalera. Pero tienen que pagar ahora. Ustedes saben, así son las reglas.

La lámpara del techo pestañó varias veces antes de quedar encendida. El custodio sonrió y mostró el cuarto con un movimiento combinado de la cabeza y los brazos. Señaló las paredes recién pintadas, el aparato de aire acondicionado y la puerta del baño. Se quedó allí mirando la reacción de los clientes mientras la muchacha caminaba hasta la pared trasera y lo evaluaba todo.

El cuarto no presentaba un aspecto deplorable. La cama estaba cubierta con sábanas limpias. Las fundas de las almohadas estaban limpias también. Un suave olor de jazmines recién cortados subía desde el búcaro de porcelana sobre la mesita. El custodio accionó el botón de encendido de la climatización y el aparato empezó a traquetear. El chorro de aire pesado y caliente se fue enfriando con lentitud. El aparato estaba bien, salvo por el traqueteo desme-

dido y el hecho poco relevante de no disponer de un regulador de temperatura.

La muchacha inspeccionó el baño y la instalación del agua con ojos de casera experimentada. No había agua caliente, pero el chorro era fuerte y el baño estaba limpio. La poceta de las duchas parecía haber sido sometida a una exploración minuciosa. No se encontró entre los resquicios ninguna huella de jabón, ni un pelo, ni la costra más común que pudiera quedar en los baños cuando no se pone atención a la limpieza. La muchacha quedó conforme con el olor del desinfectante del sanitario reluciente. Olió las toallas, y aun pasó la mano por el manipulador de la puerta para comprobar que todo estaba limpio. Se apuró en salir del baño cuando desde la habitación llegó el sonido de la estática del televisor encendido.

—No se ve —la sonrisa del custodio debía ser tomada por disculpa—. Todos los canales tienen ese mismo zumbido. Espero no les importe tanto.

—No nos importa —dijo la muchacha mirando alrededor.

El custodio enseñó los dientes una última vez y salió del cuarto. En el pasillo se oyó el sonido de sus botas. Su silbido alegre se fue apagando con lentitud y todo quedó en silencio.

La pareja se sintió complacida. El hombre se tiró en la cama y obligó a la muchacha a hacer lo mismo. Se quedaron los dos mirando el nuevo entorno que los había dotado de una privacidad repentina.

Las paredes estaban recién pintadas de azul. Leves marcas de la pintura anterior se podían ver todavía, pero eran marcas insignificantes. Eran simples raspones sin importancia, o sitios que alguien olvidó pintar. La muchacha

hizo un movimiento con la mano para dar a entender que no le molestaba en absoluto una marca de pintura en la pared. Después detuvo los ojos en el cuadro colgado frente a la cama.

—Es pintura naif —dijo el hombre.

La muchacha no sabía lo que era la pintura naif, y lo dio a entender encogiendo los hombros. En general ella sabía muy poco sobre las cosas del arte. El hombre se apuró a explicar.

—Es lo que harías tú si te dieran un pincel y un pedazo de lienzo. Mira las palmas, la casa de yarey, el camino entre los árboles. Cualquiera puede hacerlo.

—No me gustan esas cosas de guajiros. Prefiero las calles de la ciudad, las luces, el sonido de los carros. No me acostumbraría a vivir en el campo.

—Nadie puede acostumbrarse —el hombre le hizo señas de quitarse la ropa.

Durante media hora tuvieron sexo profundo y silencioso. La estática del televisor y el traqueteo incesante del aparato de aire acondicionado sirvieron como música de fondo. El chorro de agua fría de la ducha les devolvió las fuerzas. Se acostaron otra vez con el cuerpo húmedo. El hombre agradeció el estímulo.

—Te mantienes muy bien —dijo la muchacha.

El hombre se quedó callado. Fumaba un cigarro y trataba de concentrarse en el acto próximo. Acariciaba la espalda de la muchacha, bajaba hasta las nalgas, subía de pronto hasta los pechos y dejaba que las puntas le labraran un surco en la palma de la mano. En diez minutos consiguió una erección.

—De verdad te mantienes muy bien —gimió la muchacha al sentirse penetrada.

Los gemidos espaciados se convirtieron en gritos placenteros. El hombre los disfrutó desde su posición de hombre maduro que podía causar placer a una muchacha. Después del segundo acto ella se fue al baño. Él se sintió cansado y quedó sobre la cama. Sonrió oyendo el ruido del agua y una canción tarareada a media voz.

Paseó una mirada larga por la habitación. La única lámpara del techo iluminaba cada resquicio, y él se entretuvo mirándolo todo hasta que la muchacha salió del baño.

—De verdad estás muy bien —dijo ella—. He visto hombres que prometen otra cosa y al final se vuelven nada. Pero tú... no. Tú eres mi campeón.

—Pues... tu campeón está cansado. Tu campeón quiere dormir.

Ella sonrió y torció los labios en una mueca de disgusto. Se acostó al lado del hombre y le acarició el pecho y el vientre, los muslos y la entrepierna. Amasó los testículos hasta que el miembro fláccido dio muestras de revivir.

—¿Quién dice que mi campeón está cansado? Un poco dormido, sí. Pero nada serio. Eso se pueda resolver.

El hombre miraba el cuadro en la pared. Era una forma de relajar los sentidos y dejarse estimular por la muchacha. Sus manos suaves le recorrían cualquier centímetro del cuerpo y lo obligaban a conseguir una erección aunque estuviera cansado. Ella comenzó a realizar una succión lenta. Partía desde la base del pene, se extendía por el miembro fláccido y terminaba con mordiscos inofensivos en la punta. Como resultado, el miembro masculino comenzó a erguirse con amagos de rigidez nerviosa y despreciable, y luego el torrente de la sangre se abrió paso entre las válvulas de acceso a los tejidos del glande y el miembro comenzó a hacerse notar con el brillo luminoso de la saliva sobre la

piel estirada.

—¿Crees que nos estén mirando? —preguntó el hombre cuando la erección ya era completa y los dientes de la muchacha amenazaban con romper la parte exterior de las venas.

—¿Mirando? ¿Quién? —la muchacha dejó de succionar, levantó la cabeza y miró con susto alrededor.

—La gente que está en esa casa de yarey —el hombre la apartó, se incorporó y miró el cuadro desde cerca—. Tiene que haber gente ahí adentro. En todas esas casas campesinas siempre hay gente dormitando al mediodía. Cierran las ventanas y se acuestan y se olvidan del mundo.

Ella se cubrió el cuerpo con la sábana. Volvió a mirar alrededor, y después miró al cuadro. Se levantó y se acercó al hombre.

Por algún tiempo se quedaron mirando los dos el lienzo estirado en la pared. Se tomaron de la mano y ella volvió a acariciar el cuerpo del hombre.

—No me importa si alguien mira. Ven.

Se acostaron otra vez, y ella volvió a succionar hasta que el miembro se irguió. El hombre olvidó el cuadro y la casa de tablas y la gente que dormía su siesta plácida y se concentró en el acto. La penetración lenta y callada obligó a los cuerpos a sudar aunque el clima de la habitación se mantuviera frío.

—¿Crees que les moleste si grito? —preguntó la muchacha cuando el ritmo de la penetración se hizo violento—. ¿Abrirían la ventana y nos mandarían a callar?

—No sé —dijo el hombre—. Habría que ver. Quizá se asomen y digan cualquier cosa, o quizá abran la ventana y no digan nada y se queden mirándonos sin hablar.

Los dos se concentraron en el acto. La muchacha gemía

en un quejido ronco, casi gutural, mientras movía la cintura con violencia. Los gemidos eran silenciados por las paredes de la habitación, absorbidos hasta convertirse en ondas inaudibles que sólo encontraban un destino en los oídos del hombre. Después ella gritó y las paredes no pudieron absorber todo el ruido. Una parte traspasó el lienzo y voló a los campos donde se erguía la casa de tablas con techo de yarey. La ventana se abrió cuando el hombre paseaba los ojos por la pintura.

—Tranquila. Nos están mirando.

La muchacha levantó los ojos hacia la ventana abierta en el cuadro. Dos figuras miraban la escena desde el interior semioscuro de la casa. No era posible discernir los rostros, ni establecer si se trataba de personas jóvenes o viejas. Desde la distancia no se podía determinar si eran hombres o mujeres, o si los ojos que absorbían la escena mostraban la avidez de las parejas más jóvenes o el desagrado propio de la gente que ya ha vivido sus años y espera del mundo un comportamiento mesurado.

Ella abandonó la cama y se acercó a la pintura.

—Es una pareja —miró al hombre y volvió los ojos al cuadro. Miró al hombre otra vez y abrió los labios en una sonrisa inocente—. ¿Te figuras eso? Una pareja. Nos han estado viendo todo este tiempo. Quizá aprendieron algo de nosotros.

El hombre se sintió aliviado al saber que se trataba de una pareja. Había sentido algún tipo de molesta turbación al pensar que se trataba de dos hombres, o quizá de dos mujeres. En realidad, había sentido miedo.

—Está bien que sea una pareja —dijo.

Pero no quedaba claro si se trataba de una pareja de viejos o una pareja más joven. Podía tratarse de un par de

muchachos que llevaban poco tiempo viviendo juntos en una casita recién construida de tablas de palma y pencas de yarey. O podía ser un matrimonio de personas en edad madura con experiencia vasta en asuntos de sexo y miraban la escena de la habitación con el interés que podía mirarla cualquiera. Eso no quedaba claro, y el hombre se acercó al cuadro y examinó de cerca las tablas de la pared, las pencas del techo, el jardín y el camino sombreado por árboles frutales.

—No es una casa nueva. Mira aquí. Hay marcas en las tablas, y el jardín es viejo también. Debe ser un matrimonio con experiencia. Deben tener hijos abundantes, y un perro, y todo eso que la gente tiene siempre. La gente en el campo tiene cosas que uno ni siquiera puede imaginar.

Pero la muchacha miraba el cuadro desde cerca y se hizo su propia idea de la realidad contenida en la pintura. Examinó las cercas y el patio, el jardín moteado por flores rojas y amarillas, el alambre donde colgaba alguna ropa. Luego pasó los dedos sobre el lienzo para confirmar su versión.

—No veo juguetes en el patio, ni ropa de niños colgando en el alambre. Nada demuestra lo que dices. La casa es vieja. Quizá fue comprada —abrazó al hombre y jugueteó con el miembro fláccido—. O quizá los padres se la regalaron.

El hombre quedó callado. Durante algún tiempo escudriñó las figuras en la ventana. Trató de hacerse una idea más concreta de los dos rostros ocultos dentro del recuadro oscuro. No pudo distinguirlos aunque los mirara de cerca y se dejó arrastrar hasta la cama.

—Tengo una idea —dijo de pronto—. Él es un hombre maduro y se llevó para su casa una mujer muy joven. ¿Qué

te parece si ella es así, como tú?

—Eso estaría bien —dijo ella—. Y te digo más. Creo que eso estaría muy bien.

El hombre se sintió estimulado con la respuesta. Quiso levantarse y comprobar esa última versión aunque resultara imposible descubrir en la pintura los detalles necesarios, pero la muchacha lo sostuvo con firmeza. Casi lo obligó a quedarse en su sitio. El hombre se quedó tranquilo cuando ella comenzó la succión caliente. La intensidad del hecho lo hizo olvidar el cuadro y el asunto de los rostros en la ventana del cuadro.

Amanecía cuando el tercer acto concluyó. La pareja se quedó acostada. Reponían las fuerzas gastadas en la noche sin preocuparse del cuadro ni de nada más. La muchacha quiso seguir durmiendo, pero el hombre le hizo entender que ya era tiempo de marcharse.

El custodio miró a la pareja que bajaba por la escalera. Dio una chupada larga al cigarro, se estiró cuanto pudo dentro del uniforme y bostezó con descaro.

—¿Todo resuelto? —sonrió—. ¿Aprovecharon la noche?

—Sí —el hombre entreabrió los labios—. No está malo esto para ser un hotel de los sindicatos.

—Uno hace lo que puede —el custodio compuso el rostro y el uniforme y adoptó un aire de serena responsabilidad ante los clientes—. Ahora tengo que revisar la habitación. Esperen aquí.

La muchacha recostó la cabeza en el pecho del hombre. Los pasos del custodio en la escalera resonaron en sus oídos y la obligaron a levantar los ojos.

—La ventana —dijo con susto—. La ventana quedó abierta. El custodio se dará cuenta.

Al hombre le pareció que su voz temblaba. Por un momento también pareció turbarse. Miró las escaleras, quedó oyendo el sonido de las botas en el pasillo y le brillaron los ojos. Pero tenía sueño y los ojos se apagaron. Apretó con fuerza la cintura grácil de la muchacha y hundió la cabeza entre sus cabellos con un suspiro largo. El repentino impulso de la sangre dio cuenta de una erección creciente.

LOS LOBOS

La idea de ver lobos marinos me gustó desde el principio. Patricia los mencionó en la calle Sarandí cuando almorzábamos juntos en una mesa al aire libre y el sol de la primavera naciente me calentaba la cara. Lo dijo con entusiasmo, como si se alegrara de ser la primera en darme una información interesante. Por la forma en que habló me quería sorprender. O quizá buscaba un tema de conversación para el resto de la tarde, algo que estuviera lejos del protocolo de esos días, con tanta gente hablando de su trabajo y tratando de quedar bien ante un público exigente.

Ella masticaba su asado con desgano y bebía el refresco en tragos espaciados. Al final puso a un lado la carne y se limitó a probar las papas fritas y la ensalada. Sacó una manzana del bolso y la mordió con deseos, pero se quedó mirando lejos, hacia la plaza de Maldonado, hacia algún punto impreciso entre la estatua de Artigas y el lumínico de la tienda. Pensaba en algo, o parecía estar pensando. Acercaba la fruta a la boca y chupaba el jugo antes de dar otra mordida. Dejaba que los labios recorrieran un amplio espacio sobre la corteza roja y en un impulso lento arrancaba un pedazo minúsculo con los dientes, lo hacía resbalar sobre la lengua un tiempo largo y masticaba con calma, como si no tuviera el apuro mínimo, ni la menor idea del tiempo o el lugar donde estábamos.

Solo interrumpía el acto maquinal de saborear la fruta para arreglarse la bufanda alrededor del cuello. La prenda oscura hacía contraste con su rostro pálido y se empeñaba

en rodar sobre el antepecho del abrigo para dejar al descubierto una parte del cuello delicado y blanco. Ella acercaba la mano, devolvía la prenda a su lugar y masticaba la fruta sin mirarme ni decir una palabra. Después miraba lejos sin siquiera molestarse con el ruido que yo hacía al tragar la carne, ni con mi rudeza tropical de mondar los huesos hasta dejarlos pelados, ni con la poco delicada costumbre de chuparme los dedos y limpiarme los dientes con las uñas a la vista de todos.

Al parecer le quedaba claro que no me preocupaba causar una buena impresión, o quizá su fría delicadeza argentina le permitía situarse por encima de hábitos tan terrenos y lo tomaba todo como simples actos naturales del oscuro habitante del Caribe que era yo, uno que estaba en el encuentro de escritores porque algún funcionario del gobierno uruguayo se tomó las molestias de invitar a un cubano y pagar su pasaje en avión, su estancia en un hotel de lujo y sus gastos más elementales de comida y almuerzo.

Y era cierto que llegué en el último momento y no debía ser tenido en cuenta por una mujer de su clase, tan frívola y esnob, envuelta en un abrigo negro. Pero debíamos compartir el horario y la mesa del almuerzo como parte del arreglo general de los organizadores del encuentro, y ella condescendía tanto como era posible y se dejaba llevar por las circunstancias, pero se mostraba ante mis ojos tal y como era: una intelectual exitosa de clase media que podía hacerme desaparecer de la escena con solo desearlo.

Durante casi media hora ni siquiera me miró. Se entretenía con su manzana y seguía hurgando con los ojos en alguna locación indeterminada de la plaza. Pensaba, o simulaba pensar, y en general me pareció que estaba lejos. Vagaba por una ciudad cualquiera y no tenía tiempo para

cruzar dos palabras con el ente improvisado y extraño que le correspondió como compañero de almuerzo en su tercer día en Maldonado.

—¿Qué vas a hacer por la tarde? —preguntó de pronto, y ahora se empinó en el asiento y me miró a la cara.

Un rubor tenue, casi imperceptible, coloreó su rostro pálido. Los labios dejaron de moverse y quedaron abiertos, levemente humedecidos con el jugo de la fruta. Dejaban ver los dientes parejos y perfectos, tan brillantes y pulidos que la luz del mediodía rebotaba en ellos. Cerró la boca al descubrir que le miraba los implantes de las muelas. Se puso seria durante un tiempo brevísimo, pero alegró otra vez la expresión y se inclinó adelante.

—Tenés que ir a ver los lobos marinos. No te podés perder eso. Están ahí mismo, en Punta del Este, junto a los barcos.

Yo solo había visto lobos marinos por televisión. Los confundía con las focas y las morsas y no tenía una idea muy clara sobre sus diferencias y su aspecto. Pero me interesaba la idea de conocerlos, en general, aunque solo fuera para contárselo a la gente, para decir que vi lobos, los toqué, los oí respirar desde muy cerca en su ambiente natural.

—Sería bueno verlos, sí —dije sin dejar de masticar—. En general los lobos siempre me han gustado. Saben a lobo.

—No, de verdad —respondió sin molestarse con el sarcasmo—. ¿No me creés? Están allí, cerca del hotel. Solo tenés que bajar a la rambla de madera y llegar a la orilla del río. Hay mucha gente mirándolos.

No quise parecer un malagradecido, ni me interesaba pasar por un macho tropical insensible ante una situación que para ella parecía ser importante. Mostré todo el interés

que pude, sonreí y me quedé esperando su invitación a pasear por la rambla. Ella se inclinó otra vez y ya casi abría la boca para hablar cuando un hombre vestido de negro nos interrumpió.

—¡Al fin te encuentro! —sin esperar aviso o invitación, haló una silla y se sentó junto a Patricia.

Era un hombre maduro y enjuto, con amplias entradas sobre la frente y una mirada rápida y escrutadora. La ausencia de barba y bigotes le daba un aire juvenil y alegre, y en general lucía muy limpio y cuidado, salvo quizá porque llevaba zapatos deportivos de piel marrón y el polvo de varios días se había acumulado en los intersticios de las costuras.

—¡Gustavo! —dijo Patricia—. Estaba acá con el amigo cubano. Nos tocó almorzar juntos. ¿Y vos dónde te metiste? Yo también te estuve buscando.

—Andaba por ahí —respondió el hombre—. Ya sabés. Uno viene a Maldonado por cinco días y quiere aprovechar el tiempo visitando a las viejas amistades. ¿Y me decís que el amigo es cubano? Ya sabía que teníamos un cubano entre los invitados. Pensé que era negro.

Sonrió después que dijo eso. Miró a los ojos de la muchacha y abrió los labios al tiempo que alargaba la mano para tocarla en el hombro. Esperaba que ella riera con la observación, pero ella se quedó seria y apartó el cuerpo, y él dejó de sonreír. Se quedaron callados los dos, y yo me quedé mirándolos. Traté de masticar en silencio los últimos trozos de la carne y pensé que, a falta de interlocutores de mi gusto, debía aprovechar el tiempo de estancia en un país diferente y conversar un poco. Pero estaría atento, muy atento, en esa guardia eterna de los extranjeros cuando participan de una conversación que no les interesa.

Por suerte, en lo adelante Patricia cumplió bien con sus roles de anfitriona y dirigió sus palabras hacia mí. Se inclinó otra vez y me hizo recordar su información anterior.

—¿Te embullás? La tarde es linda hoy —se volteó hacia Gustavo y explicó—. Estaba invitando al amigo cubano a ver los lobos en el puerto. Estoy segura que le gustarán.

—¿Los lobos? —Gustavo parecía sorprendido, o levemente irritado. Se reclinó en el asiento, cruzó las manos detrás de la cabeza y miró al cielo—. Cierto. Ahora mismo estará la gente mirándolos. Les tiran pescado y se entretienen con ellos.

Patricia nos miró por turnos. Bebió un trago minúsculo de refresco y sonrió. Se veía complacida con la perspectiva de pasar la tarde en la costa. Se entusiasmó con alguna idea repentina, mordió otra vez la manzana y volvió a sonreír.

—Sí. Será bárbaro estar allá con este sol. Será bárbaro. La rambla es preciosa por las tardes. La gente va con sus chicos y las pasan muy bien.

—Pero yo quiero proponer otra cosa —Gustavo echó el cuerpo atrás—. Preferiría que nos fuéramos los tres a tomar cerveza en El Grillo o en Imarangatú.

Me miró cuando dijo *los tres,* pero se dirigió a Patricia. Se le acercó bastante y le habló en voz baja y moderada. La forma casi íntima revelaba su interés por estar a solas con ella.

—Ahora está vacío allá. ¿Qué creés?

Y sin otra conversación u otras palabras nos pusimos de acuerdo *los tres.* Tomamos un taxi hacia Punta del Este y casi no hablamos en el camino. Gustavo se complacía mirando el rostro de la muchacha sin ponerme atención, y ella mordía una manzana y miraba lejos.

A mí me hizo bien mirar el paisaje. Todo el camino hasta

Punta del Este me lo pasé mirando a los lados. Las casas de ladrillos con su jardín de césped verde y los cipreses altos como pinos me dejaban en el pecho y en los ojos una sensación de bienestar. Olvidé a la pareja y los dejé hacer sin preocuparme por lo que dijeran a mis espaldas.

El salón del Club Imarangatú estaba vacío. Disponía de sesenta mesas y suficiente iluminación. La barra era larga, de madera pulida, y en sus extremos se alzaban dos torres dispensadoras, todo en acero cromado o algún metal inoxidable. Podía ser aluminio, pero nunca lo supe. La regia instalación y la perspectiva de beber me hicieron olvidar los viejos vicios de examinarlo todo, de establecer si algo estaba hecho de metal o de madera, o si la gente alrededor hablaba en turco o en inglés.

Nos sentamos a una mesa del fondo y Gustavo chasqueó los dedos para pedir la cerveza. Un muchacho vestido de rojo y negro se acercó despacio, tomó el pedido y se alejó hacia las torres. El hombre que dispensaba, un poco maduro ya, se tomó su tiempo. En general, todo era lento. La conversación también resultaba lenta para mi gusto. Esperaba que los tragos avivaran a mis acompañantes, pero no podía apurar las cosas porque yo no *pagaba.* Tenía que esperar. Debía habituar mi velocidad de costumbre a la cadencia de la flema gaucha.

Gustavo se sentía dueño de la situación y procuraba marcar el ritmo del diálogo. Durante algún tiempo esa estrategia funcionó, y la muchacha seguía sus palabras con atención al punto de ignorarme. Me hacían sentir incómodo en sus papeles bien diferenciados de viejo seductor y doncella deslumbrada. Pasó una hora y todo se mantuvo sin cambios. Gustavo ordenaba cerveza chasqueando los dedos y hacía que los jóvenes meseros se apuraran.

—¿Los ves ahora, tan lentos y holgazanes? —señaló con desprecio a los muchachos—. Ya los verás dentro de quince días, cuando el salón esté lleno y los turistas brasileños ocupen todas las mesas. Volarán con las jarras en la mano con tal de ganarse una propina. Simplemente eso: volarán.

Lo dijo para mí, y me miró por un segundo, pero volteó los ojos hacia la muchacha y se inclinó adelante. Ella comprendió que necesitaba confirmación.

—Volarán, cierto. Tienen unas habilidades increíbles. Corren por el salón con todas esas jarras llenas en las manos sin chocar, y sin derramar una gota. No sé cómo pueden hacerlo.

En ese momento rieron los dos. Me obligaron a imaginar la escena donde doscientos brasileños chasqueaban los dedos y gritaban sus pedidos en portugués o en el idioma mezclado de Rio Grande do Sul, desde Porto Alegre y Pelotas hasta la frontera, y los meseros corrían con diez jarras en la mano para complacer sus bocas sedientas y ganar una propina abundante.

Podía decir lo mismo de mi país, y quise hacerlo. Teníamos una situación parecida en los salones de los restaurantes donde decenas de turistas suizos y canadienses vociferaban en inglés o en francés para hacer volar a los meseros mulatos. Lo pensé mejor y descubrí que para mí también resultaba interesante la situación de mi país. Era interesante, en definitiva, porque yo solo podía *imaginar* lo que ocurría en esos sitios, pero no podía *verlo*. Preferí quedarme callado y beber cerveza mientras ellos hablaban de lo que iba a ocurrir en quince días. Ya estaba cansado del tono prepotente de Gustavo y la aparente ingenuidad de la muchacha que se dejaba envolver en una conversación ambigua y tonta.

Decidí tomar la iniciativa y blufear un poco. En general era bueno hacerme oír por dos personas tan diferentes, decir las cosas propias, lo que había visto y oído en otra parte del mundo, una parte lejana y desconocida para ellos. Un escritor uruguayo sesentón y una intelectual argentina de treinta años no se quedarían indiferentes ante un discurso tropical adornado con todo lo que el trópico lleva. Con alguna exageración, quizá, para dar mayor efecto a las palabras, de modo que pudiera buscarme un lugar de prestigio entre mis colegas de clase media. Aunque el papel de bufón no me interesara en lo absoluto, mis bolsillos vacíos me obligaban a usar otras armas. Estaba lejos de mi país y de mi gente. Debía echar a un lado las reticencias y ganar espacio de la forma que pudiera.

Me dejé llevar por los tragos y les dije a Patricia y Gustavo un par de cosas sobre las chiquillas de quince años de mi barrio que restregaban su sexo con violencia contra la pelvis de un muchacho en cualquier fiesta como si eso fuera lo más común y no hubiera que sonrojarse porque alguien mirara. Lo dije rápido, sin escoger las palabras, pero me cuidé de utilizar alguna frase soez o irrespetuosa. Esperaba que entendieran todo de un tirón y empezaran a hacer preguntas sobre uno u otro comportamiento. Lo hice como si estuviera hablando con amigos cercanos en un sitio cualquiera de mi país, en una de esas tardes con mucho ron y calor suficiente en que uno se encuentra con alguien y decide beber y conversar. Necesitaba hacerlo así para que la indiferencia de clase media de mis interlocutores no terminara por echarme a perder la estancia en un país extraño.

Hicieron un gesto de no comprender. Tuve que hacer un dibujo en un papel y explicar la postura de las muchachas en las fiestas, y ellos tuvieron reacciones diferentes.

Patricia abrió los ojos y la boca y quedó sin hablar. Gustavo hizo un movimiento desdeñoso con la mano y quiso decir algo, pero al final se contuvo y quedó mirando a la muchacha y esperando que ella dijera cualquier cosa.

—¿Vos estás bromeando? —dijo ella con una voz ingenua de doncella asustada, como si en sus treinta años nadie le hubiera dicho sus muchas cosas sucias al oído, montones de cosas sucias de las que una mujer de esa edad ya debe haber oído de los labios de un hombre mientras se revuelcan desnudos en una cama blanda—. Tenés que estar bromeando. Seguro. No puede ser que unas chicas de quince ya estén haciendo esas cosas. No lo puedo creer.

—*Podés* creerlo —imité su acento porteño—. *Podés* imaginar que esa posición se mantiene durante media hora y nadie se asombra ni se asusta como vos lo estás haciendo ahora. Es natural allá, ¿lo entendés? ¡Na-tu-ral!

—Bien, lo creo. Pero solo se *restregan* un poco, como vos decís, y no pasa nada más. Eso es lo que querés decir. Seguro es eso: un juego de muchachos y nada más. ¿No lo creés así, Gustavo?

Gustavo hizo mutis y entrecruzó las manos bajo la barbilla. Quería decir algo, pero el tema era difícil de abordar delante de la muchacha, o quizá no sabía qué decir. Quedó callado y prefirió escuchar antes de someterse al juicio de un hombre extranjero, alguien que podía hacerlo quedar en ridículo con dos palabras, y él nunca se arriesgaría en un lance tan peligroso.

La muchacha parecía muy interesada en el tema. Lo dejaba ver con el movimiento de las manos. Estrujaba una servilleta y se rascaba las palmas, se me encimaba y me soltaba las preguntas como si estuviéramos solos y habláramos de un tema cualquiera.

—Decime, por favor, la verdad. ¿Es solo un juego? Unas caricias y un *restregamiento,* como vos decís, y luego ya. Eso es todo, ¿cierto?

Yo quería decir que era un juego común entre adolescentes sin mayores trascendencias. No me interesaba pasar por atrevido ante personas de un refinamiento marcado. Quise decir que todo se limitaba a unas caricias y unos roces, pero ella me miró con insistencia. Se había acodado en la mesa y me miraba a los ojos y a los labios con la avidez de una mujer que se deja llevar por una conversación interesante y olvida las conveniencias de una postura adecuada ante un hombre desconocido. Decidí tirar a fondo y responder con las palabras que ella quería oír.

—No —dije, y su rostro se tensó. Sus manos y su cuello temblaron brevemente—. No es un juego. Después de media hora de *restregamiento* ya están listos para irse a un sitio oscuro y hacer el amor con furia tropical, y lo hacen repetidas veces, sin cuidarse de ser vistos. No les importa. No están en eso. Es más, se considera un mérito si alguien los ve. Se vanaglorian haciendo el cuento y explicando los detalles.

—No puede ser. ¡Son apenas unas chiquillas!

—Y lo son —dije—. Pero ya están preparadas. Desde la escuela van adquiriendo las herramientas, y a los catorce o quince ya están listas.

—¿Herramientas? —se asombró Patricia, y esta vez olvidó a Gustavo y se me encimó bastante. Su boca me quedó cerca y su aliento de manzanas mezcladas con cerveza me rozó la cara—. ¿Vos decís *herramientas?* ¿Qué querés decir con eso? Explícame, a ver.

Se me quedó mirando con sus ojos claros y profundos mientras Gustavo maldecía el momento en que me invitó a

acompañarlos al salón. Él trató de llamar la atención de la muchacha y explicó algo sobre el comportamiento de los adolescentes en algunas culturas tropicales modernas. Inició un discursillo académico con citas de Malcolm McDowell y palabrería oficiosa, pero se quedó callado al notar que nadie le hacía caso.

—Tenés que seguir contándome —ella insistió en que debíamos pedir otra ronda y continuar la conversación—. Sí. Nos tomamos otra jarra y me contás en detalle. Me lo decís todo, ¿bien?

Pero Gustavo ya se levantaba. Hizo señas a los meseros, sacó la billetera del bolsillo dando a entender que la sesión de cervezas terminó.

Ella insistió en quedarnos y seguir el diálogo. Lo miró desde abajo y movió las manos para explicar la necesidad de alargar el momento. Se le notaba ansiosa. Tenía el rostro coloreado por la tensión y la cerveza, y había en sus ojos un brillo de súplica.

—Recordá que el amigo cubano quiere ver los lobos marinos —dijo Gustavo con voz lastimera de líder desplazado.

—Ah, cierto —ella me miró. Su expresión ya era otra—. No te podés perder eso. Son como perritos. Se acercan al muro y podés pasarles la mano por la cabeza.

El hotel quedaba cerca. Podíamos subir a cambiarnos y bajar después hasta el malecón del Río de la Plata donde los lobos marinos esperaban por nosotros. En el último momento, cuando nos acercábamos al elevador, Gustavo se las arregló para convencer a Patricia de que la tarde estaba fría. No era bueno para ella se exponerse al viento del Atlántico.

—¿Qué decís? —ella se molestó bastante—. La tarde está preciosa. Mirá ese sol y ese cielo limpio.

—Está limpio ahora, pero dentro de un rato empezará a soplar el viento de la noche, vendrán las nubes y quizá llueva. Mejor te quedás acá y tomás una ducha caliente —dijo, y ella movió la cabeza en señal de aprobación—. Y no te preocupés por el amigo cubano. Yo lo acompaño a ver los lobos.

Un bote de pescadores se había arrimado al muelle y golpeaba con fuerza los pilotes y las boyas. Sobre la cubierta, un hombre viejo le gritaba a un muchacho. Le decía algo sobre las cuerdas y las redes, y el muchacho se esforzaba en cumplir con la ruda tarea de un marinero pescador. Me pareció muy joven para un trabajo tan fuerte. Lo imaginé jugando en el patio de una escuela, pateando una pelota o haciendo cualquier otra cosa que no fuera recoger una red complicada y amplia, tan pesada que laceraba sus débiles dedos de muchacho.

Era del tamaño de un chiquillo de liceo, pero sus ojos y sus movimientos daban a entender que era mucho más joven, acaso de doce o trece años, por eso la escena me disgustó lo suficiente como para voltear la cara hacia los yates de lujo que se balanceaban lejos. Recordé en ese momento la tierna relación de los personajes de Hemingway, la tibia protección del viejo pescador hacia el muchacho Santiago, sus palabras cálidas, su esfuerzo por conseguir que se sintiera a gusto en un medio tan hostil.

Volví a mirar hacia el bote cuando el pescador blasfemó en voz alta. El muchacho dejó caer la red sobre el piso de la embarcación, y el pescador maldijo otra vez y escupió con fastidio sobre el agua. Nos miró, trató de sonreír y señaló con la mano los paquetes de mejillones sobre el banco de madera.

—Son frescos —gritó—. Recién sacados del agua. A doscientos pesos el paquete.

Gustavo examinó los mejillones. Hizo un gesto de conocedor y me hizo señas de que estaban buenos, pero cambió el rostro y miró a los pescadores.

—Será otro día —gritó—. Ahora solo queremos ver a los lobos.

El pescador se quedó callado. Escupió otra vez, y ahora el viento sopló fuerte y el salivazo casi pasó rozando la borda.

—Ya es tarde —gritó el muchacho—. A esta hora ya se han ido a la isla. Tenés que volver por la mañana.

Gustavo caminó hasta el borde del muro. Hizo bocina con una mano y me señaló con la otra.

—Es que acá el amigo cubano nunca los ha visto. Primera vez en el país.

El muchacho abandonó el trabajo con la red y trotó sobre la cubierta hasta acercarse a nosotros.

—Buscá más allá, cerca de los botes. A veces se quedan hasta tarde.

Volvimos atrás, sobre la rambla de madera del puerto, hasta el malecón que bordeaba la ensenada donde se anclaban los botes más elegantes. Se oía el ruido de las olas al chocar con los cascos. Una mujer regordeta vestida de vigilante dormitaba sobre un banco estrecho. Se había recostado a la pared y tenía las manos cruzadas sobre el abdomen. La gorra del uniforme le tapaba los ojos.

—¿Te fijás? —preguntó Gustavo—. Una mujer dormida custodia el puerto. Una simple mujer armada con bastón de goma y un equipo de radio. Es un sitio muy seguro, como podés ver. Y esos yates son caros. Es gente de Brasil o Argentina que ya empieza a llegar para el verano. Millonarios,

quizá, o gente de clase media que ahorra sus pesos y viene a pasar la temporada.

Yo preferí no decir nada. Comparaba las instalaciones del balneario con otras similares de mi país. Imaginaba grupos de policías vestidos de azul y armados con pistolas de reglamento, y otros grupos de guardianes invisibles que atisbaban desde los sitios más altos y atendían a cualquier movimiento sospechoso de los nacionales y los extranjeros. Y ahora, haciendo una comparación mental entre una instalación y otra, me volvió a la cabeza la escena de la cervecería, la cara de Gustavo cuando sacaba de la cartera sus cinco billetes de a cien pesos para pagar la cerveza.

Recordé la tez de Patricia sonrojada por los tragos. Una aureola voluptuosa le cubría el rostro. Era otra vez Patricia enfundada en un abrigo negro, envuelta en su bufanda como una bebé dentro de la fuerte climatización del club, y otra vez pensé que no era lo mismo, ni lo sería nunca: no había comparación posible entre el bullicio del trópico y la silenciosa, casi aburrida tranquilidad de las locaciones rioplatenses de Punta del Este, o acaso de Piriápolis o Punta Ballenas, que por ser pueblos menores serían aun más callados y tranquilos. No había comparación con el Caribe ni siquiera en el comienzo de una primavera con sol pálido. Pero no hacía tanto frío. No había necesidad de un abrigo tan grueso. Volví a ver sus piernas, tan largas y parejas, meciéndose nerviosas cuando ella preguntaba sobre cuestiones de sexo, de cómo era en mi país, de la edad promedio en que las mujeres se iban por primera vez a la cama con un hombre. Y me recordé hablándole, diciéndole un par de mentiras que no lo eran tanto. Eso lo pensé después, cuando Gustavo me halaba hacia el sitio donde los lobos marinos se alimentaban con el pescado que les tiraba la gente.

Pudimos ver a los lobos al final de la tarde. Eran como perritos, como decía Patricia. Se movían en el agua con una rapidez increíble, coleteaban con fuerza y asomaban la cabeza justo debajo de nosotros, y luego se sumergían y reaparecían más allá, junto a los botes. Eran muy mansos y amigables y se podía rozar su cabeza. Por tercera vez en la jornada pensé en mi país, en lo que pasaría si a un lobo marino o a una foca se le ocurría asomar la cabeza frente a una muchedumbre que vigilaba la costa esperando un momento como ese, un instante breve y raro en que un mamífero marino de una tonelada se ponía al alcance de decenas de manos y bocas ávidas. Pensé en una foca, un animal juguetón y dócil que divertía a los muchachos en el acuario. Y aquí tenía a los lobos marinos al alcance de la mano. Eran tan rápidos y alegres como podía ser un animal que vive en el agua fría de un mar oscuro y profundo. No me gustó la idea de ser un lobo marino, ni tenía ganas de ser una foca o una ballena ni cualquier triste mamífero que pasa la vida en el agua.

—En temporada vienen acá por cientos —dijo Gustavo.

Señaló un promontorio blanquecino en la distancia, un montón de arena y piedras a mitad de camino hacia el océano. Me obligó a mirar en aquella dirección y explicó todo.

—Es la isla Gorriti. Allá los podés encontrar por miles. La isla es la segunda reserva del mundo. ¿Lo podés imaginar? ¡La segunda!

Lo dijo con orgullo, y sonrió. Le resultaba suficiente el placer de dar esa información de privilegio, como si no fuera un delito eterno ser el segundo en algo. Lo repitió cuando los lobos se retiraron hacia los yates y desaparecieron

del campo visual por un momento.

—Sí —dijo—. Somos la segunda reserva. En realidad pasan todo el tiempo allá, pero algunos vienen a alimentarse aquí. Pasan el día entero, y antes que oscurezca se marchan todos. ¿Los podés imaginar recorriendo esos dos kilómetros, coleteando hacia la isla y sacando la cabeza del agua cada cinco metros? Desde allá, desde el mirador, se puede ver todo. Es un espectáculo formidable.

Gesticuló otra vez y explicó algo sobre la temporada próxima. Miles de turistas arribarían al balneario cuando el invierno se alejara y el sol de la primavera entrante calentara con fuerza la arena negra de las playas, los patios de cipreses de las casas de ladrillos y los hoteles blancos de la ribera rioplatense.

—Vendrán los millonarios brasileños y argentinos, y ya entonces no será fácil encontrar mesa en una cervecería, como esta tarde.

Se rascó la cabeza. Pareció recordar la escena dentro del salón vacío, la cara de la muchacha, su obstinación en preguntarme cosas de sexo. Le dolía haberme invitado, o quizá solo estaba tratando de olvidarlo todo y buscaba un pretexto a para evadir la conversación.

Los lobos habían regresado. Asomaban la cabeza y hacían su juego. Gustavo los miró.

—¿Decís que no tienen lobos allá?

Era una pregunta ingenua. Siendo un hombre de más de cincuenta años y profesor universitario, lucía ridículo repitiendo sus preguntas tontas. No se parecía en nada al hombre que estuviera hablando conmigo un par de horas atrás, cuando estábamos sentados en el salón de la cervecería y él ordenaba cerveza en jarras para tres con ademanes enérgicos y prepotentes. Respondí para demostrar que yo

también podía ser cortés y educado.

—Solo podríamos tener lobos marinos en el acuario, y ahora no estoy seguro si los tenemos o no. Recuerda que vivo en el trópico.

Quedó en silencio. Intentó sonreír, pero sus labios solo lograron curvarse en una mueca ambigua y nerviosa, algo que quizá era una sonrisa, o quizá no lo era. Solo me quedó claro que se sintió turbado. Debió sentir lo mismo cuando estábamos sentados en el salón y la muchacha se acodaba sobre la mesa y me echaba el aliento a la cara. Y en ese momento, justo en se momento, cuando los lobos asomaban sobre el muro, la imagen de Patricia cambió en mi cabeza. Recordé su aliento mezclado y caliente, en cualquier caso agradable, salido de una boca bien cuidada, con dientes parejos y perfectos y labios firmes y sensuales. Me sorprendí pensando en ella como en un ente sensual y asequible. Desde algún lugar distante la voz de Gustavo me preguntó alguna otra cosa. Nunca supe lo que decía. No lo quise escuchar. Solo pude acercarme más al muro y mirar el movimiento de los lobos. Allí, a escasos dos metros, el cuerpo de Patricia se movía en el agua. Era como un gran pez plateado que se mostrara en exclusiva para mí. Sus piernas largas la empujaban con lentitud sobre la superficie, y ella se desplazaba con una calma que obligaba a admirar su figura esbelta, ya sin abrigo y sin botas, solo ella y el agua, ella y una pregunta eterna sobre el sexo, sobre cómo era en mi país y cuántas veces en la noche lo hacía una pareja. Preguntaba con los ojos mientras se arreglaba la bufanda. Sus manos buscaban el borde de la tela y devolvían la prenda a su sitio adecuado. Ya entonces la fría indiferencia argentina desapareció por completo, y ella coleteó con los pies sin dejar de mirarme. Sus ojos seguían siendo profundos y azu-

les, pero esta vez me resultaron tiernos, amorosos. Un velo de ingenuidad la hacía parecer atractiva y sensual. Ante mis ojos volvía a comer una manzana. La masticaba despacio, saboreándola, y pasaba la lengua sobre la corteza en una suerte de invitación callada. En algún momento quise hablarle, decirle que enseguida iba a estar con ella, pero la imagen se disolvió en el agua cuando Gustavo me tocó en el brazo.

—¿Sabés? —dijo con una voz apagada y lejana, como si le costara mucho decidirse y sintiera sobre la espalda la presión del momento—. Yo quería hablar con vos.

Yo estaba esperando esas palabras. Quizá, cuando estábamos en el salón de la cervecería y vi que se sentía incómodo, ya supe que en algún momento de la tarde o la noche iba a buscarme y a decir la frase: *Yo quiero hablar contigo*. Era normal que necesitara hacerlo. Después de verse anulado delante de la mujer que cortejaba por un advenedizo del Caribe, solo podía tener a mano el recurso más usado: *Yo quiero hablar contigo*. Para mí esa intención estuvo clara desde que propuso irnos a la rambla sin

Patricia, y desde ese momento tuve la certeza de la respuesta que daría.

—Necesito hablar con vos —repitió, pero esta vez ya el tono había subido y la voz volvía a ser la de siempre.

Lo miré el tiempo necesario para confirmar que era el mismo Gustavo quien me hablaba, y luego miré hacia algún lugar indeterminado junto a los botes. Ya oscurecía y los lobos se habían ido a la isla. A esa hora precisa estarían chapoteando en el agua oscura del Río de la Plata, asomando sus cabezas para respirar y empujándose con agilidad entre las olas. Miré hacia la isla y respiré fuerte. El aire limpio de Punta del Este me inundó los pulmones. Me sentía

libre y bien, y eché a andar hacia el hotel por el pasillo de la rambla. Atrás, en algún sitio cualquiera junto al río, la voz de Gustavo se silenciaba con el choque sordo y constante de los botes de madera.

WELCOME, MÍSTER KERRY

—Me parece mentira que no puedas pintar una vaca —dijo Marlen, y al hacerlo giró tristemente la cabeza y clavó los ojos en las losas del piso.

En general, cuando ella pedía que le pintara algo era porque tenía hambre. Primero escondía la cabeza entre los hombros, me miraba, intentaba sonreír. Después volteaba los ojos hacia un sitio cualquiera, hacia un árbol, si había alguno cerca, o hacia una silla, un libro, una puerta.

Estábamos cerca del mar, en ese apartamento que los amigos nos prestaban a veces. Teníamos por costumbre pasar allí los fines de semana. Nos sentábamos en el balcón y respirábamos el aire salado hasta que los pulmones dolían y los ojos empezaban a lagrimear, y entonces Marlen protestaba y se iba al cuarto. Me llegaba después el sonido del agua en la poceta de la ducha. Era como una invitación dulce y callada, pero yo me quedaba allí hasta muy tarde, hasta que los muchachos regresaban de la playa y pedían algo de comer en esa forma desenfadada y simple de los adolescentes.

Desde el balcón podía verse el amplio panorama de la costa, los edificios vecinos, los depósitos de basura. Allá, interrumpiendo la monotonía del horizonte, un barco avanzaba con lentitud sobre las olas. Era un gran cascarón blanco de altas bordas que se dirigía al puerto cercano.

—Un crucero —dije.

Se me ocurrió explicar que los cruceros se habían puesto de moda. Los navieros de Ámsterdam abrieron esa línea

hacia La Habana y ya lo podía ver Marlen: ante sus ojos, sobre el agua azul del mar, se deslizaba un gran cascarón de hierro lleno de holandeses.

Ella levantó la mirada con interés. Sacó sus cuentas, arqueó los labios, cruzó los dedos detrás de la cabeza.

—Dos mil —dijo.

—¿Dos mil euros? No lo creo. No debe ser tan caro. Un paquete promocional al Caribe debe andar por los ochocientos.

—Dos mil pasajeros —aclaró—. Dos mil personas que vienen a pasar una semana en la isla. Dos mil pasaportes acuñados por un funcionario sonriente. Dos mil habitaciones en un hotel cualquiera. Dos mil empleados sirviendo cerveza y bocaditos de jamón.

—Dos mil sombrillas junto a la piscina —me atreví a decir.

—Dos mil sombrillas junto a la piscina.

En ese punto nos quedamos callados. Miramos el crucero hasta que los ojos nos dolieron, suspiramos un poco, nos abrazamos. Los dos intentamos sonreír. Marlen me apartó.

—Debí recoger las hojas en la oficina esta mañana —dijo, no sin una tristeza leve y escondida, como si se culpara por algún error imperdonable.

Yo entendí que lo dijo con resignación. La comprendía, ciertamente, pero no me gustaba que sintiera culpa por nada.

En realidad, lo que pasó no fue culpa de Marlen. Su plan de pasar el sábado temprano por la oficina antes de irnos de la ciudad no le funcionó porque la calle estaba cerrada. Los policías se negaron a dejarla caminar por esa última cuadra, y aunque ella dijera que trabajaba allí, que

necesitaba con urgencia recoger unos papeles, no le fue posible avanzar un paso más.

Eso fue lo que ella me dijo cuando volvió a la casa. Los muchachos y yo lo teníamos todo listo. Era la mañana común de un sábado cualquiera, de uno de esos tantos sábados cualquiera en que nos íbamos al apartamento de la costa para escapar del tedio de la ciudad y cargábamos el material imprescindible para estar dos días lejos de casa. Llevábamos camisas muy ligeras, algo de aseo, las cosas personales de cada quien, y papel, cualquier minúsculo pedazo de papel. Podían ser hojas usadas, o páginas sueltas de revista, o recibos de la luz y el agua, o recetas inservibles acuñadas por algún médico amigo que guardara en su casa las reservas de siempre. El papel, fuera cual fuera su condición o destino inicial, no podía faltarnos en esas excursiones de los fines de semana. Y en ese momento preciso, cuando lo teníamos todo listo y esperábamos por Marlen para irnos de la ciudad, ella se apareció diciendo que no pudo avanzar por esa última cuadra, ni llegar a su oficina, ni recoger una decena de hojas sueltas de papel Bond que había logrado esconder en las gavetas de su escritorio durante las semanas más recientes.

—Están cerradas todas las calles del centro. Los policías no me dejaron pasar —dijo con una voz lastimera de doncella asustada, y al hacerlo me miró a los ojos, y miró a los muchachos, y después cambió la vista hacia el televisor y se quedó escrutando la pantalla, sopesándola, tratando de atravesar el cristal negro como si el aparato escondiera en su interior algún secreto de importancia vital—. Es por ese asunto de la visita del Secretario de Estado.

—¿El señor Kerry? Claro. Anoche lo dijeron en el noticiero: el señor Kerry llega esta mañana.

Y yo recordé entonces el tono oficial del locutor, las palabras graves que anunciaban la llegada al país del ministro extranjero, el cierre del aeropuerto y la terminal de trenes, la congelación de la ciudad.

Ese asunto de las calles cerradas puede ser una verdadera molestia. A veces he pensado que es una molestia, y después me he dicho que no soy nadie para cuestionar ese tipo de decisiones. Seguramente no alcanzo a comprender una razón tan simple: es bueno que alguien decida lo que conviene hacer, qué calles cerrar, qué vías específicas utilizar para esas grandes ocasiones especiales en que el país recibe a un visitante de alto rango. Todo eso tiene que ver con medidas de protección muy necesarias que funcionan en cualquier parte del mundo, y no será por mi opinión que las cosas cambien o que no se reciban en el país visitas importantes. Pero puedo ponerlo de otra forma: es bueno que alguien decida por mí. Sí. Es eso. El simple diseñador gráfico que soy yo no tiene por qué molestarse con nimiedades de esa índole. Y puedo ponerlo de otra forma también: al simple hombre que soy yo le conviene que todo ocurra exactamente así.

Y allí, en el apartamento cercano al mar, en ese sitio retirado y cómodo que los amigos nos prestaban a veces, decidí que todo estaba bien y era bueno que alguien decidiera por mí. Todo eso estaba muy bien, incluso si se tomaba el cierre de las calles del centro como una molestia innecesaria, o si, como era el caso, mi mujer no pudo pasar por su oficina a recoger unas hojas blancas de papel Bond, una decena escasa de hojas duras y pulidas, ahorradas durante semanas de la asignación diaria, escamoteadas del paquete común a riesgo de ser vista por los otros empleados, por el administrador o por algún cliente demasiado curioso.

—No fue tu culpa —le dije—. No pudiste pasar sobre la policía.

Ella escondió los ojos y sollozó. La imaginé discutiendo con los hombres de azul, diciéndoles que trabajaba allí, pidiéndoles, por favor, que la dejaran pasar. Y la respuesta negativa llegaría en la voz autoritaria de un capitán o un mayor, o quizá en el tono menos agrio de un recluta joven que cumplía sus órdenes y trataba de explicar la prohibición a la mujer madura que insistía en avanzar por la ruta prohibida del centro de la ciudad.

La imagen me pareció triste. Miré al mar y al cielo y traté de apartar de los oídos el sollozo de Marlen, el quejido bajo que llenaba la habitación. Decidí revisar otra vez las gavetas vacías del apartamento, los estantes donde alguna vez los dueños acumularan decenas de libros, los rincones donde se pudiera encontrar un papel.

Volví a voltear los colchones, busqué en el baño, levanté la tapa del agua, y aun saqué la cabeza por la ventana y miré al exterior, abajo, hacia los pasillos y los vertederos, con la esperanza de encontrar un trozo de periódico, un sobre abandonado, el más insignificante pergamino donde pudiera pintar con urgencia una vaca, un pollo, un pescado, cualquier criatura silenciosa y muerta que aplacara el hambre de esos días, esa torpe sensación de vacío en el estómago, ese molesto escozor que obligaba a recordar tiempos mejores.

Porque hubo tiempos mejores, y los recordé en ese momento.

Veinte años atrás, cuando bajábamos a pie todos los días por San Lázaro hacia la hamburguesera de Belascoaín, Marlen podía sonreír aunque el estómago le doliera, aunque el sol del mediodía le caldeara el pelo y la hiciera sudar

a chorros, y aunque estuviéramos cinco horas de pie en la cola de la hamburguesera, abrazados allí como lo hacen adolescentes, mirando que la cola no avanzaba, riéndonos de cualquier chiste viejo, llenándonos con el aroma del pan que salía por las ventanas y degustando el olor de la masa de harina y carne que se freía en las bandejas.

Veinte años atrás éramos muy jóvenes y hacíamos el amor sin preocuparnos por la falta de comida.

Veinte años atrás el papel abundaba, y era posible encontrar toneladas de libros viejos y nuevos, millares de periódicos y publicaciones impresas.

Exactamente veinte años atrás, una tarde en que la cola se alargó demasiado, Marlen me dijo: Píntame una hamburguesa.

Esa petición nos salvó la vida. Durante años comimos hamburguesas pintadas. Después aprendí a pintar un pollo, un pomo de leche, unas libras de arroz, el aceite necesario, y las especias, y algo de viandas también. Cuando teníamos muchas ganas de comer algo líquido y caliente yo pintaba una olla de sopa, y cuando el calor nos abrasaba en los veranos tórridos de la ciudad me bastaba con sacar de la gaveta un trozo de papel y pintar una tina de helado.

Después nos casamos y tuvimos a los muchachos. La vida era fácil porque el papel abundaba y no teníamos que gastar un centavo en comida. A los muchachos los enseñamos a masticar el papel de la forma conveniente, y ya pronto los dos aprendieron a guardar sus papeles propios y a pedirme que les pintara cualquier cosa.

Fuimos muy felices en nuestra casa de la ciudad, y nadie podía sospechar las causas de esa felicidad duradera. La gente se quejaba de privaciones y hambre, y nosotros lo escuchábamos todo con el asombro de algo imposible. Los

fines de semana nos íbamos a la costa, a ese apartamento que los amigos nos prestaban, y de esa forma nos alejábamos un poco de los lamentos de la gente. Llevábamos una buena provisión de papel y nos olvidábamos del mundo por un tiempo.

Por supuesto que todo eso de la comida pintada se mantuvo en secreto. A los muchachos les dijimos que no podían hablar del tema con nadie, y ellos entendieron la situación y se quedaron callados. Y Marlen misma, aunque ardiera en ganas de contárselo todo a sus amigas de la oficina, prometió que no se lo iba a decir a nadie. Pero en las tardes llegaba con una leve sombra de tristeza en el rostro, y yo sabía que todo tenía su relación con el tema del hambre.

—Es que no nos dan almuerzo en la oficina —me dijo una vez—. Allá están esas pobres mujeres con el estómago pegado. Tienen que arrastrar el cuerpo el día entero por aquellos pasillos, y subir las escaleras, y asistir a esas reuniones tan largas. No sé cómo pueden resistir.

Marlen, sin embargo, resistía. Cargaba en el bolso los dibujos necesarios, y resistía. Se llevaba un pote de yogurt, un pan con mantequilla, miel y tostadas, muchas tostadas de un pan redondo y suave que yo copié de una revista. Se cuidaba mucho de que alguien la viera masticando el papel. Se encerraba en el baño y merendaba allí, y a la hora del almuerzo se buscaba una excusa para alejarse de la gente, de esas pobres mujeres que arrastraban el cuerpo en las oficinas, de los clientes posibles, del personal de servicio, y del administrador, especialmente del administrador.

Pero Marlen comprendió que no podía revelar el secreto aunque le doliera mirar a sus compañeras de trabajo y verles la cara de hambre, y aunque tuviera que escuchar

todos los días sus conversaciones de hambre, y aunque fuera tan difícil oír su respiración porque era la respiración del hambre.

A pesar de todo eso Marlen fue feliz conmigo. Fuimos felices los dos viendo crecer a los muchachos. El papel abundaba y las cosas iban bien. Todo empezó a cambiar cuando ella me pidió que le pintara una vaca.

—Los muchachos nunca la han probado —dijo—. No conocen el sabor.

Era cierto que los muchachos no conocían el sabor. Nacieron en los años malos y no tuvieron esa oportunidad. Y nosotros mismos, aunque fuéramos más viejos, casi no recordábamos nada.

Pintar una vaca se convirtió en obsesión. Durante años traté de hacerlo. Algo en las curvas del animal hacía que la mano me temblara. Algo en los ojos me engarrotaba los dedos. Algo en la piel me impedía delinear con claridad la figura dócil. Una vez pinté una y no me quedó bien. Tenía demasiada grasa en el abdomen, y la carne era tan dura que no se podía masticar. Otra vez pinté una que no parecía una vaca, sino cualquier triste cuadrúpedo rumiante que miraba desde el papel sin comprender quién lo puso en este mundo, y para qué lo puso, y si tenía sentido existir en la forma de un dibujo comestible.

Pintar una vaca se convirtió en un problema. Durante años eso fue para Marlen y para mí un problema no resuelto.

Comenzó a afectarnos la falta de sueño. Tuvimos fallas a nivel del sistema nervioso central, y fallas periféricas, y obstrucciones de todo tipo que se convirtieron en trastornos metabólicos. Solo en el apartamento que los amigos nos prestaban yo encontraba sosiego.

Me pasaba horas en el balcón respirando el aire marino. Podía estar noches completas tragando bocanadas de viento, degustándolas, reteniéndolas en los pulmones un tiempo que se alargaba con cada nuevo intento. Retenía el aire y sentía en el paladar una tenue sensación de mariscos, de peces ligeros como pájaros, de calamares y pulpos sazonados con pimienta. Me concentraba en eso durante jornadas muy largas, y así lograba olvidar la obsesión de pintar una vaca, la falta de sueño, las fallas del sistema nervioso.

Pero Marlen insistía. Me rogaba que lo hiciera por los muchachos. Me obligaba a seguir tratando.

Una tarde, por fin, logré que me quedara bien.

El trazo firme de un lápiz semiduro dejaba ver claramente los contornos del animal, los músculos tensos, la carne blanda y tibia que se abultaba bajo una piel brillante y estirada.

—Te ha quedado muy bien —dijo Marlen después de masticar con avidez un pedazo grande de papel—. Es así como lo recuerdo todo. Exactamente así.

Masticó después con calma, entrecerró los ojos y movió la cabeza en señal negativa.

—No sé —dijo—. Hay algo aquí que no funciona. Algo no está como debe ser.

—¿El sabor? —pregunté.

—No. El sabor es el mismo. Lo siento ahí, muy real en la lengua, pero creo que se me escapa de la boca.

—¿El sabor se te escapa? No puede ser. El sabor no se puede escapar. No tiene sentido.

Discutimos ese asunto del sabor que se escapaba. A Marlen le parecía un poco escurridizo, y luego, cuando tuve tiempo de masticar con calma, a mí me lo pareció también.

—Será que pinté una vaca transalpina —dije—. En al-

gún sitio leí que las vacas transalpinas no se pueden comer en ciertas épocas del año.

A Marlen la explicación le pareció convincente. Casi estaba segura de que se trataba de una vaca transalpina, y de que estábamos precisamente en esa época del año en que no se recomienda consumir la carne de esos animales: terminaba agosto, y no había llovido en meses.

—Quizá la falta de lluvia es la causa de ese sabor ilusorio.

—No dije que fuera ilusorio —aclaró ella—. Dije que era escurridizo.

—Bien. Quizá la falta de lluvia es la causa de ese sabor escurridizo.

Marlen masticó otra vez. Cerró los ojos y se concentró en el acto. Por momentos movía la cabeza, y por momentos se quedaba quieta. Abría los ojos y fijaba la mirada en un objeto cualquiera, y los cerraba otra vez, y volvía a masticar con fuerza, con deseos, hasta que los músculos de la mandíbula le empezaron a doler.

—No —dijo de pronto—. Es el tipo de papel.

Ella debía tener razón. Yo había pintado la vaca en un viejo sobre descolorido de papel cartón, y seguramente eso le quitaba toda la fuerza al sabor de la carne. Pero me alegró infinitamente saber que no había pintado una vaca transalpina. Algo en las vacas transalpinas me produjo siempre un desasosiego insoportable. Imaginaba cientos de tristes rumiantes que pastaban en los prados de los Alpes sin tener una idea concreta del tiempo y el lugar que les tocó vivir. Y ahora me alegraba de no haber cometido ese error: pintar una vaca transalpina en el verano tórrido de una urbe silenciosa y anodina como La Habana era de lo peor que podía hacer un dibujante, y muy en mi interior

fue bueno convencerme de que el sabor escurridizo de la carne se debía exclusivamente al tipo de papel.

Porque ya para entonces el problema era el papel. Había desaparecido de los estanquillos cualquier asomo de publicación impresa, y comenzaba a añorarse aquel tiempo en que el viento empujaba por la calle planas completas de ediciones matutinas, sobres rasgados y páginas de revistas a color o en blanco y negro. La ciudad comenzaba a verse limpia, acaso demasiado limpia, como si una aspiradora gigante succionara eternamente todo lo que oliera a celulosa.

—Voy a traer papel de la oficina —dijo Marlen—. Papel Bond. Creo que el papel Bond puede resolver ese asunto del sabor.

Y yo sonreí esa tarde cuando Marlen lo dijo. No podía creer que algo así fuera posible. Imaginaba a Marlen escondiendo en la cartera la cuartilla pulida y blanca, crujiente y sólida, ideal para pintar cualquier cosa, tan brillante que hería los ojos desde lejos.

—¿Papel Bond? —dije—. ¿Acaso tienen allá papel Bond? Nunca lo mencionaste. En todos estos años he dibujado pollos sobre cartón, huevos sobre periódicos, pan sobre páginas de revistas. ¿Y solo ahora me dices que en tu oficina hay papel Bond? ¿Montones de hojas de papel Bond? ¿Toneladas de paquetes sellados con el olor a nuevo revoloteando cerca, así, como si fueran pequeñas cajas de Pandora listas para ser abiertas y saqueadas?

—No dije que hubiera montones o toneladas —se apuró a explicar Marlen—. Nos dan las hojas contadas, enumeradas, y en algún caso nos hacen firmar un documento. El administrador es muy estricto con ese tipo de entregas.

Marlen dijo ese tipo de entregas y yo me quedé pen-

sando que seguramente en su oficina todos estaban pendientes de ese momento crucial: una mujer menuda y pálida recibía de manos de un administrador rollizo y exigente una decena de hojas blancas destinadas a la impresión de documentos importantes. La imagen se reforzó con esa misma mujer pálida que manipulaba las hojas con dedos nerviosos y firmaba el documento de rigor, y luego el cuadro general se hizo extremadamente cruel cuando esa misma mujer cargaba la bandeja de la impresora, pulsaba la tecla correspondiente y se quedaba esperando el documento impreso, estrujándose las manos, diciéndose en el interior que todo iba a salir bien, que no había cometido ningún error y ninguna de las hojas se había echado a perder.

Ahora, mirando las lejanas bordas del crucero holandés que avanzaba con lentitud hacia el puerto, entendía un poco la mirada triste de Marlen, sus hombros caídos, su voz lastimera de doncella. Debió pasar muchos momentos de susto al esconder su pequeño tesoro en las gavetas del escritorio. Lo haría durante semanas, una hoja a la vez, hasta completar finalmente la decena, y ese esfuerzo descomunal se fue al piso porque las calles estaban cerradas y los policías no la dejaron pasar. Pero aun así, aunque la visita al país de un funcionario extranjero nos impidiera pasar el fin de semana masticando carne de res pintada en un papel, no me parecía normal su tristeza excesiva.

—Será en otra ocasión —dije—. La semana entrante escondes las hojas en el bolso y las llevas para la casa, y el sábado estaremos otra vez aquí, y las pasaremos bien, y miraremos pasar el crucero masticando con calma ese papel de sabor firme nada ilusorio y nada escurridizo.

Marlen sonrió. Aunque la situación le pesara, sonrió. Por un momento sus ojos se iluminaron, y en general toda

ella pareció cambiar de expresión, como si hubiera olvidado el incidente y no le molestara en lo absoluto que el país recibiera a sus invitados, y que todas las calles se cerraran, y que cientos de policías muy jóvenes o muy viejos custodiaran las intersecciones de la ciudad y no dejaran avanzar a los paseantes. Pero luego sus hombros cayeron otra vez, y sus ojos se empañaron, y su voz tembló.

—¿Y los muchachos? —dijo—. ¿Qué les vamos a decir a los muchachos cuando lleguen esta tarde de la playa? Se suponía que esta iba a ser su primera vez.

—Ah, claro. Los muchachos —dije, y acerqué la mano hasta rozar su cabello—. ¿Sabes qué? Los muchachos entenderán. Son jóvenes. Pueden entenderlo todo. Y pueden esperar. Les pinto cualquier cosa en un pedazo de camisa y seguramente se conforman.

—¿En un pedazo de camisa? —y Marlen levantó vivamente los ojos—. Nunca hemos comido nada pintado en un pedazo de camisa.

—Pues..., también la tela sirve —expliqué—. Un poco dura, por supuesto. Difícil de romper con los dientes. Nunca será como el papel, pero sirve igual.

Era cierto que la tela servía. Yo había probado con un pedazo de camisa, y servía. No se podía pintar en ella nada de carne, ni productos derivados de la leche, ni nada que viniera del mar. Solo era posible hacer los trazos simples de alimentos muy básicos, acaso refresco gaseado sin demasiada azúcar, o trozos minúsculos de pan sin grasa, o cucharadas de proteína vegetal. Pero seguramente los muchachos estarían conformes y no pedirían nada más. Masticarían con fuerza los pedazos de camisa y dormirían con la boca apretada y los músculos tensos.

Todo estuvo bien esa tarde con los muchachos y noso-

tros. Todo estuvo muy bien, y nos llenamos el estómago con pan pintado sobre tela, y a la hora de dormir nos fuimos a soñar esa aventura alegre que nos esperaba al cabo de unos días, esa fiesta del papel brillante y liso que Marlen guardaba en su oficina, ese sabor tan firme que se quedaba en la garganta y por momentos aceleraba el pulso y la respiración.

Y esa noche, cuando la promesa de una fiesta de papel hacía sonreír a los muchachos dormidos, oí a Marlen sollozar. Desde el baño del apartamento me llegó su quejido leve.

Me acerqué. Aparté las manos que le cubrían el rostro. Rocé sus labios y la tomé por la cintura.

—Los policías sí me dejaron pasar —dijo en un susurro entrecortado—. No había nada en las gavetas. Perdóname.

Me alejé de Marlen y salí al balcón. El aire soplaba fuerte desde el mar, rápido y denso, con un sabor salino tan marcado que me obligó a cerrar los ojos.

—Perdóname —llegó la voz de Marlen mezclada con el susurro del aire—. Esas pobres mujeres de la oficina también necesitan comer. ¿Cómo crees que van a sobrevivir?

Sí. Esas pobres mujeres necesitaban comer. ¿Por qué no? Comer. Masticar sin apuro el papel blando. Saturarse de una buena vez con el sabor tan firme de la carne. ¿Acaso teníamos derecho a mantener el secreto para siempre? ¿Acaso no había gente alrededor, gente simple y callada que trataba de seguir adelante? Bien, esa gente existía. Esa gente estaba ahí por siempre y merecía que Marlen revelara ese secreto que guardamos por años.

—Perdóname —repitió Marlen, acercándose, y me abrazó.

Nos quedamos allí, dejándonos golpear el rostro por la

brisa marina, con los ojos abiertos a pesar del aire salado y denso. Desde el interior del apartamento llegaba el ronquido de los muchachos. Seguramente soñaban con un festín de sábado, y lo demostraban así, roncando despreocupados, ajenos al transcurrir del tiempo y felices de estar vivos. Afuera, rompiendo la oscuridad de la costa hacia Occidente, las luces del puerto cercano iluminaban una parte del cielo.

—Sabes que ahora el papel va a desaparecer completamente —dije, aunque solo fuera por decir algo.

—Lo sé —dijo ella—. Y la tela también desaparecerá. Pero algo haremos. Los muchachos y yo confiamos en ti. Algo se te ocurrirá. Quizá no sea esta noche, pero algo se te ocurrirá.

—Algo se me ocurrirá, sí —dije—. Y, si no se me ocurre nada, bajaremos otra vez a pie por San Lázaro hasta Belascoaín.

Marlen bostezó. La idea de bajar a pie por San Lázaro en un mediodía tedioso del verano no parecía molestarle demasiado. Quiso responder algo, pero solo consiguió bostezar otra vez.

—¿Hambre? —pregunté con suavidad.

—No —dijo—. Sueño. Tengo mucho sueño. Ahora puedo dormir todo el tiempo que quiera.

Fue muy bueno saber que en lo adelante ella podría dormir. Fue bueno para mí, pero no lo dije. No le dije a Marlen que en lo adelante yo podría dormir también. Pensé decirle que no se preocupara, que el papel y la tela no eran del todo indispensables. Y pensé decirle más y revelar otros secretos y otros materiales, otras formas de hacer las cosas y otros medios de vida. Decidí contárselo todo, pero ya ella dormía.

Me levanté a pesar del sueño. Fui hasta el balcón, aspiré el viento marino en una bocanada espaciosa y lo retuve en los pulmones el tiempo necesario. Me acerqué a los muchachos dormidos, les abrí la boca por turnos y les soplé el aire en la garganta.



EMERIO MEDINA
(Mayarí, Holguín, Cuba, 1966)

A pesar de residir lejos de los centros promocionales de la cultura en su país, en poco tiempo se ha convertido en uno de los narradores más consistentes y galardonados de la literatura cubana. Ha incursionado también con éxito en la novela y la narrativa infantil, pero se le reconoce, sobre todo, como autor de cuentos. En este género ha publicado, entre otros, *Plano secundario* (Ediciones Holguín, 2005), *Rendez-vous nocturno para espacios abiertos* (Ediciones Holguín, 2007, y Letras Cubanas, 2008), *Las formas de la sangre* (Editorial El Mar y La Montaña, 2007), *El puente y el templo* (Editorial Oriente, 2009), *La bota sobre el toro muerto* (Casa de las Américas, 2011), *Los barcos terminados* (Ediciones Unión, 2015) y *La línea en la mitad del vaso* (Editorial Letras Cubanas, 2016). Entre los múltiples reconocimientos que ha recibido por su cuentística sobresalen el Premio Iberoamericano Julio Cortázar (2009), el Premio Luis Felipe Rodríguez de la UNEAC (2009), el Premio Casa de las Américas (2011) y el Premio Alejo Carpentier (2016).

«Al modo de parábolas —ha escrito Graciela Pogolotti a propósito de este narrador—, los cuentos de Emerio Medina replantean las interrogantes que, desde tiempos remotos, contribuyeron a entretejer los vínculos entre cultura y valores, sustentados en una reflexión acerca de la condición humana. De acuciante actualidad, en Cuba y más allá de los límites de la isla, las circunstancias particulares de nuestro contexto establecen una articulación orgánica con problemas que trascienden lo local. Se trata ante todo, de la patética orfandad de la criatura humana, asediada por la ambición y la violencia, por la búsqueda de una felicidad ilusoria, atrapada en las fronteras de su soledad. Absortos en sus conflictos, incapaces de desentrañar las señales del mundo que los rodea, solitarios, los personajes de Emerio Medina sobrepasan lo coyuntural, navegan sin rumbo y se replantean, en términos contemporáneos, las interrogantes fundamentales que han animado desde siempre la creación literaria».

